

**MIRTA TORREZ**

**...SIEMPRE MARIANA**



MARIANA  
siempre  
MARIANA

Mirta Torrez

**Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de manera ficticia.**

**Mariana siempre Mariana**

**Primera edición: Febrero 2019**

**Copyright del texto y edición**

**Mirta Torrez**

**Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares el copyright. Diríjase a la autora, Mirta Torrez, si necesita fotocopiar o scanear algún fragmento de la obra.**

MARIANA  
siempre  
MARIANA

Mirta Torrez

(Pasaran los días, los meses, los años y ella  
estará ahí, firme como un roble, con una fuerza que es parte de su naturaleza,  
erguida y dispuesta a enfrentar lo que sea aunque le cueste su corazón..)

# ***DEDICATORIA***

Antes que nada quiero dedicar este libro a mi mamá Rita que me transmitió el amor por los libros, a mi Padre Seve que me guía desde el cielo con una sonrisa, a mis hijos que más de una vez tuvieron que escuchar mis relatos, a mi esposo Juan que aunque piense que son muchos personajes también puso su granito de arena sin saberlo. A mi amiga y compañera de trabajo Noelia, que siempre creyó en mí aun cuando yo no creía que pudiese lograrlo. A Catalina, mi otra amiga y compañera también de trabajo que siempre se emocionó con todo lo que escribo y me dió una opinión sincera cargada de afecto y esperanza. A mi amiga Silvana que ansiosa leía cada capítulo esperando llegar al final de esta historia que tiene mucho de mí, mucho de personas que conocí a lo largo de mi vida, mucho de mis sueños; esos sueños que me acompañan desde chiquita cuando curiosa me quedaba mirando alguna nube extraña en el cielo. Así que confío y deseo que de todo corazón la disfruten, sonrían, lloren y sientan cada una de estas páginas.

MIRTA TORREZ

# *Capítulo I*

## *El costo de la ambición*

Mariana Guichet era hija de Jacques Guichet y María del Pilar Acevedo. Había nacido en París y pasado sus primeros años de vida en dicha ciudad hasta que un accidente les quitó la vida a sus jóvenes padres en abril de 1794.

Desde entonces, Mariana quedaría a cargo de su tío y tutor, François Guichet, un magnate que entre sus opulentos negocios y compromisos de índole personal, no dispondría de tiempo para dedicarle a tan pequeña niña. Tenía tan sólo tres años cuando entonces decidió internarla como pupila en un convento de París.

Con el correr del tiempo Mariana desarrolló un carácter rebelde, era tal vez la más indisciplinada de toda la institución. No quería rezar, tampoco tender las camas, y mucho menos guardar silencio cada vez que celebraban una misa.

Todas sus fechorías las cometía junto a su hermana del alma, Danielle Leblanc.

Generalmente, como estaban involucradas en todas las tropelías compartían el castigo con alegría.

Tan fiel era la una a la otra que una tarde de invierno se prometieron que

nunca dejarían de ser hermanas y que siempre estarían unidas por esa hermosa amistad.

La vida transcurría entre bromas, juegos, rebeldías y castigos merecidos.

Hasta ese 23 de setiembre de 1801 en que los padres de Danielle solicitaron su traslado a una escuela en Toulouse, sin imaginar siquiera en las repercusiones que esto traería en su hija; Danielle dejó de comer y amenazó con quitarse la vida.

Mariana por su parte también aportó lo suyo pero de una manera más adulta, prometió a las monjas portarse bien todo el año y si era necesario pulir el piso de madera tres veces al día, con tal de que denegaran el traslado de su más preciada amiga.

La madre superiora sintió pena por ambas, pero admitió que no podía hacer nada, ya que los padres de Danielle no podían pagar la cuota institucional y ante la posibilidad de tener atrasos en los pagos, preferían darle el pase a una institución pública.

Mariana trató de disfrutar a pleno hasta el último instante de convivencia con su amiga, y en un momento de privacidad le prometió a Danielle que la buscaría cuando fuese mayor de edad.

Finalmente llegó el día en que la vida las separaría, y deshechas en lágrimas se fundieron en un largo abrazo de despedida.

Desde aquel entonces Mariana perdió la alegría por las cosas cotidianas de la vida.

Estudiaba para matar el tiempo y de esa forma pasó a convertirse en una de las mejores alumnas.

Estos procesos de cambio la llevaron a madurar y su nueva conducta llamó tanto la atención de la madre superiora que ésta se lo comunicó al tío y tutor de la joven, François Guichet, quien hacía años no pasaba a verla por el

convento, tantos como para ya ni recordar el rostro de Mariana. Sin embargo, el magnate no dudó en pedirle a la madre superiora que la enviaran a su mansión como luego ocurrió.

Pero François no lo hizo con la idea de que Mariana se quedara a vivir por mucho tiempo en la mansión, sino con el objetivo de hablar con ella acerca de su futuro y de un posible matrimonio con alguno de los millonarios colegas que frecuentemente trataban con él; antes de que la edad empezara a pesar en la figura de Mariana.

Mariana transitó la última semana en el convento como si estuviese dentro de una burbuja de incertidumbres. Nunca pensó que iba a extrañar tanto a Danielle, tampoco imaginó alejarse algún día de esas paredes que hasta entonces formaban parte de su casa.

El sábado cuando la fueron a buscar se despidió de la madre superiora con un abrazo, y sin decir palabra alguna subió al carruaje. El cochero la miró durante unos minutos, alzó una ceja y condujo sin decir nada en todo el camino.

La sobrina del Señor Guichet era una joven muy hermosa, sus claros ojos verdes casi transparentes jugaban con el paisaje del camino a los lados.

Mariana tenía la mirada en un punto distante cuando el carruaje se detuvo frente a la mansión rodeada de coloridos jardines. El cochero le abrió la puerta y ella sonrió maravillada ante tan imponente paisaje.

Una mujer de largo vestido elegante se presentó como el ama de llaves y la condujo rápidamente hacia su habitación. Caminaron entonces a través de largos pasillos cuyas paredes estaban cubiertas de cuadros con rostros que no le resultaban para nada familiares.

Cuando llegaron a la puerta le dijo que siempre que necesitara algo tocara la campanilla. Se encontró de pronto en una habitación tan grande como un salón. Dejó su maleta gastada en el piso y se tiró en la cama de dos plazas.

Estaba agotada física y anímicamente. Eran muchas emociones a la vez.

Miraba el lejano techo cuando sintió unos golpes en la puerta, abrió y casi se dio de narices con una jovencita rubia que la miraba sonriente.

Mariana no pudo evitar la risa ante los nervios de la joven, así que le pidió que se siente y que a partir de ese momento la trate con confianza, que solo en presencia de otras personas como su tío y el ama de llaves Greta le hable con propiedad. Esto despertó en la joven la simpatía casi al instante por su nueva ama.

Mariana tenía una mirada franca pero a la vez muy triste, pensó Anne mientras acomodaba las pertenencias de la nueva integrante de la mansión.

A los pocos minutos Anne le dijo que tenía que ir al comedor porque su tío la estaba esperando para recibirla oficialmente y se ponía de mal genio ante personas impuntuales.

En la mansión todos sabían de lo que podía ser capaz el Sr. Guichet cuando se lo sacaba de las casillas. Pero a ella eso la tenía sin cuidado, tal vez porque en su mente aún guardaba algún recuerdo de la Mariana rebelde, casi intratable...

Suspiró, se acomodó las mangas del vestido, y se dirigió al comedor.

Cuando entró a la cómoda sala, más de un par de ojos la estudiaron de arriba hacia abajo en cada uno de sus movimientos. Miró a cada uno de los comensales, su tío estaba sentado en la cabecera más lejana y desde allí se mostraba admirado por la belleza de Mariana; claro que a su lado unos ojos azules parecían despedir chispazos, primero hacia el propio Francois, y luego en dirección de Mariana. El magnate pareció advertir la incomoda situación que le provocaba a su aparente novia y sonrió inusualmente inocente.

Mariana tomó asiento. Se sentía observada y a la vez deseosa de salir corriendo y si le era posible hasta de ocultarse en el fin del mundo.

Ignoraba los pensamientos que en ese momento parecían confundir la

mente de su tío.

François creía estar viendo a María del Pilar de nuevo... ¡como la había querido!, y como lo había despreciado al elegir al tarambana de su hermano. ¡Y que irónico era todo! Cuando ocurrió el accidente tuvo que hacerse cargo de inmediato de la hija de la mujer que amaba. De pronto, viendo a Mariana ya convertida en mujer quería abrazarla, protegerla. Sabía que no era María del Pilar, pero era tan parecida y sobre todo, tan hermosa.

Hizo un gesto a los presentes con las manos reclamando atención y dijo:

—Les presento a mi sobrina Mariana Guichet, hija de mi hermano Jacques Guichet y de su esposa, María del Pilar Acevedo. Desde el fallecimiento de sus padres ha quedado bajo mi cuidado y protección. Dada siempre mi apretada agenda de negocios, consideré por aquellos tiempos que recibiría una mejor atención en un convento privado. Hasta el día de hoy, en que se quedará a vivir aquí conmigo hasta que encuentre alguien acorde para que la despose y forme una familia —y dirigiendo la mirada ahora hacia Mariana continuó—. Mariana quiero presentarte a las personas que nos acompañan hoy: a tu derecha Philippe Dunot, un amigo personal; su esposa, Marie Claire Dunot; Jean Paul Barden, mi notario, y Elisse Durand, mi prometida.

Mariana no podía creer lo que estaba escuchando, no sólo la había presentado sino que le informaba que estaría en su casa a su cuidado hasta que encontrara con quién casarla.

Su tío estaba completamente loco si pensaba que iba a acatar sus ordenes, prefería irse y vivir en la completa pobreza a casarse con algún viejo decrepito que le impusieran.

Una mezcla de sentimientos encontrados la abordó: tristeza, furia, decepción. Su vida se estaba transformando en un infierno. Si tan sólo pudiera irse y decidir qué hacer con su propia vida sin que nadie se metiera en sus

asuntos, pensó en un momento.

Los invitados ya degustaban la variedad de platos intercambiando charlas triviales y absurdas. Mariana apenas probó lo que le habían servido.

Marie Claire no se cansaba de hablar acerca de la cantidad de fiestas a las que asistirían en la próxima semana y que para dichas galas debía comprarse más vestidos. Su marido la miraba de a ratos, harto de tanta cursilería.

Elisse observaba a Mariana con inenarrable celos, había captado la atención de su prometido magnate y eso ya era motivo para declararla como enemiga. Tendría que buscar la forma de apurar la boda de esa jovencita. Cuanto antes debía quitarla del medio, su intuición femenina le aseguraba que François ya había posado sus ojos en aquella joven, y eso podía significar una complicación en su vida. No iba a dejar que nadie se interpusiera entre ella y François.

François no podía despegar la vista de Mariana. Quería conocerla más profundamente, saber sobre sus sentimientos, si alguna vez había querido a alguien, quería saber más de su vida. Pero no sabía si ella estaba dispuesta a contar algo, parecía de lo más retraída en su mundo interior.

Cuando no aguantó más que tantos ojos la observaran, Mariana fingió estar cansada, se excusó y se retiró a su habitación. En la mesa todos se miraron, les resultaba muy extraña la sobrina de François.

La comida se prolongó un rato más hasta que François anunció que se retiraba porque tenía que asistir a una reunión de negocios. Elisse lo miró como esperando alguna explicación pero sin recibir respuesta de su prometido.

Elisse se levantó y lo siguió en silencio hasta su habitación sin esperar gesto de cariño alguno, aunque se negaba a reconocerlo, sabía que François la usaba pero aún así no perdía la esperanza de enamorarlo, que algún día le

dijera que la necesitaba o al menos, que así sea lejos de reales sentimientos, la pidiera en matrimonio.

Sus padres hacía tiempo habían perdido todas las esperanzas de que se convirtiera en la Sra. Guichet y le habían aconsejado que lo abandonara, que no valía la pena para ella, que él jamás la correspondería como mujer. Pero Elisse hacía oídos sordos a la palabra de sus padres y seguía esperando lo inconcebible.

François abrió la puerta de la habitación y la cerró en las narices de Elisse. Con el poco orgullo herido que le quedaba llamó insistentemente a la puerta pero el magnate la ignoró.

Furiosa se dirigió a su habitación. Al llegar se tiró en la cama, quería olvidarse de todo, poner su mente en blanco o al menos quedarse con recuerdos alegres de su vida pasada, cuando no tenía ambiciones materiales, cuando solo soñaba con encontrar a un hombre que la amara y a quien entregarse con toda el alma.

Lloró desconsoladamente hasta que el dolor dio paso a la rabia, al despecho, al deseo de lastimar profundamente a quien la había herido una y otra vez.

Se levantó, se lavó la cara, se cambió su atuendo, se puso un sombrero que tapara bien su cabeza y se dirigió hacia la cocina. No había nadie. Todos los sirvientes ya se habían retirado a sus respectivas habitaciones de servicio.

Tomó coraje y llamó a la puerta de la habitación del cochero que poco después abrió diciendo:

—Señorita Elisse, ¿necesita algo? ¿le paso algo al Sr. Guichet?

—No Philippe, sólo necesito que me lleve a la ciudad —respondió amable.

—¿A esta hora señorita? —pensó el buen hombre.

—Philippe, creo que no es de su incumbencia la causa así que cumpla lo

que le ordeno o tendré que decirle al Sr. Guichet que al personal le gusta holgazanear y meterse en asuntos privados —dijo perdiendo ahora la paciencia.

Philippe asintió con la cabeza, rápidamente se vistió y sacó el carruaje.

Elisse subió sin decir palabra alguna y se mantuvo así el resto del camino.

Al entrar a la ciudad le indicó a Philippe que la llevase hasta un barrio en los suburbios. Se detuvo en la puerta de una humilde casa apenas iluminada, y envió a Philippe de regreso a la mansión.

Philippe no entendía qué podía hacer una dama de la alta sociedad en ese barrio y pensó que nunca entendería a los ricos.

Elisse golpeó suavemente la puerta y Armand apareció como siempre con esa mirada tan tierna y dulce que la rescataba de todo infierno que ella padeciera en vida.

La tomó por la cintura en un arrebató de pasión y le comió la boca hasta dejarla sin aliento, la acarició sin hablar mientras la llevaba en brazos hasta la cama... sus ropas se mezclaron en el suelo.

Elisse se sintió en el cielo. Ese hombre tenía la facultad poderosa de hacerle olvidar todo lo malo de la vida. Más de una vez se preguntaba por qué seguía adelante con François que sólo le daba sinsabores y desprecios. Pero esa repetitiva voz interior que, ambiciosa la acechaba desde hacía tiempo y que ella no lograba callar, le reiteraba que no podría vivir sin una vida repleta de confort, lujos y placeres mundanos. Y claro, Armand no encajaba en ese plan de vida.

Elevada en las alas del amor se durmió en sus brazos.

Antes del amanecer se dirigió a la capilla más cercana donde generalmente había algún carruaje esperando a las mujeres que solían concurrir a la misa de la aurora, tomó uno y se marchó a la casa de sus padres.

No quería ver a François por unos días.

Entró por la puerta de servicio para no encontrarse con nadie. No deseaba escuchar los sermones de su madre ni los lamentos de su padre.

Afortunadamente todo el mundo dormía aún, así que sigilosamente se dirigió a su habitación. Se dio un baño y se acostó.

Estaba profundamente dormida cuando la despertaron una serie de gritos. Parecía la voz de un hombre discutiendo entremezclada con los sollozos de una mujer y las disculpas de otra persona. Las voces se escuchaban cada vez más cerca. De golpe se abrió la puerta y allí estaba François, furioso le quitó el cubrecama y la dejó expuesta ante la mirada de sus padres y de los sirvientes. Parecía que le salían chispas de los ojos y aparentemente no encontrar las palabras para dirigirse a su prometida, hasta que finalmente habló, y enérgicamente le dijo:

—Levántate y vístete rápido, que ya hablaremos en el camino.

Su madre seguía llorando...

Elisse se vistió y salió como perro faldero detrás de François.

Cuando llegaron a la mansión se alejó caminando a pasos agigantados hacia el gabinete.

Se sentó en el escritorio y nervioso comenzó a pasarse las manos por el pelo. Elisse, simulando parecer calmada tomó asiento y tímidamente preguntó:

—¿Te sucede algo, querido?

—¿Si me sucede algo dices? Anoche te fuiste a altas horas sin avisar adónde, y resulta que hoy te busco y te encuentro en casa de tus padres profundamente dormida...

—Creo que fui demasiada paciente y complaciente contigo. Quiero ser parte de tu vida y no ser solamente un trofeo que exhibes en tus concurridas cenas. Quiero que la gente que acostumbra visitarte me rinda honores y me respete. Quiero que dejen de verme como a la querida del Sr. Guichet, quiero

ser tu esposa —se descargó casi en tono de enojo.

François se quedó atónito, apenas balbuceó:

—Bueno querida, veré qué puedo hacer, sabes que tengo muchos problemas y obligaciones, más ahora que tuve que hacerme cargo de la hija de mi difunto hermano, hasta que no logre casarla no podré dedicarme de lleno a nosotros; no es que quiera dejarte de lado pero así están dadas las condiciones hoy. Te prometo que apenas encuentre con quien desposarla me dedicaré de lleno a nuestra boda.

Elisse entendió que no tenía más opción que esperar a que encuentren marido para Mariana. De pronto sintió que no estaba todo perdido, pero debía encontrar un candidato antes que François, y acelerar los planes de su propia boda.

François la sacó de sus pensamientos, la abrazó y la condujo hacia su habitación.

Al ingresar apagó la luz y rápidamente comenzó a desvestirla sin cuidado, y como un animal en celo la penetró sin reservas. Elisse profirió un grito. Siempre que se reconciliaban el miembro de François parecía enorme y la desgarraba. No era placentero tener relaciones con él, pero tenía que hacerlo si quería lograr sus ambiciones materiales. En esos momentos en que debía satisfacer al magnate se sentía asqueada, sucia, fea. Su prometido era repulsivo, no tenía cuidado alguno en evitar provocarle dolor, ni se le pasaba por la cabeza brindarle un segundo de placer a quien tuviese a su lado, él tomaba el dominio y lo llevaba a extremos casi violentos.

Pensó en Armand, en su ternura, en su pasión, en sus besos, y el dolor la invadió de a poco sin compasión.

Sin mencionar opinión alguna se levantó, se acomodó su falda, le pidió a François que le ajuste las tiras del corsé, y cuando estuvo presentable, salió al pasillo.

La mansión estaba en completo silencio, sólo a lo lejos se escuchaba el llanto de una mujer. La puerta de su habitación estaba entreabierta, y Mariana sostenía una muñeca en su mano: “¿Qué le pasaba a esa joven?” —pensó Elisse— “Lo tenía todo, un tío millonario que pronto la casaría con alguien acomodado. Seguro toda su vida había sido entre almohadones, a diferencia de la de ella en la que todo le costaba el doble”.

Su padre había sido toda su vida un jugador compulsivo de apuestas varias. Desperdiciaba entre sus vicios todo lo que ganaba, y no había manera de curarlo de aquella adicción.

Su madre no asumía su condición de humilde, por lo que siempre se las arreglaba para llevarla a los salones de la alta sociedad con los mejores vestidos que ella nunca supo cómo de repente aparecían en su vestidor.

Así fue como conoció a François en el salón de baile de los Dunot.

Esa noche su madre le había llevado de regalo un vestido muy osado, de color rojo como su cabello, con un escote muy pronunciado que dejaría sin voz a más de uno. Y así fue, ni bien la vio ingresar en aquel salón, François Guichet se juró que esa mujer sería suya. Estaba sencillamente deliciosa y deseaba poseerla.

Le pidió un baile, y luego otro, y otro, y así se terminó convirtiendo en la prometida de Guichet.

Él no era un hombre que le atrajera en lo absoluto, pero adoraba todo lo que su nombre significaba para la sociedad parisina. Decir Guichet era sinónimo de poder, riqueza, y todo lo inimaginable.

Elisse pensó en cuánto les costaba la vida a los pobres, y en qué simple se les presentaba todo a los ricos.

Y sin encontrar respuesta a sus cavilaciones, se retiró camino a su habitación.



## *Capítulo II*

# *Tropezando en su seducción*

Mariana se despertó a la mañana siguiente con un profundo dolor de cabeza, consecuencia de su llanto nocturno.

Estaba eligiendo qué ponerse para ir a desayunar cuando sintió suaves golpes en la puerta. Pensó que seguramente sería Anne. Cuando abrió, su tío la esperaba con el ceño fruncido.

—Buenos días Mariana, ¿me puedes decir por qué no has bajado a desayunar?

—Buenos días Señor, estaba buscando algo adecuado para ponerme y bajar al salón, pero aún no encuentro nada elegante, sólo tengo estos vestidos negros que usábamos en el internado.

François frunció más el ceño y luego se echó a reír.

—Discúlpame querida, debí haberlo imaginado. A la tarde te acompañaré a actualizar tu vestuario y le pediré a Madame Didier que te haga algunos vestidos para las próximas fiestas a las que asistiremos.

—No quiero que se preocupe tanto por mí, no quisiera causarle molestias.

—Desde luego que no me causas ninguna molestia mi querida, simplemente que tú eres una Guichet como yo, y debes vestirte como tal. Ahora ven a desayunar, así hablamos de otros planes que tengo para ti.

De nada servía intentar disuadir a su tío, por lo visto tenía muy bien decidido su futuro.

El magnate abrió la puerta, le ofreció el brazo y la acompañó hasta el salón comedor.

Al verlos llegar del brazo, Elisse frunció el ceño como si se hubiese atragantado con una galleta.

Anne sirvió el desayuno y se retiró. Los tres se quedaron en completo silencio, Elisse apretando los dientes por celos de Mariana. Hasta que François anunció:

—Mariana, tengo que realizar un viaje de negocios al Rio de la Plata, y me complacería mucho que vinieras conmigo.

Elisse sintió una corriente de ira que se le escapaba a través de los ojos, y sin poder contenerse preguntó:

—Supongo que ese viaje me incluye a mí también, ¿verdad, querido?

—No Elisse, es un viaje de negocios. Además, tú tienes que ocuparte de mi casa, ¿quién va a controlar que todo funcione como corresponde sino?, ¿quién va a vigilar a los sirvientes? —aclaró, mientras se volvía hacia su sobrina esperando una respuesta.

Mariana sonrió encantada y respondió:

—Sí tío, con gusto lo acompañaré. Además, no conozco nada del mundo y me han dicho que en esas tierras lejanas hay plantas exóticas, y que posiblemente allí se encuentre una amiga muy querida para mí.

François tuvo que disimular la ansiedad que de pronto empezó a experimentar. Su mente se perdía en pensamientos: imaginaba cómo sería abrazarla, besarla; sería como volver el tiempo atrás, como regresar a su juventud, con ganas de enamorarse, con otros ideales, sueños e ilusiones; sería como revivir todo con esa mujer que tanto se parecía a su madre María...pero esta vez se trataba de su hija, se trataba de Mariana...

Era otra oportunidad que le daba la vida y no la iba a desaprovechar, no esta vez.

Sin poder controlar sus emociones, se disculpó y se retiró a su habitación sin dar explicaciones.

Mariana terminó de desayunar y salió a dar una vuelta por el parque. Se sentía en una nube, sin querer el destino la estaba acercando a su mejor amiga Danielle.

Elisse en cambio siguió desayunando con una tormenta de cólera que golpeaba en su interior. Ya estaba harta de todo, necesitaba sentirse amada, deseada. Pero tenía que intentar tolerar un poco más, sólo un poco más hasta volverse la Sra. Guichet; después sería cuestión de tiempo deshacerse de Francois. Cansada de darle vueltas al asunto, decidió salir de compras.

Cada vez odiaba más a esa muchacha. Esa mojigata estúpida se estaba adueñando de todo a su paso. Debía quitarsela de encima a como diera lugar. Pero, ¿a quién se la presentaría?...tenía que ser un viejo decrepito adinerado, que se la lleve bien lejos antes de que François zarpase hacia el Río de la Plata.

En eso pensaba cuando se quedó mirando hacia la puerta del boticario más rico de la ciudad. Don Carlos de León, un gallego de importantes bienes y alcancías, pero carente de atributos físicos, más bien grotesco, enjuto, repulsivo. Pero no había otro, él era el ideal para Mariana.

Entonces, decidida a poner en marcha su plan entró a la botica.

Don Carlos acomodaba unos frascos de colonia de azahar en un estante superior, cuando sintió el chasquido de la puerta al cerrarse. Bajó de la escalera y cuando se dio vuelta casi se quedó sin aliento al ver semejante beldad en su negocio.

Quería mirarla a los ojos y hablar con normalidad, pero sus ojos se habían detenido en esos pechos turgentes que parecían querer salirse del corsé.

Titubeó y finalmente dijo:

—Buenos días señorita, ¿en qué puedo servirle?

—Buenos días Don Carlos, desearía hablar con usted a solas. Lo que me trae por aquí es un asunto muy particular que creo le interesará mucho.

Don Carlos la miró con sumo interés directamente a los ojos, ¿qué tramaría esa mujer, qué podría necesitar de un hombre como él? Sea lo que fuera él tendría la mejor tajada, o no se volvería a llamar Carlos, y rápidamente contestó:

—Madame, estoy para servirle, pase por aquí así hablamos en privado sin que nadie nos interrumpa.

Elisse dudó un momento. Esos ojos grises taimados la intimidaban, de pronto empezó a tener la sensación de que el favor le iba a costar muy caro. Pero como siempre había pagado el precio de todo, esta vez no sería la excepción.

Entró a una pequeña sala oscura casi lúgubre. Había poco mobiliario y en un escritorio una carpeta. Se acomodó en una silla que encontró arrumbada en un rincón y trato de mostrarse segura.

Don Carlos la miró y dijo:

—Me gustaría que fuese al punto, tengo mucho que hacer.

—Verá, la sobrina de mi prometido ha venido a vivir a nuestra casa y ya está en edad de casarse, creo que usted podría ser el hombre indicado para ella. Mariana es una joven hermosa, virgen, y tiene una importante dote. Creo que como usted no tiene esposa, podría pensar en la posibilidad de casarse con ella.

Don Carlos empezó a reír frenéticamente, parecía un demonio.

—Discúlpeme, pero esto realmente me causa mucha gracia, ¿quién le dijo a usted que yo pienso en casarme? jamás se me cruzaría una idea tan estúpida y más aun, sin saber nada sobre la joven, ¿acaso me cree tan ingenuo?

—Mariana Guichet es la sobrina de mi prometido, dentro de dos meses

cumplirá dieciséis años. Mi prometido es el encargado de velar por ella y por supuesto, pronto casarla con alguien con quien tenga un futuro prometedor.

—Creo empezar a comprender, usted necesita sacar del medio a la sobrina de su prometido, y si yo le hago ese favor, ¿qué me puede ofrecer a cambio?

—Lo que usted quiera se lo daré, pero necesito que pida la mano de Mariana lo antes posible.

Los ojos grises recorrieron todo su cuerpo y finalmente, el hombre contestó:

—La quiero a usted, deseo que todos los días venga a verme dispuesta a satisfacer mis apetitos carnales aun cuando me haya casado con su sobrina. Ese es mi precio, ¿está dispuesta a pagarlo?

Elisse sintió que un frío sudor le corría por la frente. Le asqueaba la idea de imaginar esas manos huesudas tocándole la piel, así que entre dientes contesto:

—Déjeme pensarlo un par de días, y le traeré mi respuesta.

Elisse salió de la botica casi ahogada, le faltaba el aire. Caminó alrededor de una hora hasta que por fin se detuvo en una plaza y se puso a llorar. Estaba desahuciada. Todo se le complicaba una vez más. Estaba perdida en sus pensamientos cuando escuchó una voz masculina que le resultó familiar, levantó la vista y lo que vio la sumió más en su tristeza. Armand se paseaba del brazo de una jovencita sonriendo como un adolescente.

Él nunca le había hablado de nadie, ni siquiera sabía si tenía familia en la ciudad. Sólo se habían limitado a amarse en la oscuridad.

Eso le pasaba por no preguntar, por quedarse con verdades a medias, con sentimientos o situaciones agradables compartidas. Eso le pasaba por tener tanta ambición, por correr detrás del dinero de otros y no tener tiempo para el amor verdadero, y por ser quien era Elisse Durand, la prometida de Guichet.

Como si supiera que lo observaba, Armand giró la cabeza y se cruzó con sus ojos. La saludó con la mirada y siguió riendo con la jovencita que lo acompañaba.

Elisse tragó su orgullo y se dirigió hacia la mansión. No iba a dejar que nadie más la lastime, se iba a volver de piedra si era necesario, pero nunca más iba a creer en el amor. Armand se había llevado con él sus sueños y esperanzas.

Al rato entró a la mansión y rápidamente se dirigió a la cocina y le preguntó a la servidumbre si habían visto al Sr. Guichet. Anne fue quien contesto:

—Salió con la señorita Mariana.

Elisse sintió que hervía de rabia. Otra vez la mojigata le estaba ganando de mano, pero ya le quedaba poco para seguir metiéndose en su vida.

Se dirigió a su habitación y se sentó en un sillón a pensar sus pasos a seguir.

Debía ser meticulosa y hábil para que nadie sospeche de ella. Todo tendría que parecer una casualidad. Tan inmersa estaba en sus pensamientos que ni se enteró que Anne ya le había preparado el baño. Sabía que los tiempos que estaban por llegar serían peores y que para acabar con la joven, tendría que someterse por un buen tiempo a los caprichos de ese viejo decrepito y asqueroso. Pero valía la pena el sacrificio para convertirse en Madame Guichet, dueña y señora de la mansión más rica de Paris. Y después tendría que producirse la muerte natural de François, el luto, y luego la vida feliz que había ansiado tanto; los viajes, los lujos, los amantes, todos los placeres los disfrutaría al máximo.

François no se cansaba de admirar a Mariana, era una jovencita hermosa, ingenua, simple. Carente de toda maldad y vanidad, inconsciente de su belleza

y del poder que esto le daba sobre él.

En el salón de Madame Didier sólo pidió dos vestidos, dos pares de guantes y dos sombreros.

Pero François le dijo sonriendo:

—Querida, puedes elegir lo que quieras, haz de cuenta que yo no estoy aquí y compra todo lo que necesites. El viaje va a durar un par de meses y el clima en el Rio de la Plata es húmedo y caluroso.

Mariana sintió que se sonrojaba hasta la médula y casi en un susurro le dijo:

—No quiero que se ponga en tantos gastos por mí.

—Eres una Guichet, y por favor ya deja de preocuparte, todo lo hago sin compromiso —Sonrió François.

Se acercó a Madame Didier y le murmuró algo al oído. La mujer se levantó y empezó a tomarle las medidas a Mariana, anotando cada una de ellas en un cuaderno que tenía escondido entre los bolsillos de la falda.

Cuando terminó de tomarlas miró al magnate diciendo:

—En una semana tendrá listo el pedido en su casa, Monsieur Guichet.

—Gracias Madame, confío en su gusto exquisito.

Salieron del salón de Madame Didier y François le hizo un gesto al cochero para que rápidamente se pierda por las calles de Paris.

Mariana no podía creer que su tío tuviese ese carácter tan alegre y jovial, casualmente lo contrario a lo que mostraba habitualmente.

Cuando sonreía se parecía mucho a su padre, según la innumerable cantidad de recuerdos que Mariana atesoraba en su memoria.

Su tío seguía hablando de Paris, de su fundación, de sus leyendas, era como un libro abierto ávido por ser leído mientras la miraba tiernamente.

François tenía tantas ganas de abrazarla, era tan lindo estar con ella. Tenía una conversación agradable, se comportaba como una dama, hablaba

apenas en un murmullo, guardaba silencio cuando era necesario, y disfrutaba todo lo que veía con una alegría casi infantil.

Era tan diferente a Elisse... el día y la noche. Por eso no funcionaban con su prometida, por ser como agua y aceite. Eso sentía cada vez que estaba con aquélla.

Además, tenía la certeza absoluta de que en algún momento le podría hacer daño a Mariana y no se lo iba a permitir ni a ella ni a nadie.

El carruaje apareció de golpe y lo sacó de sus pensamientos.

Al detenerse junto a ellos el cochero se bajó, abrió la portezuela, le tomó la mano a Mariana y le ayudó a subir. Ya en el interior del mismo, François le indicó al cochero que los llevase a la mansión de Philippe Dunot.

En el trayecto, su tío le preguntó si había disfrutado el paseo; Mariana asintió y se quedaron en silencio hasta llegar a la mansión.

Al llegar salió a recibirlos Dunot, alborotado y nervioso como siempre, y su mujer, que parecía más preocupada por acomodarse el corsé que por saludar a los recién llegados...

Dunot era un hombre que no superaba los cuarenta y cinco años, de cuerpo regordete, cabello castaño claro y ojos celestes inquisidores. Había hecho fortuna haciendo negocios con los contrabandistas que pasaban mercaderías de Francia al Rio de la Plata y viceversa. Su mujer Marie Claire vivía ajena a todos sus negocios, para ella su marido era sólo un comerciante con suerte, y como además poco le interesaba de dónde proviniera el dinero mientras ella pudiese gastarlo a manos llenas, vivían una especie de ajena realidad paralela.

Marie Claire no pudo controlar su desalmado interés e intentando parecer una buena anfitriona dijo:

—Qué gusto me da tenerlos de visita en mi casa, François, ¿y su prometida?

—Elisse se quedó desayunando cuando salimos hoy temprano con Mariana. Debe estar reunida con sus amigas hablando de cosas sin importancia.

—Pero François, tendrías que salir más seguido con ella, muchos hombres darían lo que sea por ser parte de la vida de Elisse Durand.

—Sí, cualquier hombre, pero yo no. Estamos entrando en esa etapa rutinaria del noviazgo en la que creo que lo mejor es verse poco y mantener las formas.

Philippe, tratando de evitar que Marie siguiera hablando de más, le dijo:

—Amigo, mira que los años se van pronto. Ya va siendo hora de que sientes cabeza y tengas hijos, tienes que dejar que alguien continúe con la estirpe Guichet.

—Tal vez tengas razón Philippe, pero aún no he encontrado a la mujer ideal, y Elisse dista mucho de ser esa mujer.

—Bueno mi querido amigo, si tú lo dices, así será, ¿se quedan a almorzar?

—Sí Philippe, nos quedamos con gusto.

—Marie Claire, dile a Ingrid que ponga dos platos más en la mesa.

—Bueno querido.

Ingrid apareció con los platos y le hizo un gesto al resto de la servidumbre para que empezaran a servir el almuerzo.

Marie Claire, que no podía vivir sin saber sobre la vida de los demás, miró a Mariana y le preguntó interesada:

—Querida, ¿qué te pareció París?, supongo que has disfrutado concurrir a los salones de alta costura del brazo de tu tío.

—Sí madame, me gustó mucho París, pero me parece que la moda es excesivamente barroca, los vestidos son hermosos pero muy recargados, y caros también.

—Pero mi querida, si tu tío tiene para comprarte lo que quieras, aprovecha tu buena estrella.

—No puedo estar de acuerdo con usted madame, yo no deseo ser una carga para mi tío, agradezco su hospitalidad, pero no me parece justo derrochar el dinero de otro a manos llenas como si fuese propio.

La mujer sintió ganas de abofetearla: “¿quién se creía que era esa chiquilla para contestarle así?”.

François miró a Mariana con orgullo, no sólo era una mujer hermosa, también era sumamente inteligente y para nada le importaban todas esas fruslerías que adoraba Elisse y Marie Claire, por eso sentía que cada vez le costaba más ocultar ciertas cosas ante la mirada de los demás. Soñaba despierto con tenerla entre sus brazos, con ser solo de ella, únicamente de ella, para siempre.

Mariana era más bella y más noble que María del Pilar y quería tenerla como compañera hasta el fin de sus días.

Ajena a sus sentimientos, en ese momento su sobrina comía en silencio. La comida estaba deliciosa, así que se dedicó a disfrutarla y decidió hacer oídos sordos a los comentarios tontos de Marie Claire.

Darí­a todo y más por volver el tiempo atrás y estar con Danielle en el convento, pero todo parecía tan lejano ahora, ya casi ni se reconocía con ese vestido escotado y esas joyas en el cuello. Sin poder controlarlo sus ojos se cubrieron de lágrimas.

François la miró intrigado, ¿quién le provocaría esas lágrimas?

Alzó la vista y le dedicó una sonrisa comprensiva que ella en silencio agradeció. Su tío comenzaba a caerle simpático. Tal vez su cara de ogro sólo era una coraza para que los demás lo respeten.

Apenas culminó el almuerzo Philippe le pidió a François que lo acompañe hasta su escritorio para tratar algunos temas en privado.

Philippe, en cuanto se vio a solas con su amigo descargó todas las presunciones que tenía en la punta de la lengua.

—Querido amigo, si tus ojos hubiesen podido se comían entera a la joven Mariana, dime ¿qué forma es esa de mirar a una sobrina?

—¿Tanto se me nota?

—Demasiado diría.

—No puedo evitarlo Philippe, desde que ella apareció, mi vida se ha puesto de cabeza. Vivo, pienso y respiro a través de su cuerpo. Siento que la vida me dio una nueva oportunidad de ser feliz.

—Existen dos serios problemas amigo: el primero se llama Elisse Durand, y el segundo la propia Mariana Guichet. Al primero vas a tener que quitártelo de encima lo antes posible, antes de que arruine todo; y al segundo, por lo que he notado tendrás que decirle lo que sientes.

—Tienes toda la razón mi amigo, nunca creí poder volver a amar a alguien después de lo que sentí por María del Pilar, pero hoy me siento joven y lleno de vida otra vez, y ella, Mariana, hizo ese milagro en mí.

—Bueno, bien sabes que cuentas conmigo. Hacía rato que no veía esa mirada en tus ojos y aunque no lo creas, quiero verte feliz.

Estaban tan ensimismados en la conversación que no escucharon cuando se abrió la puerta y entro Marie Claire:

—Disculpa la interrupción Philippe, pero la Srta. Mariana se ha desmayado, ¿Crees prudente que llame al doctor Haans?

—Sí, sí, hazlo de una buena vez mujer, manda a alguien rápido a buscarlo.

A los pocos minutos llegó el doctor Gerome Haans y pidió a todos que se retiren y lo dejen solo con la paciente.

Minutos más tarde entreabrió la puerta de la habitación y preguntó si se encontraba algún familiar directo de la joven, François rápidamente se acercó

para saber realmente qué le sucedía a Mariana.

El médico meneó la cabeza diciendo:

—Mire Sr. Guichet, no le he encontrado ningún síntoma de enfermedad física, tal vez alguna noticia o cambio de hábito en su vida diaria le haya afectado, o podría ser estrés por mal de amores.

—Hace sólo unas semanas que vino a vivir conmigo.

—Tal vez ahí resida el problema, trate que descanse unos días, que de a poco se divierta, que pasee, que se relacione con otras personas. Tal vez extrañe a alguien de su pasado, pero si el presente le resulta agradable pronto mejorara, usted sabe bien como son las jovencitas de la época.

—Bueno Doctor, tomaré sus indicaciones al pie de la letra, ¿sus honorarios?

—Madame Dunot ya cubrió mis honorarios, que tenga usted muy buenas tardes.

François miró a su sobrina, su rostro grisáceo lo perturbó, tal vez lo mejor sería emprender un viaje pronto. Agradeció la hospitalidad de los dueños de casa y partieron hacia la mansión.

Mariana no emitió palabra alguna en todo el camino.

Cuando llegaron se encontraron con una extraña visita. Elisse, que ya había hecho turbeos acuerdos que la exponían, a pesar de saber que a su prometido le disgustaría lo que había planificado, sólo tenía un objetivo en mente, darle una estocada a su enemiga para quitarla del medio.

Se armó de valor y con una sonrisa envolvente recibió a François diciendo:

—Querido, gracias al cielo has llegado, Don Carlos de León lleva horas esperándote a ti y a Mariana.

—Elisse, sabes bien que no me gusta recibir visitas que no han sido anunciadas previamente.

—Pero querido, si yo te avise ayer que Don Carlos iba a venir. No te preocupes, hemos estado charlando largo y tendido sobre tu sobrina y ha venido hasta aquí a pedir su mano en matrimonio.

—Don Carlos disculpe a mi prometida, pero el caso es que mi sobrina se encuentra delicada de salud en este momento, y el doctor aconsejó no someterla a ningún tipo de emoción que pueda resultar fatal para su salud. Si usted no tiene inconveniente, en los próximos días podríamos concertar una cita y hablar del tema. No deseo por nada del mundo hacerle perder su tiempo.

Don Carlos sintió que se le explotaban las venas de la sien, con todo lo que él tenía para hacer en la botica; había sido una visita sin resultados positivos pero como buen hombre de negocios, aceptó la disculpa, se excusó y se fue.

François perforó con la mirada a Elisse, esa mujerzuela había puesto en peligro lo que al parecer, ahora él más amaba en la vida, y se estaba tomando demasiadas atribuciones. Ya era hora de quitarle esas ínfulas de gran señora.

François cerró la puerta y se volvió hacia Mariana. La tomó del brazo y la condujo hasta su habitación. Inmediatamente volvió y enfrentó a Elisse.

—Quiero que te marches ya mismo de esta casa. Has sobrepasado todo lo que se te había permitido, y la verdad, estoy cansado de soportar todas tus sandeces. Recoge tus cosas, Philippe te va a llevar a la casa de tus padres y quiero que esto quede perfectamente claro, no quiero verte nunca más por aquí. Esta relación se ha terminado.

Elisse comenzó a llorar...y abruptamente se arrodilló a sus pies reclamando que lo amaba y que no podía vivir sin él.

François sintió lástima, después de todo esa mujer estaba ahí porque él mismo lo había permitido. Otro capricho más que al final deseaba fuera de su vida. Tomó su mano y la ayudó a ponerse en pie.

Entonces ella comenzó a besarlo, acariciarlo; sabía muy bien qué hacer

para tener el control de él otra vez...

Al cabo de unas horas amaneció.

François miró a su alrededor, no estaba en su habitación. Sintió un aroma a flores sumamente familiar, giró el rostro hacia la derecha y se encontró con Elisse descansando a su lado, completamente desnuda, “¡diablos!” expresó, otra vez había caído en su trampa.

Rápidamente se vistió y se fue a su habitación, no quería que nadie lo viera.

## *Capítulo III*

### *De repente*

Mariana estuvo tres días con fiebre, deliraba, nombraba a Danielle, y cada tarde su tío pasaba a ver si había mejorado.

Hasta que una mañana se levantó y pidió que le alcancen el desayuno. Anne sonrió, creyó que la señorita estaba a punto de morir, pero en cuanto escucho su voz salió presurosa hacia la cocina para prepararle un abundante desayuno.

Casi inmediatamente entró François con una amplia sonrisa y la abrazó diciendo:

—¡Querida, por fin despertaste! estábamos todos muy preocupados por tu salud. ¡Gracias a Dios ya estás bien! Ordenaré que te alcancen todo lo que desees a tu habitación.

Mariana agradeció con la mirada a su tío por tantas atenciones, a veces no parecía ser tan malo como decían.

Más tarde Anne la ayudó a levantarse, a darse un baño y vestirse. Estaba muy débil, le costaba mantenerse en pie, casi no había probado nada en los últimos días.

Luego con la ayuda de la joven se dirigió al comedor.

Elisse se restregó los ojos. No podía creerlo, la mojigata estaba viva.

Miró a la sirvienta buscando una explicación y ésta sólo se encogió de hombros y se fue a realizar sus labores.

No dispuesta a perder oportunidad alguna de hacerle la vida difícil a

alguien, la miró y dijo irónicamente:

—Me alegra mucho que te hayas repuesto jovencita, más aún teniendo en cuenta que mañana pedirán tu mano en matrimonio. Eso es lo mejor que te puede pasar, tendrás un marido, una casa, una buena posición social y dejarás de ser un estorbo para tu tío.

Mariana empezó a enrojecer de furia, y cuando estaba a punto de contestarle apareció su tío.

François notó el ambiente pesado, Elisse ya había destilado su ponzoña.

Mariana estaba en silencio como siempre en la otra punta de la mesa. Tenía una mirada cada vez más triste. Aún no lograba acercarse a su corazón, parecía estar a miles de kilómetros de distancia.

La necesitaba demasiado pero no iría contra su voluntad, quería amarla y que ella también lo amara a él.

Ella sintió la mirada de su tío y se ruborizó. Creía ver en él algo más que sólo cariño familiar, pero se dijo para sí que seguro era una mala apreciación suya. François era su tío, hermano de su padre. Era imposible que atesorara en su corazón mas sentimientos que los de un tío para con su sobrina huérfana.

Elisse también había visto esa mirada de François antes y estaba poniéndose cada vez más nerviosa. Tenía que apurarse y lograr que la mojigata se comprometiera en matrimonio. Aduciendo un súbito dolor de cabeza se excusó y se retiró a su habitación.

Mariana, incómoda por la situación, estaba a punto de retirarse cuando una mano la detuvo. Alzó la vista y se encontró con los ojos de su tío.

—Espera, no te vayas por favor, necesito hablar contigo un momento.

—¿Qué necesita tío?

—Antes que nada, saber ¿cómo te sientes?, y si estás bien de salud para emprender el viaje que te había comentado. Creo que te sentaría bien y te ayudaría a olvidar algunas tristezas que sacuden tu alma. Si lo deseas podemos

llevar a Anne, para que no te sientas tan sola.

—Sí tío, me siento bien. Gracias por todo lo que hace por mí.

—No me agradezcas, sólo quiero verte un poco más feliz. Sé que a veces mi prometida puede ser un poco insoportable, pero es sólo su manera de ser, no le des importancia. Enviaré a Anne para que te ayude a preparar el equipaje y por la tarde marcharemos.

—Como usted diga, y gracias nuevamente.

Mariana llegó a su habitación dando saltos de entusiasmo. Estaba por emprender un viaje a tierras lejanas, a conocer otras personas, otra cultura, y tal vez a descubrir el amor.

Elisse estaba furiosa. No podía evitar que el odio floreciera dentro de su ser. Lo único que se le ocurría era ir a ver a Don Carlos, pedirle que la secuestre y que cuando la joven apareciese, le dijera a su tío que la muchacha había andado de ofrecida, y que él era un hombre y no pudo rechazarla cuando se le insinuó.

Pero tenía que planear bien todo para que saliese de película. Sabía bien que François era de temer y que cualquier paso en falso acabaría con su compromiso y terminaría de patitas en la calle.

Decidida a tomar el toro por las astas se fue a ver al boticario.

Don Carlos estaba atendiendo a unas clientas cuando vio entrar a su máspreciado deseo. Se lamió los labios imaginándose su piel y el resto de su cuerpo. Despachó rápido a las mujeres que estaban por comprar y dirigió sus ojos pequeños y rapaces a la recién llegada.

Elisse lo saludó y fue al grano.

—Buenas tardes Don Carlos, espero no importunarle con mi visita, pero necesitaba hablar con usted.

—Verla es lo mejor que me ha pasado en este día, pero me gustaría poder disfrutarla. Elisse sintió ganas de salir corriendo antes de que fuese demasiado

tarde.

Don Carlos no estaba dispuesto a dejar pasar esa oportunidad, si esa belleza quería su ayuda tendría que pagar el precio. Así que se abalanzó sobre ella, le estampó un beso pegajoso, luego con sus manos huesudas la fue recorriendo y sin preámbulos la despojó de su ropa y abusó sin más.

Elisse no lograba detener las lágrimas que se escapaban de sus ojos, quería huir, escapar de esa situación, volver el tiempo atrás, y sobre todas las cosas quería quitar a ese viejo inmundo de su cuerpo, de su piel. Sentía su olor nauseabundo que la mareaba y la inundaba toda sin poder evitarlo. Se incorporó a duras penas, le dolía el cuerpo y el alma.

El viejo decrepito sonreía mientras disfrutaba su nueva conquista.

Sintió desprecio, asco de sí misma, de haber caído tan bajo por ambición, pero tenía que lograr su objetivo antes de que se le escape el tiempo de las manos y fuese demasiado tarde.

Don Carlos la seguía mirando imaginando los días que pasarían juntos. Esa mujer quería su ayuda y él se la daría, siempre que se sintiese bien atendido.

—¿A qué hora debo ir a pedir la mano de su sobrinita? Espero que esta vez haya anunciado mi visita. No me gusta perder el tiempo.

—Pase al anochecer, que ella estará pronta para convertirse en su prometida.

—A mí no me interesa la chiquilla, lo haré porque quiero disfrutar el placer de tenerla a usted cuantas veces quiera a mi disposición.

—Soy mujer de palabra y espero que usted también lo sea.

—Claro querida, espero que haya disfrutado la velada como la disfrute yo.

—Sí Don Carlos, pero ahora me tengo que ir, necesito hablar con François antes de que usted llegue a la mansión.

—Vaya querida, y recuerde que mañana aquí la espero.

—Aquí estaré.

Salió de ahí como alma que se lleva el diablo. Se sentía ultrajada y en el mismísimo infierno cubierta de lava. Trato de serenarse camino a su casa.

Entró sin hacer ruido, se dio un baño, se vistió con el vestido rojo que tanto le gustaba a François y se dirigió a su despacho.

La mansión estaba en absoluto silencio, no andaba por los pasillos ni la atontada de Anne, ni el ama de llaves con esa cara de sargento.

Golpeó varias veces la puerta del despacho pero nadie respondió. Abrió la puerta y descubrió que no había nadie. Seguramente habría salido a dar un paseo con la mozigata.

Llamó a la servidumbre, pero sólo apareció la cocinera.

—¿Me llamaba Madame?

—Sí, por casualidad sabes ¿a dónde fueron todos?

—Greta salió a hacer unas compras, el cochero está lavando el carruaje, el jardinero...

—No pregunto por la servidumbre, ¿dónde está François?

—Monsieur François se fue con la Srta. Mariana, de viaje —Elisse casi pierde los ojos de impotencia y bronca.

—¿Dejó dicho cuándo regresaba? —preguntó al borde del llanto

—Le dejó una nota en el escritorio del despacho.

Elisse no perdió tiempo en responderle a la cocinera, salió desesperadamente disparada hacia el despacho.

En el escritorio encontró la nota que decía:

“Elisse:

No pude despedirme ni avisarte. Asuntos importantes reclaman mi presencia en Buenos Aires. Te dejo a cargo de mi abogado, siéntete en tu casa

y todo lo que necesites pídeselo a él. He dado instrucciones para que se ocupen de tus gastos.

Cuídate,  
François.”

—¡Maldito seas, François! —dijo en voz alta y despidiendo lágrimas Elisse, y rompió el papel en mil pedazos apretando las muelas de bronca e impotencia.

## *Capítulo IV*

# *Burbujas en el agua*

Posada en la baranda de la cubierta de un elegante barco, Mariana sentía el aire nocturno que llenaba sus pulmones. Tenía la vista perdida en la distancia de algún punto lejano del cielo estrellado.

François admiraba su belleza y su dulzura. La tenía al alcance de la mano pero no quería interrumpirla ni importunarla. Quería sólo disfrutar el hecho de contemplarla.

Sabía que en algún momento tendría que hablarle de sus sentimientos, y eso haría sin que Mariana pasara por sometimientos, esperaba ser correspondido de forma natural.

Soñaba cómo sería ese momento en que ella le dijera que lo amaba, anhelaba escuchar eso de sus labios. Pero también pensaba en la otra alternativa, lo entristecía profundamente pensar en que lo podía rechazar.

Desde el desamor que sufriera con María del Pilar su vida y su carácter habían cambiado absolutamente, sin embargo, la llegada de Mariana convertida prácticamente en mujer había hecho resurgir la esperanza de un amor verdadero.

Pero hasta entonces, esa esperanza se paseaba incierta entre el cielo y el infierno.

Dejó de pensar por un instante y tratando de ser lo más dulce posible preguntó:

—¿Estás disfrutando la vista querida?

—Sí tío, es maravilloso todo esto, y no sé cómo expresarle con palabras

lo agradecida que estoy.

—Disfruta el viaje. En un momento estará la cena lista. No tardes.

—Iré en seguida, quiero disfrutar un poco más viendo el mar.

—Bueno querida.

Poco después, François la estaba esperando cuando Mariana entró a la sala comedor.

Cenaron a solas. Su tío comenzó a contarle lo que iba a hacer en el Río de la Plata. Le contó que allí tenía muchas tierras y ganado, y que por esa región habitaban también indígenas, que eran gentes sencillas que trabajaban la tierra y que si se los trataba bien eran de gran ayuda en las tareas del campo. Pero que también en otras estancias algunos eran esclavizados, pero que en la estancia “María del Pilar” eso no sucedía. También le dijo que había recibido noticias de que los negocios que tenía a cargo su contador no iban bien, que los acreedores reclamaban el pago de lo adeudado y por eso deseaba resolverlo de una vez por todas.

Mariana lo miraba con admiración. Su tío era sin duda muy inteligente y tenía un conocimiento que pocas personas compartían en esa época.

Charlaron hasta muy tarde, luego ambos se fueron a descansar a sus camarotes con la extraña sensación de que no eran tan extraños.

En la mansión Guichet, después de dar rienda suelta a su habitual rabieta, de gritar a los sirvientes incontables órdenes, Elisse aprovechó el resto de la tarde para disfrutar de su libertad y salir un poco. Quería hacerle una visita a su madre. Hacía ya bastante tiempo que no pasaba por su casa. Seguro que su padre estaría acostado durmiendo y su madre a punto de acostarse.

Entró a la casa, llamó a su madre, pero nadie la atendió así que subió las escaleras e ingresó a la habitación. De ninguna manera esperaba encontrarse

con lo que vio. Su madre trató de cubrirse, pero Elisse ya había visto lo suficiente, su madre estaba desnuda con otro hombre... salió de ahí espantada y tropezándose con todo, hasta que su madre la alcanzó y la detuvo con los ojos inflamados por el alcohol, y con rabia le dijo:

—¿De qué te asombras? ¿De dónde pensabas que salían tus vestidos caros, tus sombreros? ¿De dónde ibas a tener esa forma de vida de princesa, de tu padre? Un jugador adicto que gastaba hasta su última moneda en apuestas inútiles, no querida, no. Lo tienes todo gracias a mi sacrificio. Más de una vez he tenido que salir con personas que no me agradaban pero que me daban status, dinero a manos llenas y todos esos vestidos que te presumes en los salones.

—No me estás dando nada ahora madre, todo me lo da François.

—¿Y por qué te lo da François?, ¿porque andabas vestida como una indigente? No, no querida, te lo da porque te veías como una reina, porque reunías todo lo que ese ricachón quería: belleza y elegancia, y eso, eso me lo debes a mí. No te alcanzaría la vida para pagarme todo lo que he hecho por ti. ¡Así que no te atrevas a juzgarme! Porque todo lo hice por ti.

—¡Basta madre! ¡Por Dios, basta!

—No lo metas a Dios, que en nuestra vida hace tiempo que está bastante ausente.

Elisse salió corriendo con los ojos humedecidos en lágrimas. Ahora entendía a su padre.

Corrió tanto que inconscientemente fue a parar a la puerta de la casa de Armand. Después de llamar a la puerta se arrepintió de haber ido hasta ahí. Seguramente estaba acompañado y habría sido en vano esperar que le diera un poco de consuelo y ánimo.

Se sentía destruida, sola, y totalmente convencida de que su vida se estaba volviendo cada vez más miserable.

Armand la recibió intrigado. La última vez que la había visto él paseaba del brazo de Marlene Lacroix, y la sola mirada de Elisse cargada de odio y rabia le habían dado a entender que entre ellos todo estaba terminado. Nunca se habían prometido amor, sólo placer que calme su sed carnal. Elisse le sonrió diciendo:

—¿Me permites pasar a tu casa?

—Pasa, yo nunca te eche de mi hogar, te alejaste porque así lo quisiste...

—Estaba enojada contigo, no lograba aceptar que tuvieses otra vida, que quizá amaras a alguien. Creía que por la forma en que me tratabas y que me hacías el amor estabas enamorado de mí, pero ya entendí y vi la realidad con mis propios ojos. Hoy no vengo a buscar amor ni placer.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

—Que por esta noche le des un poco de paz y dulzura a mi alma, me han pasado tantas cosas en tan poco tiempo que ya no sé qué hacer, ni a dónde ir.

—No te preocupes princesa, yo te cuidaré y te haré la mujer más feliz del mundo.

—¿Y tu prometida? ¿Qué le dirás a ella?

—Marlene no es mi prometida, es alguien que paga muy bien mis servicios cada vez que los necesita. Es la esposa de un banquero francés, que cada tanto, aburrida de su vida y de su dinero, se escapa de su realidad para fantasear conmigo.

—¡Armand, nunca pensé que fueses así! Creía que no te importaba el dinero en absoluto.

—La verdad mi querida Elisse, me importa sólo para subsistir.

—¿Y yo soy parte de esos negocios?

—No, tú eres especial, eres una mujer hermosa que aún no se ha dado cuenta que puedes ser feliz siendo tú misma y dejándote llevar por tu corazón.

Armand musitó algo antes de darle un beso que le revivió el alma. La

desvistió lentamente como inspeccionando que fuera el mismo cuerpo que tantas veces había amado, le gimió al oído palabras dulces que provocaban su excitación pero poco antes de hacerla suya, ella gritó. Él no entendió el motivo de su reacción, y Elisse se vistió con los ojos inundados en lágrimas.

—¿Qué ocurre princesa, te hice daño?

—No Armand, no, es largo de explicar, y ahora no puedo hacerlo. Discúlpame cariño. Me marchó. Te prometo que la próxima vez que nos veamos será diferente.

—Cúidate princesa, y cuando quieras venir a verme hazlo.

—Sí cariño, lo haré —y así se despidió.

Elisse tomó un carruaje de la plazoleta y se dirigió a la mansión. Le gustara o no su situación, François la había dejado a cargo de la casa y de los sirvientes. Así que aprovecharía su poder para empezar a cambiar algunas cosas.

Además necesitaba ocupar el tiempo en algo para no pensar que él estaba pasándola de maravilla con la mojigata, y que el viejo decrepito seguramente la visitaría reclamando su pago diario, o que su madre estaba revolcándose con algún nuevo secreto cliente.

Prefirió cubrir su dolor con abundante maquillaje y soberbia. Nadie iba a verla rota ni destruida aunque su espíritu se cayera de a pedazos.

Mariana peinaba sus rizos dorados que caían sobre su espalda cuando llamaron a la puerta de su camarote. Anne venía a ayudarle a vestirse para desayunar.

Rápidamente se vistió y salió hacia el salón comedor.

Al llegar al lugar François la miró embelesado, parecía hechizado por algún extraño embrujo que no le permitía apartar su mirada de ella. Estaba tan

hermosa que dolía no ser parte de su corazón. La vida había sido tan injusta con él. Lo tenía todo y a la vez no tenía nada.

Mariana percibió algo más en la mirada de su tío y ruborizada se sentó a la mesa.

“¡Qué bien le sentaba el carmín a sus mejillas! y que hermoso sería que el provocara ese cambio en su rostro y que fuese por amor”, pensó François

—¿Te gustó el barco querida?

—Sí tío, es muy bello, más de lo que imagine alguna vez.

—Nunca antes habías viajado en barco ¿verdad?

—No, hice sólo dos viajes en mi vida, al internado y a su mansión.

—¿Cómo era tu vida en el internado, tenías amistades, afectos ahí?

—Allí conocí a mi mejor amiga Danielle Leblanc, y todo fue maravilloso hasta que sus padres la tuvieron que sacar del internado.

—¿La extrañas?

—Mucho, era más que mi amiga, era algo así como la hermana que nunca tuve, nos entendíamos a la perfección con sólo mirarnos y nos divertíamos mucho juntas.

—¿Te gustaría volver a verla?

—Es lo que más deseo en el mundo.

—Bueno, si eso te hace feliz, voy a hacer todo lo posible por encontrarla.

—¿De verdad tío? no tiene idea cuánto la necesito.

—Te doy mi palabra.

—Gracias tío —respondió Mariana y llorando se colgó de su cuello.

François no podía creer lo que estaba pasando. Quería besarla y mimarla, pero se contuvo. No quería precipitarse y perder el acercamiento que había conseguido.

Ambos sentían sus corazones saltar de alegría pero por razones muy diferentes. Y en ese estado de emoción continuaron compartiendo el desayuno.

El ambiente en la mansión era muy diferente al del barco. Elisse estaba verdaderamente insoportable. Y ese día comenzó con sus gritos:

—¡Greta, Greta! ¿Dónde están todos?

—Madame, aquí estoy ¿qué desea?

—Llama a todo el personal inmediatamente, a partir de hoy una serie de cosas van a cambiar en esta mansión.

—El chofer está limpiando el carruaje, y la cocinera está muy atareada con sus labores al tener que hacer también las de Anne.

—A mí eso no me importa en lo más mínimo, ve y diles que vengan inmediatamente.

—Sí, Madame.

Elisse se había despertado con un genio de los mil demonios y además había recibido una carta que la ponía más histérica aún, tenía que solucionar todo lo antes posible.

—Madame, ya están todos aquí.

—¿No hay nadie más en la casa?

—No.

—A partir de hoy Greta, quiero que busques más sirvientes, un ayudante para la cocinera, un mayordomo, y un chofer más.

—Las contrataciones del personal las hace Monsieur Dunot, generalmente le solicito lo que se necesita en la mansión, busco a la persona idónea para el trabajo, se la presento a él y entonces la contratan. Pero siempre está presente el Sr. Guichet cuando eso sucede.

—Bueno Greta, pero el Sr. Guichet me ha dejado a cargo de su mansión y me ha autorizado a dar todas las indicaciones, y a hacer todo lo necesario para que esta mansión esté como debe ser. Así que póngase a trabajar en lo que le

pedí, después yo misma hablaré con Dunot. En cuanto a los demás, quería decirles que espero mejores resultados que los que tienen habitualmente, quiero que siempre estén los carruajes brillantes y prestos para ser utilizados, y que el menú de esta mansión sea variado día a día. En la cocina les dejé un libro de recetas de comida francesa y alemana, así que úsenlo. También quiero que sepan que organizaré fiestas, y que si algo sale mal rodará la cabeza del que no haya hecho bien su trabajo, ¿me han comprendido?

—Sí, Madame —dijeron al unísono el chofer y la cocinera.

—Me alegra que comprendan, ahora vayan a seguir con sus quehaceres.

Cuando se quedaron a solas, los empleados de la mansión empezaron a reírse de la actitud de Elisse y a imitarla:

—Rodarán las cabezas de quien no haga bien su trabajo —dijo la gran señora.

—Nos miraba como víbora asesina —agregó el chofer.

Y siguieron riendo el resto del día, aunque por dentro sabían que sus vidas se iban a comenzar a complicar gracias a la querida del Sr. Guichet.

En cuanto a Don Carlos, estaba ansioso por ver a Elisse otra vez. Se imaginaba poniéndole sus manos encima, disfrutándola lentamente. La última vez que la había visitado se llevó una decepción al no encontrarla. Tenían un trato y ese día se lo recordaría, y si era necesario la amenazaría con contarle todo con lujo de detalles a Guichet. El viejo decrepito tenía en su mente retorcida registrado cada detalle del cuerpo de Elisse, así que si el riquillo la conocía seguramente notaría que él también había tenido ese cuerpo en su cama.

Durante todo el día estuvo ansioso, nervioso esperando el encuentro, así que cuando se hizo la noche partió rápidamente hacia la mansión.

Golpeó y esperó unos minutos que se le volvieron interminables.

Por fin apareció una mujer seria que le preguntó su nombre, lo invitó a pasar y lo acompañó hasta la biblioteca.

—Greta por favor, que nadie nos moleste. Tengo que hablar con Don Carlos —le ordenó Elisse al recibirlo en la amplia sala.

—Como ordene Madame.

Elisse le pidió que tome asiento. Sirvió dos copas de vino y le propuso brindar por los deseos.

El viejo la miró extrañado. No le interesaban en absoluto los brindis, pero pensó que no le haría mal beber un trago. Bebió rápidamente y la atrajo hacia él, comenzó a tocarla y a desprender los lazos del corsé cuando sintió un vahído y una extraña sequedad en la boca. Trató de ignorar eso y de seguir adelante en su cometido pero sus manos y piernas no respondían, su mirada se estaba nublando y ahí descubrió la trampa... Con sus últimas fuerzas trató de ahorcarla y ella luchó hasta que se desprendió de él.

—¡Perra maldita, te veré en el infierno! —dijo, y cayó en el suelo aparentemente muerto.

Elisse esperó un rato. Debía estar segura de que estuviera bien muerto. Lo tocó sin conseguir respuesta de vida.

Salió al pasillo, cerró con llave. Se fijó si había alguien en la mansión o cerca de los carruajes, pero todo estaba completamente desolado.

Enrolló el cuerpo con un lienzo, lo ató, llamó al nuevo sirviente mudo que había contratado y sin mencionarle que se trataba de un cuerpo, entre ambos lo cargaron en el carruaje.

Se subió al pescante y se dirigió al bosque. Se acercó a un lago que desembocaba a millas de ahí y lo arrojó al agua...

Inmediatamente comenzó a reír a carcajadas.

El sirviente la miraba a la distancia. Intuía que esa mujer estaba al borde de la locura.

Luego se marcharon de regreso a la mansión, sin divisar una serie de burbujas en el agua...

Ya en la mansión, Elisse le pidió a Greta que se ocupe de organizar una gran fiesta para esa noche y que preparen comida alemana.

La mansión debía brillar porque aparentemente, Elisse Durand estaba muy feliz.

## *Capítulo V*

### *Otra mirada*

Mariana estaba en su camarote acostada, con la mirada perdida, casi soñando despierta. Al estar la puerta abierta François la contempló a la distancia, inmóvil, casi incapaz de pronunciar palabra alguna que quebrara ese silencio íntimo y personal de la joven. Deseaba acercarse más, saber todo de ella, darle todo ese cariño que él guardaba para quien realmente lo enamorase, pero a la vez temía por su respuesta. La deseaba y la respetaba a la vez.

Ella sintió que alguien la observaba y giró pero no vio a nadie. François había desaparecido. Necesitaba distraerse, ocupar su tiempo ya que aún faltaba mucho para llegar al Río de la Plata.

Caminó por el barco sin saber qué hacer y al abrir la puerta del salón de baile se encontró con una elegante mujer que había contratado antes de embarcar, pero con la que aún no había intercambiado diálogo. Se la observaba acariciando las teclas del piano como tratando de recordar una melodía.

Se acercó a ella llamando su atención. La mujer se puso de pie e hizo una reverencia. François no pudo evitar recorrer con la mirada su exuberante figura.

—Madame Leblanc, es un placer volver a verla. Como le dijera cuando la contacté, quisiera que mi sobrina Mariana aprenda un poco de idiomas.

Creo además que charlar con otra persona que no sea yo le hará muy bien.

—Supongo que sí, Señor. Haré todo lo posible para que mis clases le resulten a su sobrina lo suficientemente interesantes.

Volvió a hacer una reverencia y fue en búsqueda de su nueva alumna.

En la cubierta del barco, Mariana seguía obnubilada con el océano, tratando de adivinar qué habría más allá del horizonte. La sacó de sus pensamientos la voz de aquella mujer que sería su institutriz, y que en la medida que se acercaba a ella le generaba un nudo en el pecho; esa mujer era una copia pero con mayor edad que su amiga Danielle, pensó.

Janet era su nombre. Se presentó sonriente, le habló un poco sobre ella y lo que le enseñaría, y su deseo de que también fuesen grandes amigas.

Mariana no salía de su asombro ante el parecido de aquella mujer con su querida amiga y como su cara no lo podía disimular, la institutriz le preguntó si le pasaba algo, a lo que de inmediato respondió:

—Es que usted tiene un parecido enorme a mi mejor amiga, se llama Danielle Leblanc —la mujer gesticuló una sonrisa.

—Lo que ocurre querida, es que Danielle es mi hija —respondió ante el asombro de Mariana.

—¡De verdad! ¿Me podría decir dónde encontrarla? No tiene usted idea de cuanto la he extrañado.

—Ni yo sé exactamente en qué lugar encontrarla. Danielle se fue al Río de la Plata hace cinco meses y no he tenido noticias de ella. Por eso cuando tu tío me ubicó con la idea de él encontrarla para darte la sorpresa a ti, fue que le comenté sobre Danielle. Tu tío quiso saber un poco más de mí y le comenté a qué me dedicaba, y generoso me ofreció este trabajo para que viniera con ustedes, con la idea también de reencontrarme con mi hija.

—¡Mi tío hizo eso por mí! —exclamó Mariana con cierto aire de amor por él—. La encontraremos, estoy segura —reaccionó luego.

Las clases de inglés y de castellano con Madame Leblanc eran muy entretenidas, generalmente todos los temas incluían a Danielle.

La institutriz disfrutaba escuchando las palabras de la mejor amiga de su hija. En cierta forma sentía que recuperaba algo de ella y ahora comprendía por qué Danielle la nombrara tantas veces en los últimos años. Mariana era una mujercita muy especial, inteligente, divertida, compañera, casi una hermana que el cielo le había regalado.

Estaban leyendo un texto sobre los indígenas americanos cuando entro el Sr. Guichet.

—Disculpe madame, pero quería saber cómo iban las clases, y también invitarlas a tomar el té en la proa del barco.

—Perfectamente bien Monsieur, su sobrina es muy aplicada e inteligente, y todo lo aprende con facilidad como si alguna vez lo hubiese escuchado.

—Me alegra mucho que se estén llevando bien ¿me acompañan?

—Le agradezco mucho Monsieur, pero debo preparar más tareas.

—¿Y tú Mariana?

—Enseguida voy tío.

François le pidió a Anne que prepare una mesita en la proa del barco. Tenía la ilusión de poder estar a solas con Mariana y hablarle de sus sentimientos. No toleraba más la angustia que le generaba guardarse los sentimientos.

Nervioso se sentó y empezó a entrecruzar los dedos.

La joven se acercó y le dio un rápido beso en la mejilla que lo estremeció.

—Tío, qué hermoso atardecer, qué bello paisaje se vislumbra desde aquí.

—¿Te gusta?

—Muchísimo

—Mariana, necesito decirte algo y que respondas con el corazón. Sea cual fuere tu respuesta la aceptaré.

—Pregunte tío.

—Siento que me he enamorado de ti. Desde que te volví a ver ahora ya convertida prácticamente en mujer, no puedo dejar de pensarte e imaginarte a mi lado como mi pareja. Deseo compartir el resto de mi vida a tu lado, amarte, cuidarte, hacerte muy feliz; pero necesito saber si tú sientes lo mismo por mí

—Francois sintió que se quitaba un gran peso de encima al describirle todo lo que sentía a su sobrina. Mariana se sonrojó, pero todo lo expresado por su tío no la sorprendió, quizás por intuición femenina, desde un principio se dio cuenta de que su tío tenía un comportamiento especial hacia ella.

—Tío, yo lo aprecio mucho, lo quiero casi tanto como si fuera mi padre. Le agradezco todo lo que hace por mí pero no puedo ofrecerle esa clase de amor. Sé que usted es una persona increíble y siento que merece a alguien que lo adore y lo cuide, y no creo poder ser yo esa persona.

—Está bien querida, no hablaré más del tema. Y gracias por ser tan franca.

Francois no pudo terminar de tomar el té. No quería seguir mirándola, sentía que se ahogaba. Se retiró en silencio y con la mirada perdida se encerró en el camarote, y no volvió a salir hasta la hora de la cena.

Mientras tanto en su mansión se disfrutaba de un colorido distinto, un espíritu alegre envolvía a todos los presente.

—Madame Guichet, debo felicitarla, la mansión luce reluciente esta noche, tanto como usted como anfitriona —le susurró una voz masculina al pasar.

Elisse se dio vuelta pero sólo vio a un grupo de invitados que

conversaban entre sí.

Había enviado misivas a las clases altas de la sociedad parisina, cuidándose de no invitar entre ellos a los amigos de Francois. Ya tenía bastante con aguantarlos cuando él estaba en la mansión.

También le había pedido a Armand que asistiera y se presentara como un agente teatral que buscaba talentos.

Disfrutó casi toda la noche mostrándole a los demás su mansión, y trató de ignorar los comentarios hirientes que le hiciera Madame Bamptiste, al preguntar por el dueño de casa.

Se limitó a responder que estaba de viaje de negocios por el Río de la Plata y trató de cambiar de tema para evitar altercados, cuando de pronto vio a ese hombre moreno, bien parecido que misteriosamente se le estaba acercando muy osadamente.

—Madame Elisse, la fiesta es todo un éxito. Se ve que usted tiene clase y experiencia en organizar estas imponentes reuniones —elogió, y luego se disculpó—. Perdón, no me he presentado aún, Jacques Pierrant, a sus ordenes señora.

—Discúlpeme, pero no lo recuerdo, ¿acaso usted es amigo de François?

—No madame, soy amigo de Don Carlos, el boticario.

Elisse empezó a palidecer, le transpiraban las manos y el corazón parecía saltarse de su pecho. En rápida reacción pasó a mostrarse pensativa, y mirándolo detenidamente a la cara le dijo luego:

—Ah sí, ahora creo recordarlo, ¿qué le parece si me acompaña a la biblioteca y hablamos en privado?

—Será en otro momento madame.

Y desapareció de la misma manera que había llegado.

A partir de entonces Elisse estuvo toda la noche sumamente intranquila, por más que le daba vueltas al tema en la cabeza no entendía el vínculo que

unía a ese hombre con Don Carlos, y de a poco el miedo se fue colando por las hendijas de la mansión.

Cuando se retiró el último invitado se dirigió a su habitación, se acostó, pero sus pensamientos no la dejaban conciliar el sueño. Hasta que minutos después cayó en manos de Morfeo.

—¡Auxilio!, ¡auxilio!, ¡Por favor, alguien que me ayude! —gritó Elisse. Las enormes y fuertes manos de ese hombre que se presentara ante ella apretaban cada vez más su delgado cuello, que parecía a punto de quebrarse en dos, y cuando sintió que su vida estaba llegando a su fin, despertó repentinamente—. ¡Por Dios! —exclamó transpirada y agitada, había sido sólo otra pesadilla.

Habían pasado ya dos meses de la desaparición de Don Carlos, y ni los pasquines lo mencionaban. La última vez que leyó algo sobre él sugería que quizás el viejo había muerto en alguno de los burdeles de las afueras de Paris, a los cuales solía asistir con frecuencia. En ningún momento nadie la había asociado con él.

Hasta que apareció ese tal Pierrant y desde entonces las noches se volvieron interminables, cargadas de nervios, sudor, lágrimas, y un miedo oscuro que le calaba en lo más hondo del alma.

De François sólo había recibido un corto telegrama que decía que aún estaba en viaje hacia Buenos Aires. Era un corto mensaje sin afecto.

Estaba sintiéndose la dueña de todo y la viciaba ejercer ese poder, como para dejarlo en manos de la mojigata o perderlo a causa del fantasma del viejo inmundo. No iba a ceder nada más.

Pero quería saber con quién estaba jugando ahora para poder así maquinar un plan que lo quite del medio.

Golpeó la campanilla llamando a la servidumbre para que le preparen un baño y la ropa para salir a dar un esclarecedor paseo. Ya era hora de

descubrir al extraño.

El viaje en barco a Buenos Aires continuaba. Desde su última charla en la que fuera rechazado por Mariana, François no había vuelto a salir de su camarote. Se había sumido en una profunda tristeza. Otra vez el amor le era esquivo y no sabía cómo afrontarlo. No quería lastimarla ni obligarla a que lo quiera, prefería padecer el dolor del desamor que recorría su alma.

Más de una vez Mariana había ido hasta la puerta de su camarote pero no se había animado a llamar. Se sentía mal. Nunca había deseado que eso pasara, y tampoco le gustaba saber que su tío estaba tras esa puerta derrumbado en la cama.

Anne le llevaba a diario las bandejas de comida y cuando volvía para recogerlas se encontraba con que estaban todas completas, François no probaba bocado alguno.

La cocinera estaba preocupada, si el amo no probaba alimento alguno en los próximos días seguramente enfermaría.

Así que Mariana cobró valor, y como además era una Guichet, golpeo rápido la puerta y entró sin esperar a que del otro lado le respondieran.

Lo que vio en el camarote era una expresión de total abandono, como si su tío quisiese dejarse morir.

Aguantó las lágrimas que pugnaban por salirse de sus ojos. Se acercó a la cama donde yacía casi inconsciente su tío, le tocó la frente, y notó que ardía en fiebre. Y salió corriendo a buscar a ayuda.

—Anne, por favor alcánzame un par de paños mojados bien fríos, y luego prepara el baño con esas sales aromáticas que siempre tienes a mano. Después ayúdame a desvestir a mi tío y a darle un baño para calmarle la fiebre.

—Pero señorita Mariana, no creo que a su tío le guste que lo vea en

paños menores.

—En este momento está peligrando su vida Anne, así que poco importa que no le guste que lo vean desnudo.

—Bueno señorita, traeré rápido lo que me pidió.

—Por favor, pídale a la cocinera que prepare un caldo de verduras para que se lo de apenas baje un poco la fiebre.

Con todos los nervios por lo que sucedía en ningún momento recordó que Madame Leblanc la estaba esperando para darle sus clases. Así que cuando no acudió a la biblioteca, su institutriz salió a buscarla. Después de recorrer algunos camarotes, se encontró con Anne que llevaba un montón de trapos mojados en sus manos.

—Anne, ¿me puede decir que está sucediendo? —le preguntó.

—El Sr. Guichet está volando en fiebre y la señorita Mariana lo está asistiendo.

—Dígame dónde están, quiero ver si puedo ayudar en algo.

—Sí Madame, sígame.

Cuando ambas entraron al camarote Mariana entibiaba el agua de la bañera.

—Mariana, querida, ¿te puedo ayudar?

—Tenemos que desvestirlo lo más rápido posible y meterlo en la bañera, pero me parece que no lo vamos a poder mover de aquí.

—Bueno yo te ayudaré, pero me parece que Anne y tú tendrían que salir de la habitación, seguramente a su tío no le gustaría que ambas lo vieran así.

—Pero usted lo va a ver desnudo, señora.

—Eso sólo lo sabremos tú y yo. Además de institutriz, soy enfermera, y esto sería parte de mis labores habituales. Así que vayan a fijarse la sopa que me encargaré de quitarle un poco de ropa.

Cuando las manos de Madame Leblanc iban despojando a François del

pantalón y la camisa, un temblor extraño pareció sacudir al enfermo que amenazaba con salir de esa somnolencia propia de la fiebre. Confundido y afiebrado repetía: Mariana, mi Mariana... ¿estás ahí?

Janet colgó uno de sus brazos por encima de su hombro y lo llevó hasta la bañera. Con la esponja fue lavando su cuerpo y tratando de que la fiebre bajara. Luego lo sacó de ahí, lo secó, le puso ropa interior nueva y lo volvió a acostar.

Tocó su frente, la fiebre había desaparecido totalmente, respiraba bien y su corazón parecía latir de forma normal. Lo tapó con una manta delgada y se fue a su camarote a cambiarse la ropa que estaba completamente mojada. Sabía que debía dejar al enfermo descansar, pero antes de irse a dormir volvió hacia el camarote de François para asegurarse que todo estuviera en orden.

François durmió el resto del día y a la mañana siguiente cuando despertó, encontró a Mariana sentada a su lado leyendo un libro.

Intentó levantarse pero su sobrina no se lo permitió. Quiso hablar, agradecerle, pero Mariana le tapó la boca con su mano en señal de que guardase silencio, y salió de la habitación. Poco después volvió con una bandeja repleta de alimentos e infusiones para desayunar.

Le colocó una almohada detrás de su espalda y le ayudó a incorporarse. Luego con una cuchara y de a sorbos fue ayudándole a tomar el té.

Mariana estuvo todo el día pendiente de su tío, tratando de que comiera y repusiera fuerzas.

Al otro día fue a verlo a su habitación pero no lo encontró en la cama.

Salió a buscarlo por todo el barco y lo encontró en la cocina conversando animadamente con Anne y Janet.

—Mariana, querida, gracias por todo lo que has hecho por mí.

—No me tiene que agradecer nada tío, le debe su vida a Madame Leblanc que fue quien lo atendió cuando estaba afiebrado.

—Madame, ¿por qué no me dijo nada? Ahora me siento en deuda con usted.

—No me debe nada señor. Hice lo que cualquier ser humano haría en mi lugar. Me alegra mucho verlo repuesto.

François agradeció a cada una de ellas por su atención. Era la primera vez en su vida que sentía que alguien lo cuidaba desinteresadamente, y eso era para él una sensación hermosa. De pronto descubrió que no sólo tenía en esas personas buenos empleados, sino también personas increíbles y solidarias.

Mariana retomó sus clases, y trató de ocupar su tiempo en las labores que le enseñaran en el convento. Estaba ansiosa por llegar al Río de la Plata y encontrar a Danielle. Revolvería cielo y tierra si fuese necesario para dar con su paradero. Ahora que sabía dónde buscar lo haría con más entusiasmo.

François en cambio pasaba largas horas conversando con Janet. Había encontrado en ella un montón de cualidades similares a las de María del Pilar. Tal vez su origen humilde, la vida difícil, su viudez y la ausencia de familia la hacían tan sensible a los problemas de los demás. Era una persona muy inteligente y culta, carente de soberbia, de falsos escrúpulos; todo en ella era auténtico. A veces le narraba las historias que según Danielle, habían compartido con Mariana en el convento. De a poco el tiempo les regalaba espacios de intimidad.

## *Capítulo VI*

### *Chantaje*

Elisse se enfundó en una oscura capa y caminó rápidamente por las calles de Paris. Tenía que llegar sin ser vista hasta la botica de Don Carlos para así tomar por sorpresa a ese tal Pierrant, si es que allí se encontraba como suponía. Quería saber quién era, con qué cartas contaba, si podía comprarlo o si tendría que sacárselo de encima de otra manera. En suma, tenía que quitarse esa espina del zapato de una buena vez.

Apenas se apreciaba un farol encendido dentro del local. Se acercó y lo que vió casi la hizo perder el conocimiento... el viejo inmundo estaba vivo. Hablaba y se reía junto a Pierrant. No entendía cómo podía ser posible que estuviera con vida, ¿acaso el viejo era inmune a las pociones y por eso no habían causado el suficiente efecto en él?

Se arrepintió de haber ido sola. Ni enferma entraría a la botica. Lo mejor sería volver a la casa y esperar al extraño. En su terreno sería más fácil provocarle un accidente. Y después tendría que matar al viejo de una buena vez y asegurarse de que quede bien muerto.

Volvió a la mansión más molesta que otras veces. Empezó a gritarle a todo el mundo y a dar órdenes incluso sin sentido. Alborotó a todos en

cuestión de segundos. Hasta que cuando se cansó de gritar se encerró en su cuarto. Tenía que idear un buen plan para terminar con sus temores.

Toda su vida estaba peligrando. Pero no iba a permitir que nadie le arruinara lo que tenía, menos ahora que se sentía una Guichet.

—¡No puede pasar señor!, por favor, entiéndame. Va a hacer que Madame Elisse me despida. Tenga piedad de mí.

—No se preocupe, que no se va enojar. Somos amigos íntimos...

Apenas terminaba de decirlo cuando ingresó en la sala Elisse, ataviada como si fuese a alguna fiesta. Estaba encantadora con ese vestido coral muy ceñido al cuerpo. Parecía una diosa griega recién escapada del Olimpo.

—Pero Monsieur Pierrant, que elegante está usted, si no supiese su nombre diría que pertenece a alguna realeza.

—Gracias por sus halagos, pero recuerde que debemos estar temprano en la fiesta.

—No sea tan ansioso, tendrá lo que desea más rápido de lo que se imagina.

Jacques no pudo evitar sentir un escalofrío recorriéndole la columna vertebral pero tenía que seguir adelante con el plan. Se lo debía a su tío Don Carlos, pero iba a ser bastante difícil llevarlo a cabo con semejante beldad enfrente, a cualquier hombre se le aflojarían las piernas al verla. Ahora entendía porque su tío se había confiado tanto, seguramente su belleza lo había eclipsado tanto como a él. Elisse Durand era una extraña y exquisita combinación de mujer. Siempre las había conceptuado por seres inútiles, carentes de cerebro y de posibilidades de maquinarse planes siniestros, pero ella era la excepción.

Antes de salir al salón, Elisse le había dado órdenes al cochero de llevar con él a alguien más en el pescante, pero ese alguien iría armado; no fuera a ser que algo le saliese mal.

Subió al carruaje y rápidamente salieron por las calles de Paris.

Elisse, consciente del poder que tenía sobre los hombres se acercó sugestivamente a Jacques y le pregunto:

—Monsieur Pierrant, ¿alguna vez ha estado enamorado?

—Nunca, y no creo que vaya a suceder tampoco.

—¿Por qué, acaso le teme a las mujeres?

—No, pero me parecen insignificantes en mi vida.

—Y de mí, ¿qué piensa?

—Usted es un capítulo aparte Madame, además de que no soy su tipo.

—Eso usted no lo sabe, está haciéndose el duro conmigo porque en realidad me teme y mucho, ¿o me equivoco?

—No Madame, sólo encontré su nombre y su dirección escrito en un papel en el bolsillo del saco que llevaba puesto mi tío el día que murió.

Elisse le siguió el juego sin mencionar nada sobre haber visto a su tío vivo.

—¿Y por qué vino a mi casa?

—Porque creí que quizá podría ayudarme a encontrar al asesino de mi tío.

—Lo lamento mucho Jacques, pero no tengo idea de quién pueda ser. Tal vez alguien decidió ajustar cuentas.

—Tal vez, pero bueno, hoy quiero pedirle disculpas por haberme inmiscuido en su vida de esta manera abrupta y trataré de subsanarlo con la fiesta que organicé en su honor.

—Gracias, pero no debió molestarse tanto, yo sólo era una clienta más de su tío.

De pronto el carruaje pareció golpear contra algo y se detuvo abruptamente.

Elisse bajó para hablar con el cochero e informarse sobre lo que

supuestamente sucedía y aunque Pierrant insistió en acompañarle, ella le pidió que la espere dentro del carruaje.

Intercambió algunas palabras con el cochero quien azuzó los caballos con fuerza y partió rápidamente de ahí dejándola sola en el camino. Cuando Jacques advirtió la treta comenzó a gritar para que detuvieran el carruaje. Intentó tirarse pero iba a mucha velocidad y no se animó. De pronto el carruaje se detuvo de golpe y dos hombres lo sacaron a empujones, lo ataron a un árbol y le dispararon a quemarropa. Se aseguraron de haberlo matado y luego volvieron a donde Elisse esperaba por ellos, y la llevaron de regreso a la mansión. Elisse tenía una preocupación menos.

Ya no faltaba mucho para que llegasen a destino.

—Buenos días, Madame Leblanc —saludó Anne con una sonrisa, mientras le dejaba una bandeja con el desayuno y una nota en la mesa de luz.

—Buenos días, Anne. ¿Acaso sucedió algo, por qué me traes aquí el desayuno?

—No, sólo cumplo con las órdenes del Sr. Guichet.

Apenas Anne cerró la puerta retirándose, la mujer abrió la nota que decía:

“Gracias por salvarme la vida y por brindarme momentos tan dulces, François.”

Janet sintió una oleada de calor en sus mejillas. Desde que había fallecido su amado esposo se negó a sentir amor o cariño por alguien más que no fuese su hija; pero desde aquel momento que vio su cuerpo al desnudo, había sentido un extraño estremecimiento al tocar su pecho. François era un

hombre maduro atractivo, fuerte, con un cuerpo muy bien cuidado, y ahora que empezaba a conocerlo un poco más le agradaba estar a su lado.

No pensaba excederse ni hacer nada indebido, pero le pasaban tantas cosas cuando la miraba de esa manera seductora.

Terminó de saborear el desayuno, se vistió y frente al espejo se soltó el cabello. Había empezado a desenredarlo cuando sintió unas manos cálidas que le quitaron el cepillo y comenzaron a peinarla suavemente como acariciando su cabello.

Se moría de ganas de darse vuelta y ver si efectivamente era François.

Él, como adivinando sus pensamientos la tomó por la cintura, la giró y se quedó observándola mientras ella sentía que todo su ser explotaba de deseo. La apretó fuerte contra su pecho y la besó con una pasión inexplicable e incontenible.

François no podía parar de besarla. Era como si esos labios siempre la hubiesen estado esperando y no quería privarse de ellos por nada del mundo.

Estaban tan ajenos al tiempo y espacio cuando escucharon la voz del capitán que gritó: “¡Tierra!, ¡tierra!”...

—Monsieur Guichet, estamos llegando al Río de la Plata.

Janet se soltó, rápidamente se acomodó el vestido y trató de salir de ahí cuando él la tomó del brazo—. François, por favor, déjeme ir... se lo suplico, esto nunca debió ocurrir.

—No Janet, quiero que me dé la oportunidad de demostrarle lo que estoy sintiendo por usted. No la lastimaré, se lo juro por mi vida. Quiero estar a su lado, cuidarla y amarla.

—Pero es muy pronto para saber si esto es real François...

—Tenemos todo el tiempo del mundo para conocernos querida.

—Pero François, ¿qué va a decir Mariana?

—Mariana es una personita muy sensible y te aceptará, te lo aseguro. Ella

siempre dijo que tenía que encontrar a esa mujer especial destinada para mí, y no se ha equivocado. Esa mujer eres tú, cariño.

—¿Cuándo se lo diremos?

—Hoy mismo, cuando lleguemos a la casona.

—¿No crees que sea muy pronto?

—No, no quiero ocultarle nada a Mariana, querida. No te preocupes, todo va a estar bien.

Minutos más tarde y ya desembarcados, Mariana no lograba salir de su asombro. La ciudad de Buenos Aires era tan distinta a lo que se había imaginado. Sus casas eran bajas, similares entre sí, con gruesas paredes pintadas con cal, con tejas rojas, y ventanas con rejas de hierro de donde sobresalían hermosas macetas con flores. Sus calles angostas eran de tierra y de difícil tránsito en días lluviosos, no tenían veredas y su iluminación era escasa.

Estaba atestada de inmigrantes españoles, franceses, criollos, indios, negros. A simple vista se notaba la marcada diferencia de clases sociales. Apoyada en el brazo del Río de la Plata, vivía aún sujeta a la voluntad del Rey de España pero con la esperanza de ganar su independencia.

Mariana quería retener en su retina todo lo que veía a su paso. Las damas con sus grandes peinetones y dos o tres esclavos cargados de cajas. Le llamó la atención un jovencito que no tendría más de catorce años; intentaba sostener la pila de todo tipo de enseres que su ama le había apilado sobre las manos cuando sobrepasado por el peso de los bártulos, se cayó al piso. Casi inmediatamente la mujer miró a otro de los sirvientes y le hizo un ademán con la cabeza. En cuestión de segundos la espalda del muchacho fue surcada por un par de fuertes latigazos. El joven apenas gimió y se arqueó, tratando de evitar el próximo golpe, y justo cuando estaba por recibir un nuevo castigo, la

mano del ejecutante quedó suspendida en el aire. El golpeador se volvió furioso ante quien se atrevió a detener la golpiza, y se encontró con una jovencita de ojos verdes que en un raro español le dijo:

—Deje de golpear al muchacho.

—Este mequetrefe se merece eso y más, y usted no es quién para meterse. Él es propiedad de Doña Inés Couvignon de Villar, y mi ama tiene derecho a hacer lo que le plazca con su esclavo.

—Es una persona. Y nadie es dueño de nadie.

—Eso dígaselo a ella, yo sólo cumplo órdenes, así que quítese de en medio.

François se había quedado atrás conversando con Janet y por eso no se percató de su ausencia, hasta que escuchó la voz de Mariana junto a la de otras personas que hablaban en un tono que no admitía replica alguna.

Se acercó justo cuando empujaban a Mariana fuera del círculo.

—¿Me puede decir qué está pasando aquí? —preguntó furioso.

—¿Usted es el padre de la jovencita?

—Soy su tío, ¿qué sucede?

—Su sobrina se está metiendo en lo que no le corresponde. Estaba dándole una tunda a un esclavo de mi ama hasta que ella se metió en el medio.

—Bueno, discúlpela, es la primera vez que ve una situación así. ¡Mariana!, no te alejes de nosotros y por favor no te metas en problemas.

—Es que no pude evitarlo tío, y por cierto, ¿por dónde andaban?

—Mirando las frutas del mercado.

—¿Y esas frutas eran los labios de Madame Leblanc?

—¡Mariana!

—Tío, ya sé lo qué pasa entre ustedes así que dejen de ocultarse.

—¿Y tú lo aceptas? ¿Estás de acuerdo?

—Claro, creo que son él uno para el otro. Y espero tío, que siente cabeza

y se case.

—Bueno, paso a paso.

Janet no cabía en sí misma de gozo. Estaba con la persona que amaba, con Mariana, y cada vez más cerca de poder encontrar a su adorada hija Danielle.

Lejos de Paris, Don Carlos cada tanto miraba el reloj de pared tratando de aliviar sus nervios. Había pasado más de una hora sin noticias de su sobrino Jacques. De a poco, una sensación terrible lo estaba invadiendo. Quizás esa zorra de Elisse había intuido la trampa que planeaba tenderle y por eso se había deshecho de su sobrino. Pero el muchacho era fuerte e inteligente, seguramente estaría bien, se autoconsolaba en sus pensamientos.

Los invitados pagados para simular la fiesta de a poco se fueron retirando. También se retiró la servidumbre, y ahí quedó el viejo, solo hasta que amaneció.

Fue a su habitación a buscarlo pero parecía que nadie hubiese ingresado a la casa en toda la noche. La cama estaba tendida y todo en el mismo lugar.

Por la mañana contactó a un sirviente para que lo buscara en los mercados del centro de Paris, en los burdeles, en las cantinas, y hasta en la mansión Guichet si era necesario. Pero la búsqueda fue en vano, nadie lo había visto. Era como si se lo hubiera tragado la tierra.

Don Carlos cerró todas las puertas y ventanas de la casa, buscó un arma que guardaba en un cajón hacía años y decidió esperar unos días para ir a ocuparse de esa perra, no quería levantar sospechas.

Precisamente Elisse se había levantado de un excelente humor y como sentía que tenía que quitar el mal de raíz, llamó a su sirviente Maurice y le

encargó vigilar día y noche la casa del viejo. Tenía la llave que su secuaz mudo le había quitado al sobrino del viejo al matarlo, podía entrar a la casa cuando le plazca, sólo debía encontrar el momento justo para hacerlo y acabar con el viejo de una maldita vez. Ambos sabían que se estaban jugando la vida.

Elisse necesitaba solucionar todo antes de que volviera François. Armand la visitó varias veces pero siempre estuvo tan nerviosa que apenas disfrutaron sus encuentros. Vivía pensando en tener más y más poder.

La servidumbre rogaba que el amo volviese pronto, veían como ella derrochaba el dinero y los maltrataba injustamente. El Sr. Guichet tenía sus días pero era una persona justa, en cambio Elisse, dependía de sus emociones las cuales pasaban del mejor al peor humor en un instante, y eso era sólo el principio.

Don Carlos pasó los siguientes días y noches enteras en vela, no se animaba a salir a la calle. No atendía la botica y había despedido a todos los sirvientes. Tenía miedo de que lo traicionaran y matasen, o de sufrir un accidente en plena calle. A veces escuchaba extraños ruidos en la casa por lo que no dudaba en sacar el arma e investigar el lugar del cual provinieran; inclusive era tal la obsesión de temor, que no dudaba en abrir fuego innecesariamente.

Hasta que una semana después, los ojos se le cerraron hasta caer en un sueño profundo. Cuando despertó sintió olor a humo, abrió los ojos de golpe con la intención de levantarse para correr a apagar el fuego pero no pudo, estaba atado con gruesas sogas a su cama, completamente cubierto de combustible. Miró a su alrededor buscando algo con qué desatarse y una voz femenina le dijo:

—¿Buscabas esto cariño? —y le arrojó unas tijeras que cayeron a pocos metros de la cama. Desesperado tironeó de las sogas para alcanzarlas pero sin

suerte, el fuego cercano lo envolvió hasta quemarlo por completo, siendo observado por Elisse que reía a carcajadas dado el destino final de Don Carlos.

Otra vez se había salido con la suya y eso la hacía sentirse completamente poderosa.

Salió de ahí enfundada en una capa negra, subió a su carruaje y regresó a la mansión.

El olor nauseabundo de la carne quemada se le había impregnado en la ropa, absolutamente asqueada entró a la mansión sin mirar quién la estaba esperando, y se fue a su habitación a darse un baño y cambiarse la vestimenta.

Ya más relajada después del baño, se dedicó a quemar la ropa que había utilizado. No quería volver a verla nunca más. Era parte de algo que tenía que olvidar.

Entró al salón y se sorprendió al ver a su madre.

—Madre, ¿qué haces aquí?

—Veo que se te han perdido los buenos modales que te inculqué, querida.

—Ahórrate las cursilerías, ¿qué quieres?

—Dinero, dinero, dinero y disfrutar de tu linda mansión. Creo que todo lo que tienes me lo debes, y ya es hora de que me pagues.

—¿Cuánto quieres? Dí una suma aceptable y te la daré con tal de que salgas de mi vida para siempre.

—Para siempre es mucho tiempo hijita, quiero la mitad de la fortuna Guichet.

—No te la daré.

—Quizás el riquillo quiera saber que su prometida dio fiestas todo este tiempo, que estuvo todas las noches durmiendo en la cama de su amante, y lo último y más importante, que asesinó a dos personas en muy poco tiempo.

—¡Maldita seas! ¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis informantes querida. Y con dinero todo se sabe. ¿Acaso quieres pasar el resto de tu vida entre rejas?

—No. Dame unos días, veré cuánto te consigo.

—Está bien. Pero ahora voy a acomodar mis cosas y las de tu padre en la mansión.

Elisse estaba furiosa. Otra vez estaba atada de pies y manos, y su madre era un hueso duro de roer. Iba a ser muy difícil quitarla de en medio.

Sabía que no soportaría la presencia de su madre en la mansión y menos la de su padre. Los detestaba. En la última fiesta que diera lugar en la mansión su madre se había deleitado contándoles a los invitados la buena suerte que tenía su hija, mientras se paseaba babeando restos de alcohol en el vestido.

Su padre había conseguido hacerse amigo de unos truhanes de mala muerte que noche tras noche le quitaban el dinero. Dinero que sin chistar le quitaban a ella día a día. Era demasiado agobiante vivir la presión de tener que respirar junto a ellos, tolerar sus sandeces y no poder apartarlos de su vida.

Armand hacía días que estaba desaparecido, pero no le importó, no podía concentrarse en nada más que en la fortuna Guichet.

A veces extrañaba ser una mujer enamorada, pero eso parecía demasiado lejano en su presente. De François no tenía noticia alguna, Philippe Dunot la esquivaba y cuando lo encontraba no emitía juicio alguno, sólo repetía que el dinero que François le había dejado para sus gastos se estaba acabando, que dejara de malgastar el dinero. Pero Elisse se encogía de hombros y terminaba haciendo lo que se le daba la gana. Seguramente el maldito quería dinero para él, pero ya volvería François y se ocuparía personalmente de ponerlo en su contra.

Una noche, decidida a salir un poco de ese enojo constante en el que vivía últimamente, invitó a unos amigos a cenar a la mansión. Le dio dinero a

su padre para que se fuese a jugarlo, y a su madre le pagó para que lo acompañara; entonces ella se dispuso a disfrutar la vida.

Junto a los invitados disfrutó de la cena y bebió hasta el hartazgo, debía apagar sus penas y dejar de sentir esa soledad que la inquietaba.

Al cabo de la reunión y ya retirados todos, con el poco dominio que tenía de su cuerpo dado lo consumido, intentó llegar a su habitación y acostarse. Apoyó la cabeza y se durmió al instante.

Al rato la asustó un lamento. Abrió los ojos y vio a una mujer arrastrando una gruesa soga con miles de serpientes.

La mujer se quejaba lastimosamente y pedía a Dios que se apiade de su suerte, mientras las serpientes subían entre sus piernas y la mordían provocando mayores gritos en ella. Siguió mirándola hipnotizada hasta que la pobre volteó, su rostro estaba demacrado, prácticamente desfigurado. Se frotó los ojos para borrar esa visión y ahí realmente despertó.

## *Capítulo VII*

# *Diferencias sociales*

Aún recorriendo las calles de la ciudad de Buenos Aires, François llamó un carruaje, tomó la mano de las damas y las ayudó a subir, dio indicaciones al cochero para que los llevara a la calle Rivadavia.

Mariana y Janet no salían de su asombro. Buenos Aires era una mezcla única de razas, credos y formas de vida. Estaban muy marcadas las diferencias sociales y muy separadas las viviendas de los más pudientes que vivían en los altos —casas de dos pisos— y las familias humildes.

Al llegar a la casona los recibió un mulato que no superaba los quince años de edad, saludó a los Señores y se ofreció a llevarles las maletas al interior. Llamó a alguien en un dialecto un tanto extraño, y los dejó solos en medio de un gran salón.

Ambas mujeres quedaron impactadas por tanta belleza alrededor: arañas traídas de Francia colgaban del techo, estatuas de mármol y bronce lucían expuestas en pulidos pilares de metal, una mesa larga de algarrobo con incrustaciones de nácar en las esquinas, sillas altas con almohadones franceses, y una estufa a leña encendida en el extremo izquierdo del salón comedor. Pinturas francesas y españolas cubrían las paredes. Y un aroma dulce y exquisito proveniente de la cocina las deleitó.

Extasiadas observaban lo que sería su hogar a partir de ese instante.

François buscó a su ama de llaves y la encontró ocupada dando órdenes a Josefa para que prepare el almuerzo.

Hacía tanto que no lo veía a François que se emocionó mucho al tenerlo frente a frente, estaba tan parecido a su hermano Jacques... aún le parecía verlo a veces por la casa junto a María del Pilar.

François agradeció el recibimiento de quien en su juventud fuera su *nana*, María Mercedes Ducroix, una francesa que siempre cuidó de ambos hermanos ante la ausencia de la madre de ellos.

La mujer se secó las lágrimas de sus ojos y tambaleó al verla cruzar la puerta.

—María del Pilar... querida... —dijo, y se desmayó.

Cuando volvió en sí, tres pares de ojos la miraban tiernamente.

François le acarició la mejilla y le dijo:

—Nana, no te inquietes, ella es Mariana, la hija de Jacques y María del Pilar.

—Querida, tienes el rostro de tu madre y el cabello de tu padre. Disculpa a esta vieja que se emociona fácilmente.

—No se preocupe señora, me alegra mucho que recuerde a mis padres.

—Eran dos ángeles, querida, nosotros sentimos mucho su ausencia.

—Bueno nana, cálmese y acompáñenos a almorzar. Se siente un aroma exquisito proveniente de la cocina.

François tocó una campanilla y pronto aparecieron Josefa y un jovencito que le ayudaba con las bandejas.

Pusieron los alimentos sobre una mesita y luego Josefa empezó a servirles una humeante sopa de fideos.

Luego dejó al jovencito parado al lado de la mesa listo para servir el resto de los platillos que había preparado. Casi inmediatamente les sirvieron empanadas, carbonada, todo acompañado con un dulce vino francés que habían traído de Paris, y al finalizar arroz con leche.

Totalmente satisfechos y exhaustos por el viaje se retiraron a sus habitaciones para reponerse de tan largo viaje.

María Mercedes, que ya les había acomodado sus pertenencias en sus respectivas habitaciones, les indicó cuál ocuparía cada uno.

Mariana exploró la suya y le pidió a María que le diga dónde podría bañarse.

María le explicó que en el verano se bañaban a orillas del río, y que en invierno o con el frío lo hacían en unas tinas que las esclavas cargaban con agua tibia calentada por ellas en los fogones. Así que le pidió que se quede en paños menores, sólo con un vestido de muselina fino, mientras ella iba a pedirles que le calienten el agua.

El baño relajó sus nervios y sus músculos cansados de tanto viaje. Tenía tanto en qué pensar: por un lado estaba Danielle, y por otro lado se había quedado pensando en la injusta vida de los esclavos. Sentía que tenía que ayudarlos, que tenía que cambiar las cosas. Nunca antes se había preocupado tanto por alguien, pero ver a ese pobre indefenso luchando y aguantando esos latigazos la sobrepasaban. Sabía que su tío se enojaría, pero contaba con que seguramente Janet la apoyaría en su lucha.

Lo que ignoraba, es que el destino ya estaba tejiendo los lazos de un apasionado y prohibido romance...

En la mansión de Paris, Elisse, transpirada e inquieta por la horrible pesadilla que tuviera, bebía agua en la cocina. Le dolía la cabeza. Tal vez tenía que dejar de beber tanto alcohol por las noches.

Sintió ruidos extraños en el salón, se asomó y ahí estaba otra vez su madre haciendo de las suyas. Había perdido el resto de decencia que le quedaba. Borracha y semidesnuda jugueteaba con ese extraño, el alcohol le resbalaba por la comisura de los labios y una risa descarnada escapaba de su boca, parecía una figura patética salida de algún teatro de mala muerte. Sintió asco de pertenecer a esa familia.

Hasta sintió envidia de Mariana por la estrella con la que naciera a pesar del fallecimiento de sus padres. En cambio ella tenía que hacerse cargo de esos patanes que por desgracia eran los suyos.

Miró hacia otro lado para quitarse esa imagen de su vista y se encontró con su padre recostado en la pared como dormido. Se acercó y descubrió un charco de sangre debajo de su cuerpo, y un cuchillo de mango metálico clavado en su pecho.

Inmediatamente se abalanzó hacia su madre, echó a gritos al truhan que

estaba ahí y le preguntó qué había pasado, a lo que la infeliz respondió:

—No sé de qué me hablas hijita, recién llego con Antoine y me arruinan la noche. Seguramente tu padre se emborrachó y se durmió.

—Está muerto madre, alguien le clavó un cuchillo en el pecho y si no fuiste tú, ¿quién pudo hacerlo?

—No lo sé ni me importa, era un estorbo.

—Tendremos que deshacernos del cuerpo.

—No querida, tendrás que hacerlo tú, a mí me duele mucho la cabeza.

—Por mucho que te duela me vas a ayudar o diré que tú lo mataste, maldita perra.

—Bueno, no hacía falta que me faltes el respeto, déjame cambiarme y te ayudo.

Al rato, camufladas en la oscuridad de la noche cargaron el cuerpo en el carruaje y lo llevaron a los barrios pobres, lo dejaron cerca de un burdel y como si nada hubiese pasado volvieron a la mansión y se encerraron en sus habitaciones, absolutamente convencidas de que la vida era eso y dispuestas a pagar el precio.

Armand había resultado ser el ignoto asesino del padre de Elisse, y desde entonces tampoco podía dormir, las pesadillas lo atormentaban, temía ser descubierto. Si bien ya habían pasado varios días de la muerte del padre de Elisse y nadie lo había visitado para entrevistarle como posible sospechoso. Él tampoco se animó a visitar más a Elisse. No creía poder mirarla a los ojos. No tuvo la intención en ningún momento de matarlo, pero si no lo hacía el padre de Elisse le diría a su hija que en el último tiempo Armand le había estado robando las joyas de la caja fuerte. Claro que si el padre de Elisse no lo hubiese visto nada habría pasado, pero justo tuvo que estar en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

Lo demás fue sólo consecuencia de un hecho azaroso porque él nunca le había hecho daño a nadie. Siempre se mantuvo con el dinero que le dejaban las riquillas por sus servicios, pero en esta oportunidad la ambición pudo más. Y ahora estaba metido en problemas.

Hasta que una tarde golpearon la puerta de su casa pero no atendió. No estaba de ánimo ni en condiciones presentables. Tenía la barba crecida de varios días y una mirada ojerosa que asustaría a cualquiera.

Elisse se cansó de golpear y desistió. Tal vez Armand andaba por ahí entreteniendo a alguna rica dama.

Un poco más calmado se asomó y miró por la hendidura de la puerta, dos policías deambulaban la zona. Asustado buscó una maleta, guardó un poco de ropa, algunas joyas que aún no había vendido, algo de dinero, se cambió y salió apurado hacia el puerto. Intentaría subirse a algún barco que lo llevase bien lejos para que no lo encuentren y así comenzar una nueva vida.

Mariana se levantó muy temprano una mañana, estaba completamente maravillada con la construcción, el mobiliario, el aljibe, y el enorme patio donde había muchas plantas y flores.

Se agachó para cortar una de las tantas flores y llevarlas a su habitación decorando un florero que estaba en su mesa de luz, pero ignoró que había alguien más en el jardín.

Basilio la miraba deslumbrado por su cabello rubio como el oro, escondido él tras unas matas de plantas. Sabía que si Josefa lo veía iba a gastarle el lomo a latigazos como al pobre José, pero bien valía la pena contemplar de cerca aquella belleza de mujer. Mariana, ajena a los deseos del muchacho terminó de juntar las flores y a los saltitos se marchó hacia su habitación. Basilio la siguió a corta distancia. Sabía bien que nunca le

permitirían ni siquiera hablarle, pero aún podía permitirse soñar, los blancos no le iban a quitar eso.

De pronto escuchó la voz de Josefa que lo llamaba, y rápido se dirigió a la cocina.

—¡Pero Basilio! ¿Dónde te habías metido?, sabes que está el patrón en la casa y que si te encuentra holgazaneando ambos tendremos que soportar la reprimenda.

—Estaba dando vueltas por ahí, por si el señor precisaba algo.

—Sabes bien que tu lugar es la cocina. María Mercedes nos ha dicho más de una vez que de los amos se ocupa ella.

—Josefa, viste qué linda es la amita Mariana...

—La vi, pero quite sus ojos de ahí mi negro, esa muchachita no es para los de nuestra clase.

—Nadie puede decir eso Josefa, el amor es libre.

—Es libre para los blancos, Basilio, para nosotros los esclavos no es así. Debemos amar a los de nuestra clase y raza. No te busques problemas.

—No se preocupe Josefa, que sabré ocupar mi lugar.

Josefa siguió mezclando el dulce de leche pero se mostraba inquieta. Tenía mucho miedo por Basilio. Sabía que los blancos podían ser muy crueles con quienes desobedecían y escapaban a las reglas que ordenaban su vida dentro de la colonia.

Janet se levantó y fue a buscar a Mariana, como no estaba en su habitación se dirigió al comedor. François leía la gacetilla local y cuando la vio acercarse se levantó, la tomó por la cintura y le robó un beso.

Ruborizada, sólo pudo decir:

—Buen día mi amor, ¡qué hermoso recibimiento!

—No es nada con todo lo que pienso darte querida. Ahora que la vida nos presentó, pienso hacerte muy feliz.

—Perdón la interrupción pero si no les molesta, ¿podríamos desayunar? Y después tío podría sacarnos a pasear a las dos por la ciudad, tal vez así podamos saber algo de Danielle...

—Sí Mariana, desayunemos y luego vamos a ver si podemos saber algo de tu amiga.

—Gracias tío, estoy muy ansiosa. Quiero encontrarla, saber qué fue de ella, usted no tiene idea cuánto significa para mí.

—Lo sé y no escatimaré esfuerzos para ayudarte a ti y a Janet a encontrarla.

Josefa les llevó el desayuno y una bandeja rebosante de tortas fritas.

—Tío, qué delicia, es una excelente cocinera Josefa —elogió Mariana al probar una.

—Josefa cocinaba en esta casa cuando vivían tus padres. María del Pilar adoraba sus tortas fritas y pasaba mucho tiempo en la cocina charlando con los sirvientes. Tu madre era una persona muy especial, a veces me la recuerdas con tu forma de ser.

—Tío, no se ponga triste. Mi madre, esté donde esté le estará agradecida por todo lo que hace por mí.

—Espero poder ayudarte siempre querida.

—Bueno tío, terminemos este desayuno celestial y vayamos de una vez a buscar a Danielle.

Minutos luego les tendió un brazo a cada una y sin más salieron.

Bajaron del carruaje en la Plaza de la Victoria y recorrieron los puestos de La Recova. Esta larga galería comercial estaba dividida en dos, una parte miraba hacia el cabildo, y la otra hacia el fuerte. Tenía vendedores alineados que ofrecían distintos tipos de mercaderías como vestimentas, objetos de bazar, monturas y velas. Los mercaderes tenían todo tipo de novedades del exterior e interior del país. Luego de comprar varios vestidos y mantillas en la

Recova fueron a la Plaza del Mercado, los vendedores a viva voz ofrecían mulitas, perdices y verduras. Era un continuo paso de gente y mercaderías.

Mariana en cada puesto preguntaba si habían visto a una jovencita francesa por el lugar, pero con tan pocos datos nadie podía ayudarla. Una mujer le dijo que si era joven y bonita seguramente la tendrían trabajando en los Altos de San Pedro, vendiendo su cuerpo por unas pocas monedas, pero que antes de perder toda esperanza la busque en la casa de ejercicios espirituales.

Mariana no podía evitar preocuparse por su amiga. Deseaba llegar lo antes posible a donde se encontrara y protegerla de cualquier peligro. Su corazón le decía que debía apurarse antes de que fuese demasiado tarde.

Agotadas por el paseo y sin novedades emprendieron el regreso. En todo el trayecto ninguna de las dos mujeres pronunció palabra, la sombra de peligro que podía correr Danielle flotaba entre ellas.

François no sabía qué decirles. Él sabía que generalmente a las extranjeras les ofrecían techo y comida a cambio de su cuerpo, y Buenos Aires estaba plagada de advenedizos que aprovecharían la situación terrible de una mujer sola en la ciudad. Tratando de levantarles el ánimo les propuso que organicen una tertulia donde asistan las personalidades más importantes de la ciudad, de esa forma conocerían a más personas y podrían averiguar algo más sobre Danielle.

Janet esbozó una sonrisa de agradecimiento hacia François, y le dijo a Mariana que debían ponerse a trabajar si querían que todo saliera bien.

Mariana asintió sin demasiado entusiasmo y se fue al jardín, se sentó bajo la parra y dejó que las lágrimas se escapen de una buena vez. No encontraba consuelo alguno en una fiesta y no sabía qué hacer para dar con su amiga.

Basilio, que la estaba observando desde que llegara, se acercó y le tendió un pañuelito arrugado.

—Amita, no llore, que sus ojitos se empañan.

—Gracias Basilio, pero no puedo más. No sabe lo terrible que es pensar que alguien que queremos corre peligro y no podemos ayudarle.

—Si le sirve de algo, estoy para lo que guste mandar.

—No creo que puedas ayudarme, pero gracias por preocuparte.

Basilio quería abrazarla y ayudarle en lo que sea, y lo habría hecho si no hubiese aparecido el amo.

—¡Basilio! ¿Qué haces aquí?

—Nada amo, sólo le di un pañuelo a la señorita Mariana.

—Ve a la cocina inmediatamente que ya me ocuparé de ti.

—Sí, amo.

Apenas se fue el mulato, François se acercó a su sobrina y le pidió que se calme que pronto la encontrarían. Luego se dirigió a pasos largos hacia la cocina. Basilio estaba revolviendo la olla de la mazamorra, así que le pidió que lo siga hasta el sótano. Cuando cerró la puerta lo ató a una cadena que colgaba del techo y le dio unos veinte latigazos. Basilio no profirió un solo grito. Estar con la amita valía los latigazos del amo.

Agotado por el esfuerzo, lo dejó atado y se marchó sin decirle una sola palabra. No le gustaba golpear a los esclavos, pero sabían bien las reglas. No debían mezclarse ni estar en donde estuviesen las mujeres blancas a menos que se los ordenaran.

Cuando Josefa lo vio pasar transpirado comprendió lo que había sucedido. Apagó el fuego y se dirigió al sótano. Basilio tenía la espalda cubierta de sangre y permanecía inmóvil colgado de la viga del techo.

Lo desató, lo apoyó en unas bolsas y fue a buscar algo para limpiarlo y curarle las heridas.

Mariana la vio pasar y la siguió, nunca creyó encontrarse con semejante espectáculo atroz.

La negra la escuchó, se dio vuelta y le dijo llorando:

—Vaya amita, usted no debe hablarle a Basilio y él tampoco a usted, porque sino mi pobre negrito recibe veinte latigazos.

—No pensé que le harían daño, él no hizo nada malo.

—Pero a su tío le pareció que sí y lo castigó. Evítenos el sufrimiento niña y júntese con los de su clase.

Mariana se fue llorando y con una rabia inmensa que reclamaba el nombre de su tío François.

## *Capítulo VIII*

### *Cueste lo que cueste*

En la mansión de Paris, Elisse se levantó de muy mal humor, odiaba que la despertaran temprano. Greta había llamado de forma insistente a la puerta hasta lograr despertarla debido a que Dunot necesitaba hablar con ella.

El ama de llaves no sabía exactamente lo qué quería pero entendía que tenía que ver con el Sr Guichet. Deseaba ver la cara que pondría esa arpía cuando le dijeran la fecha de regreso del dueño de casa, tanto ella como la mantenida de su madre se marcharían y la mansión volvería a estar como antes.

Philippe Dunot trataba de buscar en su mente las palabras exactas para definirle la situación a Elisse. Hacía dos días que se había acabado completamente el dinero para sus gastos y François no regresaría hasta dentro de un mes.

Elisse se acomodó el vestido y entró al salón. Estaba despampanante con ese color azul Francia que resaltaba su rostro y su cuerpo. Sabía que Philippe en su fuero interno la deseaba y aunque no era un hombre que llamara su atención, si necesitaba sus favores haría lo necesario para no perder la posición alcanzada.

Philippe también sabía de sus intenciones, Elisse era una mujer transparente para el que conocía demasiado todas sus mañas.

—Buenos días Monsieur Dunot, ¿qué lo trae por aquí?

—La verdad, no son muy agradables mis noticias hoy, pero mi deber es informarle para que tome sus recaudos.

—Bueno, diga de una vez qué pasa.

—El dinero que mi amigo François ha dejado para sus gastos se ha agotado completamente, y él no regresará hasta dentro de un mes aproximadamente.

—¿Y qué quiere que haga?

—No lo sé, tendrá que buscar la forma de mantenerse por sí misma, despedir a los últimos empleados que contrató y ser modesta.

—No me puede pedir eso.

—No se lo pido, se lo sugiero por su bien.

—François no puede haberme dejado tan poco dinero, sabe como soy para los gastos.

—La suma que le dejó era cuantiosa, pero seguramente nunca imaginó que usted realizaría tantas fiestas y recepciones en la mansión, así que como no tengo más que decirle ni cómo ayudarle, me retiro. Que tenga un buen día Madame...

Ni siquiera se digno en despedirse de Dunot.

Estaba derrumbada, seca de dinero y sin tener a quién pedirle ayuda.

Estuvo un rato masticando soluciones posibles hasta que se levantó y le pidió a Greta que despida a la mayoría de los sirvientes que había contratado en el último tiempo. Luego se dirigió a la habitación de su madre, llenó sus maletas con sus pertenencias, las cargó en el carruaje y dio la orden de que las llevaran a su casa natural.

Después se sentó a esperarla para poder sacarla a patadas de la mansión.

Eve Durand bajó del carruaje a duras penas, traía consigo una borrachera que no le permitía mantenerse en pie. Abrió la puerta y se chocó con todo lo

que pudo a su paso, hasta que se acercó hasta un sillón y se sentó.

Elisse la miraba asqueada. Esa montaña insulsa y grosera no podía ser su madre. Así que la agarró del brazo y a los tirones la sacó de la mansión.

—¿Qué haces mal agradecida? ¿A dónde me llevas?

—Adonde perteneces, ya no puedes quedarte conmigo. Tus cosas ya las mandé a tu casa, así que hazme un favor, piérdete.

—¡Maldita basura!, con todo lo que hice por ti ¿me pagas así?, esto te va a salir muy caro Elisse Durand, te lo juro.

—No te tengo miedo, y vete antes de que mande a alguien a golpearte. Yo no tengo madre, mi adorada madre murió hace mucho tiempo.

—Esto no va a quedar así. Te lo aseguro. No puedes tapar el sol con un dedo. Te guste o no tienes mi sangre.

Y trastabillando se alejó de ahí.

Elisse empezó a maquinarse una solución para sus problemas económicos. No iba a vivir modestamente porque de hecho ya se había acostumbrado a su vida de rica. Primero decidió vender algunas de las joyas que guardaba en su caja fuerte, y después vería cómo haría para lograr que Philippe Dunot cayera en sus redes.

Sabía que sus ojos de buitre la observaban, deseándola y sabiéndola inalcanzable.

Abrió la caja fuerte y casi se desmayó, estaba vacía. ¿Pero qué haría entonces sin una miserable moneda?

Trató de recordar quién sabía del contenido de la caja fuerte y donde guardaba su llave.

—¡Armand!, desgraciado embustero —él sabía donde la guardaba y lo que contenía. Rabiosa salió como alma del demonio hacia la casa de su amante. Golpeó la puerta y como no contestaban le dio la orden al cochero para que la derribe.

Había un hedor a abandono terrible y muchas cosas tiradas por todos lados, pero de su amante ni la sombra.

Decidida a cambiar el curso de bajeza que empezaba a experimentar su vida se dirigió a la mansión Dunot.

El ama de llaves le abrió y le informó que la señora de la casa no estaba, pero Elisse dijo que en realidad buscaba al Sr. Dunot.

—Madame, ¿en qué puedo servirle? —la saludó poco después.

—Philippe, necesito mostrarle algo que encontré en la mansión, ¿podría acompañarme?

—Pero Elisse, no es conveniente que la acompañe a estas horas, mi esposa está por llegar.

—No le quitaré mucho tiempo Philippe, se lo ruego.

—Bueno, está bien.

Elisse en todo el viaje de regreso a la mansión Guichet se encargó de hablarle de François, de preguntarle sobre las tierras en el Río de la Plata de una forma natural, para no levantar sospechas sobre lo que estaba tramando.

Al llegar le pidió que la espere en la biblioteca mientras ella iba a buscar algo para mostrarle. Buscó a Greta y le pidió que bajo ninguna circunstancia dejara que nadie la interrumpiera, pero que cuando hiciera sonar la campanilla le pida a Jerome que entre a la biblioteca sin llamar. Greta se quedó mirándola intrigada por esas órdenes extrañas.

Dunot la esperaba en la biblioteca mientras ojeaba unos libros.

Elisse entró con unas carpetas, cerró la puerta y se acercó hasta donde estaba Dunot. Sugestivamente se apoyó en el escritorio dejándole ver a Phillippe sus rosados pechos que estaban por salirse del corsé, comenzó a acariciarlo. Y aunque Dunot estuvo un tanto renuente al principio, luego se dejó llevar por las caricias que le daba medusa.

Elisse le pidió que desprenda los lazos de su corsé y que la haga suya, y

como buscando donde apoyar sus manos, con una hizo sonar la campanilla de modo que pareciera un movimiento espontáneo. A Dunot no le llamó la atención el sonido pero sí que entrara sin llamar un sirviente y lo viese en esa posición. Apurado y apenado por lo que había sucedido se levantó, pidió disculpas y se fue.

Jerome no entendía para qué tenía que estar ahí, y ante una seña de su ama se marchó.

Elisse cerró la puerta y comenzó a reírse a carcajadas enfermas. Todo había salido de maravilla. Dunot tendría que mantenerla o su esposa se enteraría de lo qué había sucedido.

En Buenos Aires, François se pasó toda una tarde en la biblioteca con el contador tratando de interiorizarse sobre la situación económico-financiera de sus negocios.

En la estancia últimamente estaban faltando animales, y los que quedaban se estaban muriendo de flacos; tampoco andaba bien la cosecha. Últimamente era muy difícil llevar gente a trabajar a las estancias por miedo a las incursiones indígenas. Los malones cada vez se adentraban más en tierra de blancos y a esto se sumaban los exorbitantes impuestos que había que pagarle al virrey español. El contador le sugirió llevar esclavos para que se ocuparan de la siembra y la cosecha. Era más barato comprar y hacer trabajar esclavos, que pagarles a esos gauchos un sueldo.

Manuel Benoit pensaba que si François iba personalmente a la estancia, con su sola presencia haría que los peones obedezcan; pues el encargado ya no lograba que cumplan ni siquiera con las tareas básicas del campo.

Manuel se puso a su disposición para lo que pudiese necesitar y sin más que decirle se marchó. François se quedó pensativo. Si no tomaba cartas en el

asunto pronto todo se le iría de las manos.

Luego de buscarlo por toda la casa, Janet lo halló sentado en un sillón muy concentrado.

—Cariño, no te podía encontrar, ya es hora de cenar ¿vienes?

—Sí mi vida, ya voy, es solo que tengo algunos problemas en la estancia.

—Bueno, ven a cenar y luego charlaremos de todo eso.

François estaba agradecido con la vida por permitirle empezar de nuevo una relación con una mujer tan bella y comprensible como Janet. Sin embargo, nunca imaginó lo que ocurriría luego. Ocuparon sus lugares junto a la mesa y notaron la ausencia de Mariana.

Janet se excusó y rápidamente salió a buscarla. Golpeó varias veces a su puerta sin recibir respuesta alguna. Intentó abrir, pero estaba cerrada por dentro. Desanimada le dijo a François que quizá estaba dormida, ya que no contestaba. Éste se levantó para ir a ver qué le pasaba a esa jovencita. Golpeó y golpeó pero tampoco salió nadie.

Volvió al salón comedor y no le dio demasiada importancia al asunto, ya en la mañana hablaría con ella.

—Janet, mañana por la tarde voy a partir hacia la estancia, me gustaría que tú y Mariana me acompañen.

—Por supuesto querido, le avisaré a María Mercedes para que nos ayude a empacar.

—No te preocupes mucho por la vestimenta, a donde vamos las mujeres se visten mucho más simple que aquí o en Paris.

—Pero somos mujeres, querido, y siempre llevamos muchas cosas aunque tratemos de llevar sólo lo necesario.

Tendida en su cama, Mariana no podía dejar de llorar. Cada vez que cerraba sus ojos se le cruzaba la imagen de Basilio y su espalda completamente ensangrentada. Se sentía absolutamente culpable.

Janet escuchó un sollozo al pasar cerca de la puerta de la habitación de la joven. Golpeó y probó abrir; la puerta ya no estaba cerrada con llave. Mariana lloraba desconsoladamente en su cama.

—Querida, ¿qué te sucede?

—Mi tío es un monstruo, Janet.

—¿Pero qué te hizo para que pienses eso?

—Le dio un montón de latigazos al pobre Basilio y todo eso fue por mi culpa.

—Bueno querida, no sé qué habrá hecho Basilio, pero tal vez tu tío tenga sus razones. Mucho no entiendo de las costumbres en estas tierras pero seguramente fue lo correcto.

—Pero Janet, ¿acaso justificas la violencia? Si hubieses visto como estaba cubierto de sangre me entenderías.

—Bueno Mariana, creo que tendrías que hablar de esto con tu tío y resolverlo de una vez. Llorando y encerrándote no solucionas absolutamente nada. Además, debes saber que nos vamos por un tiempo al campo. François tiene algunos problemas en la estancia y quiere que lo acompañemos.

—Usted lo acompañará Janet, porque yo de aquí no pienso moverme. Tengo que seguir buscando a Danielle.

—Lo sé querida, pensé en dejar eso para cuando volvamos, pero, pregúntale a tu tío, tal vez él te deje quedarte aquí con María Mercedes y Josefa. Acompáñame y preguntémosle de una buena vez.

François leía la gacetilla tranquilamente cuando las dos mujeres se sentaron frente a él.

—Tío, yo no quiero ir con ustedes a la estancia, prefiero quedarme aquí para buscar a Danielle.

—Mariana, no puedo dejarte sola aquí.

—Pero no me quedaría sola, estaría acompañada por María Mercedes y

por Josefa, y podría averiguar más sobre mi amiga.

—Bueno, veo que no te puedo convencer. Pero prométeme que no te meterás en líos en mi ausencia.

—Se lo prometo tío, gracias, muchas gracias.

—No me lo sigas agradeciendo que ya me estoy arrepintiéndome de dejarte aquí, pero como eres una Guichet, sé que sabrás solucionar lo que acontezca. Cualquier cosa que necesites pídesela a María Mercedes y pórtate bien.

—Sí tío, se lo prometo.

—Nosotros nos marcharemos hoy mismo, espero que cuando volvamos estés sentadita en esta misma sala.

—Sí tío.

Almorzaron tranquilamente y luego Mariana ayudó a acomodar todo el equipaje en el carruaje. Ambas mujeres se despidieron con lágrimas en los ojos, con la promesa de volverse a ver y la esperanza de que quizá ya estuviera Danielle también junto a ellas.

François la abrazó con una corazonada de temor, rogando por dentro que no le pasara nada, más aún sabiendo lo tozuda que era su sobrina y los problemas que eso podría acarrearle en el futuro.

Mariana los siguió saludando con la mano hasta que el carruaje se perdió de su vista, y entonces ingresó a la casona decidida a saber cómo estaba Basilio. Se dirigió a la cocina, Josefa no estaba allí, seguramente habría salido de compras.

Siguió recorriendo los diferentes ambientes hasta que encontró el cuarto de servicio. La puerta estaba apenas cerrada. Entró sin llamar y lo vio tendido boca abajo. Acercó una silla y se sentó a su lado. Basilio estaba tan dolorido que apenas se movía, pero algo hizo que se girara hacia ese costado y pensó que su mente lo estaba traicionando, que su ángel también lo visitaba en sueños y sonrió.

Ella extendió su mano y le acarició el rostro, mientras las lágrimas volvían a escaparse de sus ojos verdes. Él sintió las lágrimas en su mano y ahí comprendió que no estaba soñando, su precioso ángel estaba a su lado.

—Amita, no llore, no vale la pena.

—Todo fue por mi culpa Basilio, pero te prometo que voy a hacer todo lo que esté a mi alcance para que esto no vuelva a suceder nunca más, ni contigo ni con ninguna otra persona.

—Amita, eso es imposible, deje todo como está. El amo es mi dueño y puede hacer lo que le plazca conmigo.

—Es que nadie es dueño de nadie, todos somos hijos de Dios y por ende somos libres. Ahora recuéstate que iré a traerte algo para comer.

—Amita, no se preocupe por mí, estoy bien.

—Te voy a cuidar aunque no quieras, así que deja de contrariarme y descansa.

Basilio sintió que era el hombre más feliz del mundo, quizá sí había una esperanza para sus sentimientos. Mariana no era como las demás gentes que había conocido. Era bella por fuera y hermosa por dentro también, y él sentía que la quería como nunca antes a otra mujer.

Los días que siguieron hasta que Basilio se recuperó del todo transcurrieron en completa calma. Josefa a regañadientes aceptó que la amita visitara y cuidara a su negrito como cariñosamente le llamaba cuando estaban solos. Sabía que era muy peligrosa esa relación que se estaba construyendo día a día entre ellos, pero no tenía corazón para hacer sufrir a nadie. María Mercedes no estaba ni enterada de estos encuentros o habría puesto el grito en el cielo, así que se pasaban horas charlando sobre su vida en la colonia, sobre cómo fue su llegada en un barco proveniente del norte de África, cómo le costó entender que se debía a su amo, y las largas noches de invierno que lloró por su tierra lejana, por la familia que jamás volvería a ver, y por aquel

primer amor que se quedó en el Alto Perú, cuando la vendieron a un mandatario de alto rango. Cada tanto las lágrimas inundaban sus ojos profundos y negros, cargados de tiempos de ausencias.

Lo extraño era que a pesar de tener motivos suficientes para odiar a los blancos, no parecía tener esos sentimientos hacia ellos.

Mariana disfrutaba tanto de esas charlas compartidas que casi se olvidó de ir a buscar a su amiga.

Cuando se recuperó Basilio, ambos salieron a buscarla por la ciudad. Él siempre la llevaba a todos lados y siempre cuidándola de todos los peligros. Algunas personas la miraban de forma extraña cuando ella le hablaba tuteándolo, él en cambio lo hacía con ternura. La sociedad rioplatense no estaba dispuesta a tratar diferente a los esclavos. Les eran muy útiles y a muy bajo costo; eran excelentes trabajadores y formaban parte de las mercancías que comerciaban en la colonia. Cuantos más esclavos tenía una familia era mayor el poder económico social que poseía ante la sociedad.

Pero eso a ellos dos les importaba muy poco. Mariana sentía que tenía que protegerlo. Había comenzado a admirarlo y a sentir algo más que se negaba a admitir cada vez que se le cruzaba por la cabeza. Por su parte Basilio sentía que estaba entre las nubes. Todos los días se levantaba temprano, hacía todas las tareas que le encargaba Josefa con suma rapidez y precisión para estar disponible para cuando la amita lo necesitara. Y cada día la adoraba más y más.

En la mansión Dunot se generaba una situación tensa:

—¡Philippe! ¿Me puedes explicar dónde estabas? —preguntó su mujer.

—En la Mansión Guichet, François me dio órdenes estrictas de controlar que su querida no venda ninguno de sus cuadros ni toque el contenido de la

caja fuerte.

—¿Pero a estas horas de la noche tenías que ir a fijarte eso?

—Querida, deja de ponerte celosa que estoy bastante viejo para pensar en eso.

Dunot trataba de disimular que no le sucedía absolutamente nada, pero sentía pánico. Había caído como un tonto en las redes de Elisse, y ahora estaba en problemas con su mujer y en un mes lo estaría con François.

Sabía que ella era muy astuta y que por el momento sólo debía darle dinero para callarla, pero también sabía que sus intenciones no eran nada buenas y no se conformaría con migajas.

Intentó seguir el hilo de la conversación pero de a ratos se quedaba perdido en sus pensamientos: ¡Qué ingenuo y torpe había sido!, su mujer seguro se enojaría y François también, eran amigos de la infancia... cómo podría explicar que había caído en las redes de su querida.

Maldijo la hora en que decidió acompañarla, pero ya era tarde para arrepentimientos. Elisse tenía un testigo que seguramente utilizaría en su favor.

No pudo seguir cenando, adujo un tremendo dolor de cabeza y se fue a acostar.

A Marie Claire le importaba poco lo que hiciese su marido ya que estaba soñando despierta con las próximas fiestas a las que asistirían, con el vestido que le traerían en los próximos días desde Burdeos. Era una mujer ajena al resto del mundo, todo giraba alrededor de sí misma. Nunca lo había amado, pero reconocía que Philippe Dunot le había dado con creces todo lo que necesitaba para vivir y como no era atractivo, eso les quitaba posibilidades a las oportunistas que aspiraran a quedarse con esposos ajenos. Así que su vida transcurría entre la tranquilidad del hogar y el ajetreo de las compras para las reuniones.

Dunot durmió sobresaltado toda la noche. Sabía que a partir de la mañana

siguiente comenzaba un suplicio llamado Elisse, y no sabía cuánto iba a soportar todo aquello.

A la siguiente mañana Elisse desayunaba tranquilamente cuando Greta le avisó que tenía una visita. Sabía quien era y a que venía. Había estado toda la noche pensando en la suma que pediría.

Philippe también había pensado en ello toda la noche, sabía que esa mujer ruin seguramente le pediría una suma exorbitante, imposible de alcanzar, pero también sabía que si no aceptaba corría un gran riesgo. Tendría que ver cómo manejar la situación sin que se salga de su cauce. Marie Claire no podía enterarse y François tampoco.

Tomó un poco de aire y entró al salón comedor donde Elisse terminaba el desayuno.

—Adelante Philipe, ¿cómo ha pasado la noche?

—Regular, madame.

—Bueno, seguramente querrá saber qué y cuánto le voy a pedir.

—Sí, a eso precisamente vengo, a saber el monto y llegar a un acuerdo conveniente...

—¿Conveniente para quién?

—Para ambos, por supuesto. Usted sabe bien que ambos corremos un alto riesgo con todo esto.

—Usted no me ha entendido mi querido amigo, por si no se ha dado cuenta yo no corro riesgo alguno. Usted vino a decirme que no me quedaba más dinero e intentó abusar de mí, tengo a un sirviente de testigo. Creo que François va a creerlo ciegamente y usted lo perderá todo.

—¡Nunca intenté abusar de usted!, ¡Usted se me ofreció! Además, François sabe como es usted, la conoce perfectamente.

—Puede ser, pero la prometida soy yo, y una mancha de este tipo no se

puede tolerar, usted comprenderá.

—No, no comprendo. Sólo sé que me tendió una trampa y caí en ella como un infeliz.

—Es tarde para arrepentimientos Dunot, así que hablemos de lo que nos concierne. Ya tengo un monto...

—Dígalo de una vez y terminemos con esto.

—Quiero el doble de lo que dejó François para mis gastos de tres meses.

—Pero Elisse, es imposible que consiga ese dinero. Creo que ni siquiera en cuotas podría dárselo.

—Ese es su problema, mañana a esta misma hora tiene que traer la mitad de lo que le pido y la semana entrante el resto.

—Haré lo posible —resignó el contador.

—Haga lo imposible... lo espero mañana a la misma hora que hoy, y si por esas casualidades no llega a venir, recuerde que sé dónde vive y los lugares que frecuenta usted y su amada esposa.

Philippe transpiraba, deseaba borrarla de la faz de la tierra. Pero estaba a punto de ser ahorcado. Tenía que encontrar la solución y pronto.

Al día siguiente Philippe caminó y caminó por la ciudad. No encontraba salida para su problema. Sabía que faltaba una hora para el pago acordado y sólo había conseguido un tercio de la primera cuota. No podía hipotecar la casa y pedirle un préstamo a los usureros porque después sería imposible pagarles. Se sentía entre la espada y la pared.

Nunca había amado a Marie Claire pero tampoco quería hacerle daño alguno, así que decidido a ponerle fin a todo aquello, se subió al puente más alto de la ciudad y se tiró al río. Flotó durante unos segundos hasta que su cuerpo desapareció.

Elisse caminaba de un lado al otro, ya había pasado mucho tiempo de la

hora convenida y Dunot no aparecía. Decidida a tener su dinero a como diera lugar se dirigió a la Mansión del contador.

—Buenos días, ¿se encuentra Monsieur Dunot? —preguntó amable.

—No madame, salió muy temprano en la mañana y aún no ha regresado.

—Bueno, dígame a Monsieur Dunot que lo espero en mi casa a la hora del té, que es muy importante que asista.

—Se lo diré, que tenga un buen día.

Elisse sintió que le dijeron la verdad, pero si había salido tan temprano, ¿por qué aún no había llegado a su casa? Todo ese silencio le daba mala espina.

Se quedó durante todo el día esperándolo en la mansión, pero jamás acudió.

Hasta que al día siguiente, Marie Claire le contó personalmente que Philippe se había suicidado. Se puso blanca como un papel, sentía que se le aflojaban las piernas. Otra vez estaba en la ruina. Le dio las condolencias a Marie Claire y la despidió.

Necesitaba gritar, llorar; últimamente todo le salía mal, pero no la vencerían.

Ella era Elisse Durand y encontraría la salida cueste lo que cueste.

# *Capítulo IX*

## *El precio del amor*

Todos los días recorrían la Plaza de la Victoria y La Recova sin hallar ningún indicio de Danielle, y día a día descubría la ciudad oculta a la vista de los ricos. Basilio la llevó a los suburbios, vio una riña de gallos, y por primera vez escuchó un cielito.

A veces los concurrentes a estos eventos los miraban de soslayo, eran demasiado llamativos un esclavo y su ama solos por esos barrios que eran totalmente prohibidos para gente decente.

Estaban tan concentrados tratando de encontrar algún rostro familiar, que no notaron que alguien más los miraba detenidamente con otras intenciones.

Simón Arzuaga había bebido más de la cuenta, creyó que la mujercita rubia le había guiñado un ojo, entonces se le abalanzó y le robó un beso.

Mariana intentó quitárselo de encima pero Simón tenía mucha fuerza, Basilio se le abalanzó y lo obligó a soltarla. Furioso, el agresor sacó un puñal y se le tiró encima, luchando por enterrárselo hasta la empuñadura.

Enseguida se amontonó gente que gritaba y apostaba por uno u otro contrincante.

Fue entonces cuando Basilio le dobló el brazo e hizo que su oponente se clavara profundamente su propio puñal.

Al ver a las autoridades acercarse, todos los espectadores que hasta entonces alentaban la contienda huyeron despavoridos.

Mariana le tomó la mano a Basilio y le indicó en donde ocultarse.

Estuvieron escondidos un buen rato hasta que se calmó todo, y luego

volvieron a la casona.

Mariana lo abrazó en señal de agradecimiento y rompió a llorar.

—Amita, no llore, estoy bien.

—Es que te pudo haber pasado algo y nunca me lo habría perdonado. Siento que no podría vivir si tú no estás conmigo.

—Y yo tampoco sin usted, por eso la defendería una y otra vez. Usted es la razón de mi vida ahora, y la voy a proteger siempre.

—Basilio, no quiero traerle problemas.

—No me importa nada más que estar a su lado, yo la quiero Mariana, estoy enamorado de usted.

—Yo también lo quiero, y sé que va a ser difícil estar juntos, pero no puedo evitar lo que siento, lo quiero y lo gritaré a los cuatro vientos de ser necesario.

Ella le tomó la mano y él la apretó contra su pecho, entraron a la habitación de la joven devorándose con la mirada, desbordando de pasión y ternura infinita. Nunca pensó que el amor se sentía así, tenía ganas de reír y llorar a la vez.

Él comenzó a besarla suavemente como si tuviese miedo de dañarla. Ella se entregó a sus caricias y casi se desmayó de placer al sentir sus labios en sus pechos rosados mordisqueándola, descubriéndole un mundo completamente nuevo y dulce.

A él le costaba controlarse, tenía deseos de fundirse y ser uno, pero quería respetarla y que todo sucediera a su justo tiempo.

Así que le ayudó a acostarse, le dio un beso corto y apasionado en los labios y se fue al cuarto de servicio.

Ella sintió que se le escapaba el cielo cuando se fue, pero se quedó con la esperanza y la ilusión de verlo todos los días.

Ya no estaba sola, tenía el amor de Basilio y la esperanza de poder ser

feliz.

A quien no se lo apreciaba para nada feliz era a François. Había llegado a la estancia y no podía creer en las pésimas condiciones que estaban sus tierras; totalmente abandonadas. Daban la sensación de haber sido incendiadas. Las vacas se mostraban débiles, y los caballos ya eran botín de los malones.

En cuanto a sus trabajadores, la mayoría había marchado por la falta de pago. Sólo quedaba el peón que lo recibió y la cocinera.

Hasta el administrador hacía ya varios meses que no aparecía por la estancia. Decían en el pueblo que andaba gastando los jornales de los empleados en cuanta pulpería encontraba. Nadie entendía por qué el patrón había nombrado administrador de la estancia a Simón Arzuaga, un bueno para nada, jugador, borracho empedernido, y sobre todas las cosas un hombre sin ninguna clase de escrúpulos.

Janet intentó darle esperanzas a François, aunque la situación se veía muy difícil, el paisaje era desolador.

El agradeció el gesto de su mujer y se sintió un poco mejor; la lucha la iban a emprender juntos.

Al rato llegó Manuel Benoit con refuerzos y se puso a disposición. Los hombres se encargaron de levantar los alambrados y las mujeres de poner en orden la casa.

Janet acomodó todas sus pertenencias e intentó que el lugar se volviese cálido y acogedor.

Dorotea le ayudó en todo y al terminar preparó unos ricos mates con tortas fritas.

Así se les pasó el día reordenando la estancia, y después de cenar una deliciosa carbonada que hizo Dorotea, se fueron todos a descansar.

Un nuevo día floreció. Mariana aún no tenía novedades sobre su buscada amiga.

Sin embargo ella efectivamente estaba en Buenos Aires. Danielle hacía días que se sentía agotada, pero no podía darse el lujo de descansar, tenía tantos vestidos que terminar para antes del anochecer. Y necesitaba el dinero, no podría pasar otra noche más sin calefacción en aquella humilde habitación donde vivía. A veces recordaba su vida pasada y no podía apartar sus pensamientos de Mariana. Últimamente le parecía verla en todas partes.

En dos oportunidades creyó verla en el mercado junto a un esclavo negro, pero parecía una mujer muy diferente, arreglada y de clase alta. Estuvo tentada de acercarse para ver si era efectivamente quien pensaba pero no pudo, le daba mucha vergüenza que la viese en su condición de pordiosera. Lo que ganaba apenas le alcanzaba para pagar la habitación y comer menos de lo necesario. A pesar de que se pasaba la mayor parte del día cosiendo y bordando, era muy poco lo que le pagaban las señoras de la alta sociedad. Resultaba imposible que pudiese tomarse un día para pasear. Siempre tenía trabajo y ahora el frío la estaba complicando más aún, en la habitación parecían multiplicarse la cantidad de agujeros en el techo y en las paredes.

Revisó la lata donde guardaba lo que le pagaban y salió a buscar algo para ponerle al brasero.

Apenas caminó unas cuadras cuando cayó desmayada. Varias personas la miraban sin intenciones de ayudarla, y otros directamente la ignoraban esquivándola. Hasta que una joven de la edad de Danielle, que caminaba como muchos sin prestar atención a donde pisaban, tropezó con la disminuida mujer y cuando se agachó para auxiliarla, se produjo el reencuentro de aquellas dos amigas que de chicas se prometieran amistad eterna.

Mariana tomó del rostro a Danielle sin poder creerlo, llamó a Basilio

para que la ayude, la cargaron en el carruaje y la llevaron a la casona. Danielle estaba helada. Llamaron al Doctor Lynch y la dejaron en sus manos.

Cuando el médico terminó de atenderla le comunicó a Mariana que su amiga estaba fuera de peligro, que todo había sido producto de un enfriamiento, y le recetó algunos medicamentos. Mariana le agradeció, y ya más tranquila se quedó toda la noche acompañando a su amiga del alma. Basilio quiso relevarla para que ella pudiera descansar, pero Mariana no aceptó, nunca más la separarían de su amiga.

En el campo las tareas de reacondicionamiento continuaban. François le había tomado cariño a Manuel Benoit. Ese joven contador que había contratado para mantenerlo al tanto de las cuentas de la estancia. No sólo era un muchacho inteligente, sino también por demás honrado y trabajador. Sin que fuese su obligación ayudarlo, se arremangó, se puso las botas, y trabajó todos los días a la par suya y del resto de los peones para que la estancia se recuperara.

Sentía de pronto que era el hijo que nunca había tenido, y comenzó a pensar en la posibilidad de darle la mano de Mariana.

Durante la cena se lo comentó a Janet, pero ésta no estuvo de acuerdo, creía que la joven debía elegir por sí misma al hombre de su vida.

François decidió dejar el tema para cuando volviesen, quizá en el fondo Janet tenía razón.

Manuel también se sentía a gusto en la estancia, sin quererlo se había ido encariñando con el patrón y la señora, evidentemente eran personas confiables, todo lo contrario al administrador.

Por la mañana salió a buscar a Simón por las pulperías cercanas, hasta que encontró a un gaucho que le dijo que el tal Arzuaga, se había ido para la ciudad.

Volvió a la estancia y le dijo al patrón que si él lo ordenaba, partía en ese mismo instante a buscar a Arzuaga.

Pero François prefirió no hacerlo, lo más probable era que lo encontraran sin una moneda en el bolsillo y como ya todo estaba encaminado, le comentó a Manuel que en tres días a más tardar volverían a la ciudad y que quería que lo acompañara.

Manuel se sintió honrado y aceptó, ignoraba que en Buenos Aires encontraría al amor de su vida, y que su concepción acerca de las diferencias sociales cambiaría por completo.

Los días pasaron rápidamente, y muy pronto estuvieron golpeando la puerta de entrada de la casona.

Mariana siempre abría la puerta, pero esta vez Danielle, —quien ya recuperada desde hacía días era la sombra de su amiga—, corrió más rápido y llegó primero y tras abrirla, un par de ojos azules se quedaron mirándola sin pestañear, provocando cierto rubor en las mejillas de la joven. Nunca antes había sentido aquello, no lograba articular palabra alguna y menos moverse.

El joven advirtió su confusión, le hizo una reverencia e ingresó con un par de maletas.

Acto seguido escuchó una voz conocida hasta que la vio, ahí estaba su madre junto al tío de Mariana: ¡cuanta dicha junta!

Se abrazaron mientras lloraban de alegría. Janet la miró a Mariana que estaba detrás esperando para saludarla, la abrazó y le agradeció por haberla encontrado.

François miró a las tres mujeres y sonrió. Le pidió a Basilio que lleve las maletas a los cuartos y se sentaron en el salón comedor a charlar un rato.

Manuel no dejaba de mirar a Mariana y a Danielle. Eran muy bellas esas dos mujeres.

Mariana, luego de haberles contado cómo encontraron a Danielle,

prefirió dejarla a solas con su madre y se retiró un momento a su habitación.

Su tío pensó que habría ido a cambiarse, pero estaba en el cuarto de servicio con Basilio. Había notado en la mirada de su amor unos celos punzantes y prefirió ir a quitarle esas ideas de la cabeza. Ella era suya, aunque él lo dudara a veces.

Mariana, decidida a demostrarle sus sentimientos a Basilio entró a su cuarto y preguntó:

—Cariño, ¿te sucede algo?

—Sí, soy el sirviente y usted la sobrina del amo, y ese señorito recién llegado va a ser su marido, y ni usted ni nadie lo va a impedir, porque soy un esclavo y no tengo derecho de estar con alguien como usted, ni de mirarla siquiera de reojo alguna vez.

—Basilio, querido, te amo y te prometo que nadie va separarnos. Y ese hombre que recién llegó es empleado de mi tío, y no me interesa en absoluto así que nada debes de temer. Mi tío no se atrevería a casarme con alguien que no quiero.

—Mejor sería no haberla visto nunca, ya que ahora no se vivir sin usted.

—Y yo tampoco podría hacerlo, te necesito más que a nada en el mundo. Sabes que te pertenezco y nada ni nadie va a impedir que nos amemos.

Basilio dejó su rabia de lado y la besó como si quisiese adueñarse de su alma.

Mariana sintió en su beso los celos, la rabia y el miedo de su amado y se prometió para sí misma luchar con todas sus fuerzas por ese amor.

Sabía que iban a tener que enfrentar días muy duros, pero si se amaban seguramente lo soportarían con la dulzura de ese sentimiento puro, sincero y eterno.

Luego de haberlo calmado, Mariana fue a pedirle permiso a su tío para que la dejara salir a pasear con Danielle y Basilio.

Su tío arqueó una ceja, pero permitió que el esclavo las acompañe junto a Manuel Benoit, deseaba con todo su corazón que Mariana se interesara en el joven contador.

Manuel conversaba con ambas jovencitas, y Basilio caminaba detrás de ellas. Mariana más de una vez lo instó a que se apurara y caminara a su lado, pero cada vez que lo hacía, la sola mirada de Manuel provocaba un dolor inmenso en el alma del esclavo.

Sentía que a cada momento le recordaban su posición social, por eso el paseo se le hizo eterno y aunque habría pensado disfrutar la compañía de su amada, aquello fue más bien una tortura. La veía cerca de ese señorito y sentía deseos de matarlo.

Danielle estaba encantada, Manuel Benoit le parecía sumamente atractivo y amable, y deseaba que algún día fuese más que un conocido, pero tenía miedo de hacerse ilusiones, ya que más de una vez pescó al joven mirando a Mariana, y por nada del mundo le provocaría una pena a su amiga del alma. Aunque eso le rompiera el corazón a ella.

Los días en París no habían sido fáciles para Elisse, sentía que la furia y la impotencia la estaban consumiendo. Necesitaba salir de ese cúmulo de problemas cuanto antes, pero no tenía idea de a quién recurrir. De pronto llamaron a la puerta.

Pensó que sería su madre que volvía para adueñarse de lo poco que le quedaba, jamás se imaginó que el esmirriado de Jean Paul Barden vendría de visita. Generalmente se reunía con François en algún lugar para almorzar y charlar de sus asuntos, pero siempre fuera de su presencia. Nunca lo había soportado.

Jean Paul detestaba a esa mujerzuela desde hacía mucho tiempo atrás.

Siempre deseó tener el dinero suficiente para tenerla en sus manos pero siempre estaba ahí François para socorrerla, pero tal vez su suerte pronto cambiaría. Elisse estaba sola en la mansión y sin una moneda. Era la oportunidad de vengar a su madre. Esa maldita bruja había arruinado su familia, había seducido a su padre provocando que le sea infiel a su madre, y que más tarde se separaran.

Toda esa situación generó una depresión en su madre que la llevó al suicidio, y él tuvo que andar rodando en las casas de sus familiares hasta que se hizo mayor y pudo estudiar.

Pero ese odio seguía intacto dentro de su ser, esperando el momento de poder vengarse.

Y ahí estaba en la sala, disfrutando de verla rendida.

Elisse vislumbró una posibilidad de solucionarlo todo así que se esmeró en atender a la visita.

—Buenas tardes Sr. Barden, ¿a qué debo su visita?

—Elisse, sé que no he visitado mucho a François últimamente, pero me he enterado los apuros económicos que estás corriendo y ante la ausencia de mi amigo y al solo efecto de serle útil, quiero ofrecerte mi ayuda.

—¿Y qué me pedirá a cambio?

—Que se quede en mi mansión hasta que vuelva François.

Elisse dudó un momento, pero pensó que quizá su situación podía mejorar y terminó aceptando el ofrecimiento.

Jean Paul le insistió en que no llevase nada consigo ya que él le compraría cosas nuevas. Ella accedió sin dudarlo. Pensó rápidamente que cuando estuviese por llegar François le robaría todo el dinero que pudiese a Jean Paul y volvería a la Mansión; pero hasta entonces no tenía otra opción más que aquella, o al menos eso creía ella, y Barden empezaba a saborear su secreta venganza.

Elisse entró a la mansión Barden convencida de que su suerte había cambiado. Sentía que si era astuta podría sacarle bastante ventaja a la situación, sólo sería cuestión de ser cuidadosa y no levantar sospechas. Después de todo nadie la había acusado de nada. La muerte de Don Carlos, la de Jacques Pierrant e incluso la del desventurado Philippe Dunot, habían pasado sin pena ni gloria. Nadie había estado pendiente ni averiguando, y menos asociando a tan alta dama de la sociedad parisina con dichos sucesos desgraciados.

Una criada apareció y le indicó cuál era su habitación. Dejó su maleta sobre la cama y se marchó. Elisse se tiró sobre la cama intentando disfrutar el momento. Sin embargo al instante se incorporó, era una cama sumamente dura. Se levantó y se puso a husmear la habitación. Era un ambiente oscuro, pequeño, con poco mobiliario. Abrió el ropero y se encontró con que estaba casi vacío. Sólo había un traje marrón de la servidumbre. Quizá se lo habían olvidado.

Dejó todo como estaba e intentó abrir la puerta para hablar con Jean Paul. Ella no era una sirvienta y necesitaba muchas cosas, mobiliario nuevo, ropa, joyas.

Sacudió varias veces el picaporte pero la puerta estaba cerrada por fuera. Tocó la campanilla incanzablemente y esperó que alguien aparezca, pero nadie se asomó siquiera. No iba a dejar que le gane el pánico así que trató de tranquilizarse y pensar en cómo lograr que alguien acudiese. Tal vez la puerta se había trabado o quizá la mansión era tan grande que nadie había escuchado sus llamados.

Jean Paul terminó de tomar una copa de vino y le pidió a Bernarda que lo acompañe a la habitación de Elisse. Ya era hora de que pague todas sus culpas.

Abrieron la puerta y Elisse parecía dormida en la cama. Así que tomaron

un balde con agua y la despertaron. Elisse apenas se recuperó del susto comenzó a gritarle de todo a Jean Paul.

Barden ni se inmutó, la miró despectivamente y dijo:

—Bernarda, enséñale a la nueva sirvienta lo que tiene que hacer en esta casa y por favor no la dejes holgazanear ni un segundo. Quiero ver la mansión reluciente. Y si no obedece ya sabes cómo enseñarle a que lo haga.

—Pero Barden, ¿qué le pasa? Yo no soy una sirvienta. Usted me dijo que me iba a ayudar, que iba a proveerme de lo que me hiciera falta. Hicimos un trato.

—Sí, y voy a proveerle sólo lo necesario, techo y comida.

—Por favor, no me haga esto, no nací para hacer tareas del hogar. Pídame lo que sea y lo hago, pero por favor esto no.

—Bernarda, dígale a la servidumbre que a mí no debe dirigirse de ninguna manera. Y que se ponga ya a trabajar.

Elisse no podía contener las lágrimas. Como una estúpida había caído en la trampa, pero no entendía por qué razón Barden le hacía eso, si casi ni se conocían.

Bernarda le alcanzó su nueva vestimenta, le pidió que se cambie rápido y la esperó en el pasillo.

Elisse salió con los ojos llorosos y una mano enguantada le alcanzó un balde y una escoba. Levantó la vista y una jovencita de unos dieciséis años la miró de arriba abajo y luego se marchó. Nada más eso le faltaba, sentirse humillada por una niña.

La cocinera le pidió que la siga y que limpie todas las habitaciones, pero que empiece por la del Sr. Barden. Cuando terminó el día sintió el cuerpo completamente dolorido, y el colchón duro de su cama le pareció el cielo.

En Buenos Aires, François se levantó muy temprano en la mañana y le dijo a Janet que luego del desayuno le pidiera a Mariana y a Danielle que se reúnan con él en la biblioteca. Consideraba que ya era tiempo de hablar con ambas acerca de sus planes de casamiento con Janet.

Sabía que Mariana lo aceptaría, pero a Danielle no la conocía y deseaba contar con su aprobación antes de preguntarle a Janet si deseaba ser su esposa. Sentía que junto a ella quería pasar el resto de su vida. Luego tendría que emprender el regreso a Paris y darle la noticia a Elisse.

Mariana se asustó un poco cuando Janet les dijo que su tío quería verlas a las dos en la biblioteca, ¿se había dado cuenta de sus sentimientos hacia Basilio?, fue lo primero que pensó.

Las dos ingresaron con el corazón en el rostro. Mariana temía que supiese de su amorío con Basilio, y Danielle de que anunciara el compromiso de Mariana con Manuel.

—Tomen asiento. Quería informarles a las dos que me voy a casar con Janet. La amo y deseo hacerla feliz. Y me gustaría saber qué opinan al respecto.

—¡Qué alegría tío!, me hace muy feliz que formalice con Janet —acompañó Mariana.

—A mí también me alegra mucho Sr. Guichet, mi madre se pondrá muy feliz —pensó Danielle.

—Aún no se lo he dicho, pero no pasará de hoy. También quería que supieran que en unos días regresaremos a Paris.

—Pero tío, a mí me gustaría quedarme aquí. Me encanta la gente, el paisaje, la forma de vida.

—Mariana, no puedo dejarte sola aquí, a menos que te comprometas y te cases. Le prometí a mi hermano que siempre cuidaría de ti y es mi obligación protegerte hasta que te cases.

—No puedo irme tío, no puedo.

—¿Y por qué no puedes? Explícamelo...

—No se lo puedo decir.

—Entonces Mariana, volverás a Paris con todos nosotros y no se habla más.

Apenas su tío se retiró, Mariana rompió a llorar. Danielle se acercó a consolarla. Sentía mucha pena por su amiga, y un temor profundo que a cada instante crecía más y más.

—Mariana no llores, no creo que Manuel permita que los separen.

—Danielle, no me preocupa separarme de Manuel, temo morir de tristeza si dejo de ver a Basilio. Es a él a quien quiero, y no voy a permitir que nadie se interponga entre nuestros sentimientos.

Danielle sintió que el alma le volvía al cuerpo. Ahora todo era muy claro, las miradas sostenidas entre ambos, ese extraño rubor en las mejillas de Mariana cuando Basilio le hablaba, las veces que los encontró sonriendo en el cuarto de servicio. Sin duda se habían amado a escondidas. Lástima que ese era un amor imposible. Los negros no se casaban con los blancos y tampoco se les permitía estar juntos. Tendría que ayudar a su amiga a que por lo menos lo viese a escondidas hasta que partan a Paris y el tiempo borre los recuerdos.

Mariana no podía dormir, por más que le daba vueltas al tema no encontraba solución. Tenía que ver a Basilio y darle la noticia. Necesitaba que la abrace y sentirse protegida por su piel y sus caricias. El corazón lo tenía destrozado. No quería perderlo, sin él nada tendría sentido.

Abrió despacio la puerta del cuarto de servicio para que Josefa no se despierte. Se acercó a Basilio y le acarició el rostro suavemente como queriendo retener cada detalle en sus manos, mientras desprendía algunas lágrimas de dolor.

Basilio sintió una lágrima correr por su mejilla y despertó. Secó las

lágrimas de Mariana con sus besos y salieron del cuarto.

—Mariana, ¿por qué lloras?

—Porque en unos días regresamos a Paris.

—¿Y tú estás de acuerdo?

—No, pero no tengo opciones. Mi tío dijo que o me caso con alguien o me tiene que llevar con él.

—¿Y con quién la va a casar?

—Con nadie, si yo lo amo a usted Basilio. No me podría casar con otro hombre.

—Entonces cásese conmigo. Tengo un curita amigo que puede officiar el matrimonio y listo. Y no me llore más que se le arruga la carita tan hermosa que tiene. Además usted no está sola. Acá tiene a su negro pa' que la defienda de quién sea, inclusive del amo Guichet.

—No nos van a dejar casar mi vida. No somos de la misma clase ni raza.

—¿Y eso a usted ahora le importa?

—Claro que no. Yo lo amo por sobre todas las cosas y no sabría vivir sin usted.

—Entonces no se habla más, deje todito en mis manos.

Basilio la abrazó y besó hasta calmar su angustia. Mariana deseaba detener el tiempo, fugarse a una isla desierta donde pudiesen ser felices sin que nadie los mortifique con eso de las clases sociales. Lo amaba y lo seguiría hasta el fin del mundo de ser necesario.

Permanecieron abrazados casi hasta el amanecer. Luego cada uno se fue a su cuarto para no despertar sospechas. Pero Manuel los había visto. Y aunque en un primer momento le había sorprendido, después se alegró de que Mariana hubiese puesto los ojos en Basilio y no en él, que se mostraba cada día más interesado en Danielle.

Esperaba tener la audacia que había visto en aquellos amantes para

declarársele a su amada antes de que otro hombre apareciese en su vida.

Danielle se levantó y como de costumbre salió al jardín. Se puso a cortar unas flores cuando el ruido de ciertos pasos la sobresaltó, y en su rápida huida del jardín se chocó con Manuel. Ambos se miraron sorprendidos pero luego soltaron una sonora carcajada.

Hasta que Manuel le pidió disculpas por el tropiezo y se retiró.

Danielle se quedó sentada en un banco del jardín, esbozando una sonrisa perdida entre los pliegues de sus labios. La vida parecía estar empeñada en unir sus caminos.

Janet estaba terminando de bordar una mantilla para Danielle, cuando Josefa le alcanzó una carta que recién había traído Basilio del correo. El sobre lacrado estaba dirigido a François, lo enviaba una tal Elisse Durand. Abrió el sobre y comenzó a leer:

“París, 16 de mayo de 1811

Querido François:

Mi estimado y amado dueño de mi corazón, espero que al recibir esta carta estés bien de salud. Hace varios meses que no tengo noticias tuyas y mi alma está muriéndose de pena. Espero que pronto regreses a casa. Te estaré esperando con los brazos abiertos.

Tuya por siempre, Elisse.”

Las lágrimas empezaron a correr a raudales, se sentía una tonta, una pobre ilusa usada por un señor rico. Seguramente François estaba casado. Las palabras escritas parecían resonar en su cabeza. Sin poder pensar objetivamente se puso un chal en sus hombros y se fue de la casona sin

avisarle a nadie.

No sabría qué decir, cómo admitir que fue tan inocente y estúpida. Confió en él, le dio su cuerpo, su alma, sin esperar al matrimonio pero él ya tenía dueña.

Caminó por horas sin mirar a dónde se dirigía, ya nada importaba.

François llegó a la hora del almuerzo.

Danielle, Mariana y Manuel conversaban animadamente en el jardín, parecía que se llevaban muy bien. Quizá habría boda antes de partir hacia París.

Entró sin hacer ruido a la habitación de Janet, tal vez se había dormido bordando, pero no encontró a nadie. La mantilla yacía en el suelo, como si hubiese salido corriendo. Se dirigió a la cocina un tanto preocupado para ver si alguien la había visto o si sabían a dónde estaba su mujer.

—Josefa, ¿has visto a la Sra. Janet?

—Sí, señor, la amita Janet se fue hace un par de horas a la calle.

—¿Sabes si recibió alguna visita?

—Sólo recibió una carta que era para usted...

François corrió a la habitación a buscarla. Y al leerla encontró el motivo de la huida de Janet. Tenía que encontrarla y contarle todo, demostrarle que la única mujer que importaba en su vida era ella, que Elisse sólo era alguien que pronto quitaría de su vida para siempre.

Con los ojos llorosos les pidió a los jóvenes que le ayuden a buscarla en la ciudad.

Danielle y Mariana preguntaron qué había pasado, y para no perder tiempo prometió contarles mientras la buscaban por la ciudad.

Recorrieron toda la Recova, los barrios aledaños, el mercado, y agotados regresaron a la casona sin rastros de Janet, parecía que se la había tragado la tierra.

Durante diez días siguieron buscando a Janet sin resultados positivos, ni siquiera imaginaban dónde podría haber ido.

Danielle estaba cada vez más triste y más de una vez se refugiaba en el jardín para no hablar con nadie. Sólo Manuel con sus ocurrencias lograba que dejase esa tristeza de lado por alguna perdida sonrisa. Mariana, aunque estaba apenada por su tío y por Janet, disfrutaba cada instante al lado de Basilio.

François se había sumido en su dolor y hacía un par de días que estaba encerrado en su habitación, mascullando improperios de todo tipo y maldiciendo al destino cruel que otra vez le arrebatara la felicidad de las manos.

Hasta que un buen día harto de todo, decidió emprender el regreso a Paris. Ni siquiera sintió deseos de obligar a Mariana a que lo acompañe, prefirió irse solo y enfrentar de una vez por todas a Elisse.

Le encargó a Josefa, a María Mercedes y a Manuel, que cuidasen a sus dos tesoros, porque por un tiempo estaría ausente.

Y una mañana lluviosa y gris zarpó de Buenos Aires con el alma destrozada.

Mariana no podía evitar estar alegre, el destino sin querer estaba permitiéndole seguir al lado de Basilio.

Danielle y Manuel cada día compartían más momentos juntos. Y así de a poco la vida se estaba encargando de unir los corazones que latían al unisonó, sin importar clase social, raza o credo.

Casi todos los días desayunaban juntos y salían los cuatro a pasear por la ciudad.

A veces la gente los miraba extrañada, ya que parecían tratar al joven esclavo como a uno más. Y más de una señora de clase alta se escandalizaba cuando Basilio le tomaba la mano a Mariana. Pero ellos en medio de su felicidad no medían los riesgos, sólo disfrutaban el regalo maravilloso del

amor. Se amaban y se demostraban todo ese cariño y deseo contenido sin pudores ni miedos. Como si en cada beso se fuese el alma de sus cuerpos se entregaban sin reservas a las alas milagrosas del amor apasionado, fiel, propietario y a la vez libre, sin vencedores ni vencidos.

Después de una semana cargada de mimos, caricias y largos paseos por la ciudad con Basilio, parecía que de a poco las nubes de tristeza que habían invadido la casona cuando se marchó Janet y luego su tío François, se habían disipado por completo.

En toda la casa reinaba la alegría y un halo de esperanza cubría los corazones de los amantes.

Danielle se sentía atrapada entre las nubes de dulzura de Manuel. De a poco había ido descubriendo en él a una persona sencilla, cariñosa, dulce y divertida. Más de una vez lograba que estallaran en carcajadas en cualquier lugar. Parecía importarle poco el decoro y las costumbres. Se sentía feliz y lo demostraba en cualquier sitio.

Mariana y Basilio estaban completamente enamorados. Y cada día deseaban pasar más tiempo juntos. Ninguno de los dos era consciente del peligro que estaban corriendo. Vivían en una sociedad repleta de prejuicios que aún no estaba preparada para aceptar que todos eran libres e iguales. Ignoraban que las Señoras de clase alta ya se habían reunido en la casa de Doña Inés de Anchorena, para juntar firmas a fin de dirigirse a hablar con el alcalde del Cabildo de Buenos Aires. No podían tolerar tamaña desvergüenza, una joven de clase alta emparejada con un esclavo negro. ¡Por Dios! Debían impedir como sea que siguieran adelante con ese sacrilegio. Y si era necesario recurrir a la Iglesia para que las apoye en su afán separatista de clases sociales.

Luego de juntar una veintena de firmas pidieron una audiencia con el alcalde del Cabildo y le relataron los hechos.

—Usted entenderá Sr. Alcalde, que si le permitimos a esta jovencita que siga haciendo lo que le plazca, otros tomarán su ejemplo y harán lo mismo.

—Estimadas damas, trataré de hablar con el propietario del esclavo en cuestión, y tal vez con una buena reprimenda se solucione todo.

—Nos agradecería sobremanera que tomara en cuenta nuestras palabras, a fin de evitar próximas rebeliones de esclavos.

—Veré qué puedo hacer, pero no garantizo nada. Tenemos otros problemas más urgentes que resolver.

—Gracias Sr. Alcalde, si nos dispensa, nos retiramos.

Mariana y Basilio, ajenos a todo lo que estaba por suceder, disfrutaban cada segundo compartido con una ternura e ilusión infinita.

María Mercedes estaba terminando de dar las órdenes a la cocinera cuando fuertes golpes en la puerta la sobresaltaron y ocuparon toda su atención. Abrió de inmediato y casi se chocó de narices con el oficial que traía consigo una citación para el Sr. Guichet.

Amablemente le comunicó que el dueño de casa se hallaba de viaje, entonces el oficial se marchó sin pronunciar palabra alguna.

No habían terminado de almorzar cuando otra vez se presentó en la puerta el oficial, pero esta vez con una orden de detención para Basilio.

María Mercedes la leyó y fue directo a la cocina a buscar al esclavo.

Basilio la miró sorprendido, nunca antes había tenido problemas con la justicia, quizá sería un error, así que se entregó sin ofrecer resistencia.

Mariana comenzó a llorar y a golpear a los oficiales que un poco cansados de tanto griterío, la amenazaron con los fusiles y se marcharon.

Danielle intentaba calmar a Mariana que estaba histérica llorando desconsoladamente.

María Mercedes y Josefa enviaron a un mandadero a despachar una carta

urgente para el Sr. Guichet. Sentían que estaban totalmente expuestas a una injusticia si el amo no regresaba pronto. Ambas temían que todo aquello tuviese que ver con Mariana.

A Basilio lo llevaron a un calabozo frío y oscuro, y allí lo dejaron sin darle ninguna explicación. No quiso ni mirar a su amada, sentía que el corazón se le estaba quebrando al oír sus gritos. Temía que todo tuviese que ver con aquel infeliz al que acuchilló por defender a Mariana. Sabía que si se probaba que él había asesinado a un blanco le esperaba la muerte. Nadie iba a tomar en cuenta que defendió a su ama.

El guardia golpeó la reja del calabozo y le alcanzó un tazón de comida humeante mientras le decía:

—¡Qué listo había sido el negro! Enamorar a la francesita rica. Lástima que no vaya a ser para ti. Esa belleza merece otras manos cuidadas que la rocen.

Basilio sintió unas ganas terribles de tomar por el cuello al guardia, pero en el fondo sabía que tenía razón. Nunca debió fijarse en Mariana y ahora iba a pagar el precio.

## *Capítulo X*

### *Revolviendo el pasado*

Había pasado un mes desde que cayó en la trampa de Barden. Más de una vez intentó escapar y siempre recibió una veintena de latigazos.

Sentía que ya no le quedaban fuerzas. El trabajo diario, el maltrato verbal y físico, la falta de aseo a la que era sometida, y las continuas burlas que sufría de parte de las amistades del dueño de casa hacían que su ánimo decayera cada día un poco más.

Intentó levantarse de la cama pero su cuerpo no le respondió. Hacía varios días que no probaba bocado alguno. Deseaba morir. Sabía que tal vez merecía eso y más. Se iría de este mundo sin saber qué motivo el odio de Barden. Tal vez ya ni eso importaba. Sólo quería descansar para siempre...y cerró los ojos.

A Barden le extrañó mucho no ver a Elisse de rodillas limpiando los pisos, entonces se dirigió a la cocina para ver si estaba allí. Al no encontrarla comenzó a gritarle a todo el mundo que la buscaran; hasta que la vio tirada en la cama, pálida con un color amarillento.

Se acercó y le tomó el pulso, parecía estar a punto de morir.

Elisse sintió su mano, saco fuerzas de algún lugar desconocido y con un grito sepulcral le pregunto:

—¿Qué le he hecho?

—Me arruinaste la vida Elisse, por tu culpa se suicidó mi madre.

—No sé de qué me habla.

—El nombre de Jean Pierre Belmont, ¿le dice algo?

—Fue un hombre que me quiso mucho, y dejó todo por mí.

—Ese hombre era mi padre.

—Pero su apellido es Barden.

—Lo cambie para que no me descubrieras. Estuve años planeando vengar a mi madre pero nunca pensé en matarte, sólo quería que pagaras por el daño que has hecho.

—Bueno, creo que ya cancelé la deuda. Espero seas feliz algún día, porque yo en mi afán de ambicionar riqueza y poder, nunca lo fui. Perdóname por favor.

—La perdono Elisse, descanse en paz.

Y Elisse cerró sus ojos para siempre, convencida de que había pagado todo el daño que le había hecho a tanta gente.

Barden dio orden de que le dieran cristiana sepultura. A los pocos días vendió la mansión, les pagó un buen dinero a sus empleados y se marchó de París para siempre.

Precisamente a Paris había llegado François, sin poder creer lo que veían sus ojos. La mansión Guichet estaba completamente vacía. Greta y el cochero se habían marchado, de Elisse no había ni rastro; quizás se había marchado con algún adinerado o tal vez estuviese en casa de su madre, pensó. Recorrió la casa tratando de entender qué había sucedido y cuando estaba punto de sentarse en un sillón, escuchó un ruido que llamó su atención de inmediato.

Uno de los sirvientes que había contratado Elisse estaba tratando de llevarse una de las pinturas que colgaban de las paredes, cuando se vio

sorprendido por el dueño de casa; dejó caer el cuadro al suelo y comenzó a correr asustadísimo tratando de huir. Sabía que si era capturado seguramente pasaría mucho tiempo en prisión.

François rápidamente lo alcanzó y lo arrojó al suelo.

—¿Quién eres?, ¿Qué estás haciendo aquí?, ¿Dónde está Elisse? —Paul sintió que esas manos estaban a punto de asfixiarlo así que decidió responder a sus preguntas.

—Madame Elisse se marchó hace varias semanas con su amante, un tal Barden, o algo así. Antes de marcharse despidió a prácticamente todos los empleados, sólo Greta y yo permanecemos aquí hasta hace unos días. Luego Greta consiguió trabajo en la Mansión Dunot y nunca más regresó por aquí.

—¿Y por qué se llevaba el cuadro?

—Porque hace meses que no cobro mi sueldo y tampoco tengo un nuevo empleo. Así que como creí que ya nadie vendría por ellos, entre decidido a llevarme algo para vender.

—¿Cómo te llamas?

—Paul Didier.

—Bueno, no necesitas robar mis pinturas. Mi contador te pagará todo lo que se te adeuda. Y no te vayas, necesito que me ayudes a que la mansión vuelva a ser la de antes.

—Me quedaré, señor.

—Necesito que ubiques a mis viejos empleados y les digas que François Guichet ya está en la mansión, y que se presenten por la mañana a percibir lo que se les adeuda.

—Sí, Sr. Guichet. Ahora mismo salgo a buscar a todos. Y gracias por el empleo.

—No me agradezcas nada. Ve y cumple con lo que te he pedido.

Apenas se marchó Paul, François se quedó triste mirando el paisaje que

se extendía ante sus ojos. No tenía muchas ganas de arreglar la casa, pero necesitaba entretenerse con algo y así sacar esos oscuros pensamientos que rondaban su cabeza últimamente. La falta inexplicable de Elisse ahondaba más su pena. Por su culpa había perdido a Janet, y la desvergonzada ni siquiera estaba en la mansión.

Si tan sólo Janet hubiese esperado a que él le diera una explicación... Pero se había marchado sin decir nada. Y su mundo se había esfumado junto con ella.

En Buenos Aires Mariana no podía soportar no tener a Basilio a su lado. Lo necesitaba, lo extrañaba tanto que le dolía el alma de sólo pensarlo en ese calabozo oscuro y húmedo. Seguramente tampoco lo alimentaban bien. Y quizás hasta lo golpearían también cuando sintiesen deseos de denigrarlo.

Lo amaba y no dejaría que nada ni nadie en el mundo lo dañase, así tuviese que enfrentar las reglas, la sociedad toda, y hasta la muerte si era necesario.

Dejó de llorar, se colocó la mantilla sobre los hombros y se dirigió al Cabildo.

Necesitaba hablar con alguien, que alguien le explicara los motivos de la detención.

Danielle quiso acompañarla pero no se lo permitió. Haría valer su apellido.

Se hizo la tarde y Mariana aún no volvía. Danielle, María Mercedes y Josefa se frotaban las manos nerviosas. Temían que también a Mariana la hubiesen encarcelado.

Manuel, decidido a saber cuál había sido su suerte, tomó un abrigo y

rápidamente salió a buscarla.

Al llegar al edificio dos guardias flanqueaban la entrada, uno de ellos le preguntó si tenía cita con el alcalde, a lo que Manuel respondió que no, que sólo quería tener noticias de dos detenidos. El otro guardia se fue hacia el interior y unos minutos después apareció con una orden de pase. Lo acompañaron hasta una sala, golpearon y esperaron a que otro guardia abriese la puerta.

El alcalde estaba leyendo una nota. Levantó la vista y clavó la mirada escudriñadora en el visitante.

—Sr. Benoit, ¿verdad? ¿Me puede decir qué hace usted a estas horas pidiendo audiencia para saber sobre dos detenidos?

—Su Excelencia, disculpe la hora de mi visita, pero un esclavo de propiedad de mi patrón el Sr. François Guichet, se encuentra detenido, y la sobrina del Sr. Guichet creo que también está en la misma situación.

—El esclavo está en el calabozo hasta que se aclare su situación, y la señorita Guichet, después de dirigirse hacia mi persona con una falta total de respeto, quedó en condición de incomunicada en el calabozo contiguo. Debería decirle al Sr. Guichet que le enseñe modales a su sobrina, carece bastante de ellos por lo que se mete fácilmente en problemas.

—Lo haré su Excelencia, pero el Sr. Guichet se encuentra de viaje y me encargó que cuide a su sobrina, tengo la obligación de hacerlo.

—¿Qué es lo que desea entonces que yo haga?

—Si no es mucho pedir, su Excelencia, que deje en libertad a la señorita Guichet. Le prometo que me ocuparé personalmente de que esto no se vuelva a repetir.

—Mire Benoit, esta noche eso no va a poder ser. En la mañana la liberaré, debe aprender la lección.

—Pero...

—No haga que me arrepienta de mi decisión. Que tenga buenas noches.

—Gracias, buenas noches.

Manuel se marchó abrumado. No había conseguido lo que esperaba, y entendía que si se rebelaba podía terminar también él encarcelado.

Sintiéndose así, preocupado y desilusionado, se dirigió a la casona para informar a Danielle y al resto de las mujeres.

La desaparecida Janet terminaba de dictar clases a la hija del alcalde cuando escuchó a una amiga de la dueña de casa comentar con bastante desconsideración:

—¡Es increíble tamaña desvergüenza! Una jovencita de nuestra sociedad mezclada en amoríos con un esclavo, ¿en dónde quedaron las buenas costumbres, el recato?

—La verdad, no sé cómo pudo pasar, ¿dónde estarían su madre, su padre, su familia, como para no cuidarla?, ¿por qué no pusieron freno a ese amorío?

—Tal vez pensaron que podrían vivir ese sentimiento malsano e impuro a los ojos de Dios, como si estuviese conforme a los mandamientos de nuestra religión.

—Y sino seguro fue obra del demonio, que disfruta alterando las mentes jóvenes y puras.

—Por eso yo a mi Pilarcita la tengo bien custodiada, y pasa muchas horas en casa con su negra, bordando o en clases de francés.

—Jacinta Manuela pasa horas aprendiendo labores y canto. Igual habría que extremar las medidas de control para que no nos suceda a nosotras. Sería una completa catástrofe.

—La jovencita en cuestión es hija de María del Pilar Acevedo y de ese francés tan buen mozo... ¿cómo se llamaba?

—Jacques Guichet...

—¡Querida!, lo dijo como si aún le doliera...

—Fue el amor de mi vida y lo perdí el día que mi padre organizó ese baile en honor a mi madrastra.

—Esa historia no la conocía querida, cuénteme, desahogue su pena.

—Hacía más de dos meses que estaba prometida con Jacques. El día del baile sólo bastaron dos minutos para hablar y saludar a María del Pilar, y para que mi Jacques me ignorara por completo. Esa noche no quiso bailar conmigo y cada tanto desaparecía para sacar a bailar a María del Pilar. Yo me moría de celos. Lo amaba. Y no permitiría que me lo quiten así como así.

—Siga querida, esto está cada vez más interesante.

—Fingí un desmayo para retenerlo un rato más, pero fue en vano. En cuanto vio que me atendían se retiró de la fiesta con ella colgada de su brazo. Dos días más tarde habló con mi padre, le pagó una importante suma de dinero y disolvió el compromiso.

—¿Y su padre aceptó sin más? ¿No lo retó a duelo?

—No, la suma era demasiado elevada como para ofenderse.

—¿Y después qué pasó?

—Se comprometieron, se casaron y tuvieron una hija. Y yo esperé...

—¿Para qué?

—Esperé que sea el tiempo de mi venganza.

—¿Y se vengó?

—Sí, pero no quería que el muriese, me salió mal. Y desde ese día no he podido ser feliz con nada ni nadie.

—¿Los asesinaste?

—Sólo corte las cinchas de los caballos del carruaje y en una curva peligrosa se desbarrancaron. Murieron ambos al instante.

—¿Y su hija?

—Estuvo mucho tiempo en un internado, hasta que llegó aquí al Rio de la Plata con su tío.

—¿Y ahora qué piensa hacer con ella?

—Ella no depende de mí. Está en manos de mi esposo.

—Pero podrías resarcir parte del daño causado ayudándola a su hija.

—No sé, lo pensaré.

—Bueno amiga, tengo que retirarme...

Janet no había perdido detalle de la conversación, estaban hablando de Mariana y de sus padres. Por lo visto estaba detenida. Tenía que averiguar pronto dónde se encontraba para poder ayudarle a quedar en libertad. Se lo debía a François.

Muy temprano en la mañana, Manuel se presentó en las puertas del cabildo para esperar que liberen a Mariana.

Los guardias cambiaron de turno impasibles ante su presencia. Ninguno le dirigió la palabra. Sabían que estaba esperando a alguien. Pero no pensaban molestarle en decirle nada.

Y así estuvo hasta el mediodía. Un guardia se acercó a Manuel y le pidió que lo siga.

Mariana estaba sentada esperando que vinieran a buscarla. Creía que a Basilio también lo liberarían.

Cuando sintió los pasos del guardia su corazón se empezó a agitar, tal vez era Basilio quien lo acompañaba. Deseaba estrecharlo entre sus brazos, decirle que lo amaba y que nadie los separaría; y que cuando volviese su tío le diría toda la verdad.

Se abrió la puerta y el guardia entró seguido por Manuel.

Corrió a sus brazos y se largó a llorar. Se sentía completamente indefensa.

—Manuel, ¿viniste a sacarnos?

—Sólo vine a buscarte a ti.

—¿Y Basilio?

—No pude hacer nada por él. El alcalde sólo autorizó que te liberen a ti.

—No puedo irme sin él, no puedo abandonarlo.

—No puedes ayudarlo en nada si estás detenida también. Tienes que calmarte y dejarme que piense cómo liberarlo.

Las mujeres en la casona están que se mueren de la angustia al no tener noticia tuyas. Piensa un poco en los demás Mariana. Todo saldrá bien, te lo prometo.

Mariana asintió a duras penas y tras su liberación regresaron a la casona.

Las mujeres la recibieron cálidamente y trataron por todos los medios de distraerla.

Pero aunque Manuel intentaba todos los días convencer al gobernador de la inocencia de Basilio, todos los días recibía también la misma respuesta negativa.

Mariana trataba de disimular su angustia. Ni siquiera a Danielle le había contado sobre los vómitos y los mareos que la agotaban todas las mañanas. Creía y deseaba estar esperando un hijo. Pero de tenerlo, soñaba que fuese junto al padre de la criatura, y eso parecía imposible de suceder.

Janet se escabulló bordeando las paredes del edificio, pasó por delante de los guardias y prometiendo favores futuros, logró averiguar que ya habían liberado a Mariana, pero que Basilio aún seguía entre rejas.

Decidida a ofrecer su ayuda se dirigió a la casona.

Llamó a la puerta tímidamente, pensando que quizás François abriría.

Danielle, como siempre estaba sentada tejiendo una blanca carpetita que interrumpió para abrir sin siquiera preguntar quién era. Y al hacerlo, no pudo

contener las lágrimas y se abrazó a su madre.

—¡Madre, madre! ¡Vengan todos! Ha regresado mi madre. Mariana, Manuel, María Mercedes, Josefa, vengan por favor.

—¡Dios mío! Ama Janet. ¡Diosito escuchó mis ruegos! —dijo Josefa

—Supe que Basilio se encuentra detenido. Y vine a tratar de ayudar. ¿François? Necesito hablar con él.

—Madame Janet, el Sr. Guichet se marchó a Francia hace varias semanas y no sabemos nada de él —respondió afligida María Mercedes.

—¿Pero no le avisaron sobre lo sucedido?

—Sólo despachamos una carta donde le pedíamos que volviera por problemas con los empleados.

—¿Y sobre Mariana le dijeron algo?

—No, no quisimos decirle nada. Preferimos que se entere cuando llegue.

—¿Y Mariana dónde está? Debo hablar con ella también.

—Ella está en su cuarto. Ha pasado una noche terrible en la prisión y prefirió quedarse en la habitación descansando el resto del día. Casi no ha probado bocado. Quizá usted pueda hacer que entre en razones.

—Trataré de que así sea, querida María Mercedes. Y gracias por todo lo que ha hecho por las chicas.

—¿Piensa usted quedarse? Haré preparar su cuarto.

—No querida. Debo volver a la casa del Alcalde a cumplir con mis labores. Y veré cómo puedo ayudar al pobre Basilio.

—Sí amita, sí —dijo Josefa desconsolada—. Mi negro ha de estar muy asustado.

Janet se dirigió al cuarto de Mariana.

La joven estaba sentada junto a la ventana con la mirada perdida en un punto distante. Sostenía entre sus manos un pequeño colgante que quizás le recordaba a alguien muy querido.

—Mariana, querida, ¿estás bien?

—Janet...no sabes todo lo que ha pasado. Y todo fue por mi culpa. Y no sé qué hacer para salvar a mi amado Basilio.

—Querida, a veces las cosas no dependen de nosotros, y otras sólo son circunstancias pasajeras que nos hacen sufrir por algún extraño motivo, hasta que luego todo se arregla y encontramos la felicidad.

—Es que no puedo vivir sin él. No puedo. Y menos ahora.

—¿François sabe de tus amores con Basilio?

—No, mi tío ignora absolutamente todo.

—Bueno, ya veremos después cómo se lo explicamos. Ahora necesito que me cuentes todo lo que pasó en mi ausencia, y qué dijeron las autoridades al apresar a Basilio.

—Te lo contaré todo, pero prométeme que nos vas a ayudar.

—Te lo prometo, querida.

—Después de que mi tío se fue a Paris, Basilio y yo comenzamos a pasearnos por todas partes, a veces no podíamos controlarnos y nos besábamos a plena luz del día y delante de otras personas en el mercado, en la calle. La gente nos miraba de forma extraña pero no pensábamos hacerle daño a nadie. Nos amamos Janet, y amarse no es un pecado.

—Claro que no querida, pero a estas personas no les agrada que se mezclen las razas, ni que la gente se olvide de la diferencia de clases sociales. Mantienen todo su mundo en esas creencias absurdas y se olvidan que lo más importante es el amor.

—Pero Basilio está preso y nada puedo hacer para sacarlo de ahí.

—Bueno mañana vendré otra vez y seguiremos buscando la forma de ayudarlo pero prométeme que te alimentarás. Estás muy pálida y ojerosa, Mariana.

—Sí, Janet. Te lo prometo —y se despidieron con un fuerte abrazo, y

Janet se marchó rápidamente hacia la casa del Alcalde.

Justa no podía dejar de pensar en Jacques. Últimamente las pesadillas la atormentaban por las noches. Hacía años que luchaba contra esos fantasmas. Y ahora que todo estaba casi superado volvían a reaparecer. La culpa era un trago amargo difícil de disolver con penitencias y promesas a la virgen. Tenía que verla. Saber si se parecía en algo a Jacques. Pero no debía levantar sospechas. Para su esposo el alcalde, ella siempre fue una mujer pura que estuvo esperándolo toda la vida. Nunca hubo sospecha alguna, ni comentario inapropiado sobre la Srta. Justa Rufina. Su padre siempre le había dicho que lo mejor que le pudo pasar en la vida fue casarse con su primo Miguel.

Y luego su brillante carrera militar hizo que su vida estuviese dentro de lo que se esperaba de una mujer de su época. Habían tenido cuatro hermosos hijos: Antonia, Miguel José, María del Rosario y Jacinta Manuela.

No pudiendo controlar su necesidad de saber de la joven, intentó verla sin que su esposo lo supiera.

Se enfundó en la mantilla y le pidió al guardia que la llevase a ver a la Srta. Guichet. El guardia negó con la cabeza y le dijo que ya había sido liberada en la mañana por un joven de buena posición social.

Así que un poco más tranquila volvió a sus tareas habituales como si nada hubiera pasado. Quizás ahora acabarían de una vez por todas sus pesadillas.

—¡Eloísa, Eloísa! Puedes llamar a Janet, necesito saber cómo van las clases que le está impartiendo a mi hija. La próxima tertulia estará llena de asistentes franceses y sería bueno que se luciera hablando en el mismo idioma.

—No puedo hacer eso Sra. Justa, hace horas que la Sra. Janet no está en la casa.

—Apenas llegue envíela a hablar conmigo. ¡Qué fastidio! Me molesta

sobremanera como se toman las obligaciones los empleados. Y después se enojan cuando se les despide. Por favor, que nadie me moleste. Estaré en mi cuarto.

Al rato llegó Janet y entró al cuarto de servicio. Se cambió la ropa, tomó sus libros y se dirigió a la biblioteca. La situación era más grave de lo que se había imaginado. Si tan sólo François se hubiese encontrado en la casona, todo habría sido diferente. El esclavo le pertenecía y podría sacarlo de la prisión en un santiamén. Pero se había ido. Tal vez estaba en brazos de su prometida, esa tal Elisse, disfrutando a su lado. Quizás nunca la había amado y eso le dolía más de lo que esperaba, ¿por qué no la buscó, tan poca importancia tenían los momentos vividos?

Secó sus lágrimas. Mariana la necesitaba y eso era lo más importante. El tiempo diría si el amor de François existió y si valía la pena luchar por él.

En la biblioteca la esperaban su alumna Jacinta y su madre, Justa Rufina.

—Adelante Madame Janet, la estábamos esperando con mi niña. Pero me agradecería tener una conversación con usted a solas, antes de que comience la clase.

—¿En qué puedo servirle?

—Me gustaría que algo le quede muy claro. Como usted sabrá, mi esposo es el alcalde de la ciudad, por lo tanto somos personas públicas y muy respetadas. Nuestros hijos son nuestro mayor tesoro y deseamos que tengan la mejor vida posible y que tengan la mejor educación. En los próximos días se realizará una tertulia en los Altos de Balbastro, y me gustaría que Jacinta Manuela se luciera hablando francés como si fuese su lengua originaria. También quería recordarle que en esta casa se le paga por sus servicios y me gustaría mucho encontrarla dentro de ella en lo posible. Ahora vaya de una vez a brindarle las clases de francés a mi niña, que para eso le pago.

—Sí madame, no volverá a ocurrir, discúlpeme.

—Vaya, vaya.

Le costó mucho concentrarse en la lección de francés. Tenía la cabeza en otra parte. Debía ayudar a Mariana y a Basilio.

Terminó de dictar la clase y fue a hablar con la Sra. Justa.

—Madame, ¿podría hablar un momento con usted?

—Claro querida, ¿qué sucede?

—Una amiga mía tiene a un familiar en prisión y quería pedirle, ya que usted es tan poderosa, que interceda para que mi amiga pueda liberar a su pariente.

—Veré qué puedo hacer. En general no suelo inmiscuirme en los asuntos de mi esposo. ¿De quién se trata?

—Se trata de Basilio Gomes.

—Basilio Gomes, ese no parece nombre de una persona de clase. ¿Acaso es un gaucho pendenciero?

—No madame, Basilio Gomes es un esclavo de Monsieur François Guichet, y una persona muy querida por la Srta. Mariana Guichet.

—Bueno, si tiene dueño, el dueño debería sacar al esclavo de la prisión, darle unos buenos azotes y listo, ¿cuál es el problema?

—Que Monsieur Guichet se encuentra de viaje por Francia.

—Bueno, veré qué puedo hacer. Pero antes de tomar una decisión, deseo hablar con la Srta. Guichet. Dígale que venga mañana muy temprano a mi despacho.

—Sí madame, muchísimas gracias.

—No me lo agradezca, que aún no he hecho nada.

Janet salió con el corazón rebosante de esperanza. Quizás en el fondo Justa Rufina no era una mala persona después de todo. Lo que ignoraba es que los motivos de Justa no eran precisamente los que esperaba.

Janet apareció por la casona muy temprano en la mañana. Sabía que a la Sra. Justa no le gustaba que la hicieran esperar.

Mariana estaba muy nerviosa. Deseaba con toda su alma caerle bien a la mujer, ya que de ella dependía la libertad de Basilio. Terminó de acomodarse el chal sobre sus hombros y rápidamente se dirigieron a ver a la influyente mujer.

Justa Rufina tampoco había pasado una buena noche. Los gritos desgarradores de Jacques y María del Pilar aún resonaban en sus oídos despertando pesadillas.

Pero finalmente vería a la hija de Jacques. Seguramente tendría sus ojos, su cabello, y quizá el rostro muy parecido.

Desayunó y se quedó en la biblioteca esperando que llegara la jovencita.

Janet golpeó suavemente la puerta y entró.

La dama estaba sentada frente al escritorio con un libro en sus manos, parecía profundamente ensimismada cuando escuchó la voz de Janet comunicándole que la Srta. Guichet había llegado y que estaba en el salón comedor. Justa Rufina sin pronunciar palabra alguna acomodó su falda y se dirigió a su encuentro.

Lo que vio la dejó sin habla unos minutos. Mariana era la réplica de su difunta madre.

Era como tener nuevamente a María del Pilar. De golpe un montón de imágenes se proyectaron en su mente. El día de la tertulia, la última vez que pudo tener a Jacques entre sus brazos, y el día que esa impía mujer lo alejó de su vida. La rabia que mantenía oculta a los demás empezó a bullir dentro de ella y sin poder controlarse más, miró a la joven con desdén. Mariana sintió ese desprecio. Pero necesitaba la ayuda de esa mujer.

Se inclinó haciéndole una reverencia. Y la dueña de casa habló:

—Así que tú eres la hija de Jacques Guichet. Me puedes explicar

entonces ¿por qué una jovencita de tu clase social se interesa por un esclavo negro?

—Sra. Justa, soy Mariana Guichet, hija de Jacques Guichet y María del Pilar Acevedo. Desde que fallecieron mis padres estoy a cargo de mi tío François Guichet y como él se encuentra de viaje por Francia, he tenido que ocuparme de todos sus asuntos, incluyendo la servidumbre.

—Entiendo querida, pero tratándose de un esclavo, el único que puede sacarlo de la cárcel es tu tío François. ¿Le has comunicado lo sucedido?

—No, sólo le pedí que regrese pronto.

—¿Y por qué has hecho tal cosa? ¿Acaso ocultas algo más?

—No señora, qué habría de ocultar.

—Pues... déjame decírtelo elegantemente, ¿ocultarías que tienes un amorío con ese esclavo?... es entendible. No es bien visto a los ojos de nuestra sociedad, que una niña bien se mezcle con otra raza y clase. Y por lo que sé, a tu tío no le caería nada bien saber la verdad ¿Estoy en lo correcto?

—Sí señora Justa, sí. Pero yo amo a Basilio más que a nadie y no me importa nada, ni la clase social, ni su color, ni su religión. Pienso que todos somos iguales y que lo único verdaderamente importante es el amor.

—Querida, querida, ¿es que no te han enseñado nada en ese convento? Ese amor que dices sentir sólo te va a traer pesares.

—No sé por qué dice eso señora. Sólo vine aquí a pedirle que me ayude a sacar a Basilio de prisión. El resto veré como lo soluciono cuando regrese mi tío de Francia.

—Lamento decirte que nada puedo hacer por el esclavo y por ti tampoco.

—Siento en sus palabras cierto rencor que no alcanzo a entender, señora.

—Tengo sobrados motivos para no ayudarte, así que no abuses de mi paciencia y por favor, retírate. ¡Janet! ¡Janet! Saca a esta jovencita de mi vista y nunca más vuelvas a importunarme con problemas de esclavos.

Janet acompañó a Mariana hasta la casona. La pobre joven estaba destrozada y a la vez intrigada por el odio que sintió de esa mujer. Cada día era más difícil continuar sin el amor de Basilio.

Janet no sabía cómo ayudar a Mariana. Pero intuía que Justa algo escondía. Tendría que averiguar sobre el pasado de su patrona. Quizás los criados sabrían algo más de su señora. Deseaba con todas sus fuerzas que estuviese François para solucionar todo, pero temía que estuviese feliz en los brazos de Elisse Durand.

Trato de hacer sus tareas habituales y sin levantar sospechas interesarse por el pasado de la dueña de casa. La única persona que la acompañaba desde su juventud era el ama de llaves pero era imposible sacarle palabra alguna. Sólo impartía órdenes a diestra y siniestra y cuando necesitaba hablar con Justa, se encerraban en la biblioteca. Nadie escuchaba sus conversaciones y tampoco sabían nada de sus vidas.

Lo único que pudo enterarse, es que había estado comprometida hacía mucho tiempo con un francés, que éste la dejó y que luego se casó con su primo, el actual alcalde del Cabildo. Que con él tuvo cuatro hijos y que para la sociedad rioplatense, eran un matrimonio convenido saludable y apropiado.

Generalmente su esposo se pasaba mucho tiempo en el trabajo y cuando llegaba a su casa sólo hablaba con su hija menor.

Aunque no se comunicaran mucho entre sí, cada vez que se realizaba alguna tertulia o reunión social que requiriera la asistencia del alcalde, ambos asistían bien ataviados y mostrando al mundo su armonía.

La cocinera decía que los días de tertulia su ama se ponía la máscara y salía al salón simulando ser completamente feliz.

Pero Janet, más de una vez la había escuchado llorar en su habitación. En un primer momento había querido consolarla, pero la mucama la previno antes de hacerlo diciéndole que la última persona que acudió con la idea de ayudar

a su ama, había sido echada a los gritos de la habitación y despedida de inmediato. Cuanto más le informaban sobre Justa sentía que había algo muy triste que había dañado para siempre el corazón de aquella mujer.

Mariana buscó mil maneras de visitar a Basilio en la cárcel: a veces lograba verlo por pocos minutos, otras se escapaba de la casona por la noche y llegaba hasta la ventana del calabozo que daba a una callejuela oscura, y desde allí, encaramada en una vieja escalera le repetía a su amor una y otra vez que pronto lo sacaría de ese lugar.

Fueron muchas las noches de llanto en soledad, por esperanzas que parecían esfumarse.

Más de una vez estuvo a punto de hablarle sobre su embarazo, pero no quería preocuparlo más de lo necesario. Su vientre de a poco iba creciendo, y los vómitos se hacían cada vez más frecuentes. Le costaba evitar que los demás notaran su estado, y de su tío François no había ni noticias. Manuel había mandado tres telegramas seguidos sin obtener respuesta alguna y como estaba tan enamorado de Danielle, se pasaba todo el tiempo posible paseando con ella por la Plaza de la Victoria. Mariana no quería arruinar la felicidad de los demás, pero sin Basilio sentía que la vida y la alegría la estaban abandonando completamente.

Las únicas que siempre permanecían alentándola eran Janet y Josefa. Ambas intuían que estaba embarazada y creían que si le daban esperanzas volvería el color a sus mejillas. Ambas temían que si el patrón no regresaba pronto la joven perecería de dolor.

Así que cada vez que recuperaba un poco las fuerzas iba a ver a Basilio con el alma en sus manos. Le llevaba la comida que a él tanto le gustaba y trataba de parecer a sus ojos completamente positiva. Pero ese día no esperaba escuchar lo que Basilio le iba a decir:

—Mariana, no quiero que venga más por estos lados, no es lugar para una

señorita de su clase —dijo, tratando de contener su pena.

—¿Qué dices? Siempre voy a estar contigo, pronto vas a salir de esta celda y todo va a estar bien.

—No voy a salir Mariana, y no quiero que venga más, ¡es que no entiende! No la quiero. Nunca la quise. Usted sólo fue pa' este negro un momento divertido con la hija del patrón. ¡Váyase! ¡Que no quiero verla más!

—Basilio, mi Basilio no me diga eso, que sé que no es verdad. Sus ojos no me mienten. No puedo vivir sin usted, no quiero vivir sin usted.

—Pues tendrá que hacerlo, porque voy a pedir que la saquen a patadas cada vez que venga, diré que no la conozco, que nunca la vi.

—No me haga eso, por favor se lo pido... Basilio, ¿qué le hice para que se comporte así conmigo? —pensó Mariana entre cataratas de lágrimas.

—¡Guardias!, ¡Guardias! Por favor, llévense a esta mujer de aquí... quiero estar solo...

Los guardias sujetaron a Mariana del brazo y la sacaron de ahí a los empujones.

Y así, con el alma en pedazos, caminó sin ver hacia dónde iba, en medio de una noche tormentosa que amenazaba el cielo de Buenos Aires.

## *Capítulo XI*

### *Por amor*

François apenas recibió el primer telegrama zarpó para Buenos Aires. Le daba muy mala espina la corta nota recibida. Temía que le hubiese sucedido algo a Mariana, esperaba que no fuese así porque no se lo perdonaría nunca. Jacques y María del Pilar le habían confiado su más preciado tesoro y él por sólo pensar en su dolor la había dejado sola, librada a su suerte.

El hecho de volver al Río de la Plata le traía los recuerdos de Janet como agua clara a su vida vacía y carente de sentido. La ausencia de Elisse en la mansión no hizo más que acrecentar la nostalgia por ese amor que había quedado en Buenos Aires. Quizá la vida ahora le diera la oportunidad de encontrarla otra vez y ser feliz para siempre. Necesitaba verla, estrecharla entre sus brazos para sentirse vivo otra vez. Tenía que aclarar de una vez por todas todo el embrollo que los había separado. No iba a permitir que la vida otra vez le robe su felicidad. Le narraría toda su historia y le pediría perdón por no haberse animado a contarle antes sobre su relación con Elisse, y le demostraría a Janet que la amaba más que a nadie en el mundo.

La noche estrellada parecía susurrar palabras de amor que esperanzaban el dolorido corazón de François.

María Mercedes estaba dando instrucciones a Josefa cuando sintieron

golpear la puerta. Josefa se fue a la cocina y María Mercedes abrió. Un chiquillo que no tendría más de doce años de edad se acercó y le entregó un sobre lacrado. Y sin esperar respuesta se fue corriendo.

María no podía creer lo que estaba leyendo:

“Sra. María Mercedes:

Le escribo estas líneas para avisarle que la Srta. Guichet se encuentra hospedada en mi casa. La encontró mi sirvienta en la calle. Ya fue atendida por mi esposo, el doctor Vélez, pero le agradecería que acudiera hoy a mi casa.

Marie Bouchard de

Vélez”

María Mercedes cerró el sobre y fue a avisarle a Manuel y a Danielle lo sucedido con Mariana, y ambos se ofrecieron a acompañarla a casa de los Vélez. Cuando llegaron fueron cálidamente atendidos por Madame Bouchard, quien los condujo a la habitación donde descansaba Mariana. Los dejó solos unos minutos y después les pidió que pasaran a la biblioteca, que el Dr. Vélez tenía algo muy importante que comunicarle a los tres.

—Sra. María Mercedes, ¿es usted la tutora de la Srta. Guichet?

—No doctor. Su tutor es su tío François Guichet que se encuentra actualmente de viaje, pero la Srta. Mariana quedó a mi cargo en su ausencia, ¿dígame qué le sucedió?

—La jovencita sufrió un desmayo en la vía pública. Producto de su estado y como consecuencia de la mojadura que sufrió por la tormenta que ayer se desató sobre la ciudad, debe permanecer en cama y tomar la medicina que le prescribí al pie de la letra.

Manuel lo miró y como no entendía bien de qué estado hablaba, le preguntó al médico: —¿De qué estado habla doctor? ¿Acaso padece alguna

enfermedad grave?

—La Srta. Guichet está embarazada de unos pocos meses, por eso se desmayó.

—No puede ser. ¿Está seguro de eso? ¿Qué le voy a decir a su tío cuando regrese? Dirá que no la protegí lo suficiente, ¡no sé qué voy a hacer!

—Ahora lo único importante es el estado de salud de la Srta. Mariana.

—¿Podemos llevarla ahora mismo a la casa?

—Sí, pero debe permanecer en cama hasta que baje la fiebre.

Manuel cargó en brazos a Mariana, la subió al carruaje y sin pronunciar palabra la llevó hasta la casona. Mariana permaneció inconsciente y delirando el resto del día. María Mercedes, Danielle, Janet y Josefa se pasaron todo el tiempo pendientes mimándola, mientras Manuel, preocupado por lo que diría su patrón al regresar, se pasó todo el tiempo pensando en cómo afrontar la situación de la mejor manera posible.

François llegó a la casona, golpeó la aldaba pero nadie salió a abrirle. Entró entonces por la puerta de servicio y pasó por la cocina donde Josefa ofrecía un concierto de ollas en preparación del almuerzo; la empleada casi se desmayó del susto cuando lo vio aparecer por ahí.

—¡Madre mía! Qué susto me ha dado patrón. Déjeme que le ayude con las maletas.

—No se preocupe Josefa, ¿dónde están todos?

—La joven Mariana está en su habitación recostada porque tuvo mucha fiebre los últimos días. Danielle y Manuel salieron con Maria Mercedes a hacer las compras. Pero no tardarán en llegar.

—¿Y Basilio? ¿Dónde está ese negro ladino, que no está ayudándote en la cocina, Josefa?

—Mi negrito está preso patrón. Y estábamos esperándole a usted pa' que pida que lo liberen. El alcalde lo tiene encarcelao desde hace varias semanas.

—¿Y qué hizo para que lo encarcelen? ¿Estuvo robando, anduvo peleando por ahí?

—No patrón, le juro que mi pobre negro no hizo nada, pero no sabemos por qué lo encerraron.

—Bueno, luego me ocuparé de eso. Aunque tendría que dejarlo ahí porque seguramente algo habrá hecho.

—Hable con la joven Mariana, patrón. Ella seguro le va a explicar mejor lo qué pasó. Eso sí, va a tener que esperar a que se despierte. Duerme mucho todos los días.

—Sí, claro. Bueno, me voy a cambiar, avíseme cuando esté listo el almuerzo.

Janet terminó de dictar su clase esa mañana y se fue directo a la casona. Tenía que ver cómo seguía Mariana. En cuanto estuviese mejor iba a tratar de hablar con ella para ayudarle a enfrentar lo que tanto quería ocultar a los demás. Sabía que estaba muy dolida por el abandono de Basilio, pero ahora debía pensar en su hijo.

Llamó a la puerta y sus piernas parecían no querer responderle. Estaba petrificada mirándolo: ¿Estaría soñando despierta otra vez? ¿O realmente era Francois quien la miraba con esos ojos tristes en la puerta de la casona?. Sintió que todo empezaba a girar a sus pies y cayó desmayada en los brazos de aquel hombre al que todavía tanto amaba.

El sol se colaba por la ventana y los rayos de a poco fueron dibujando hermosas líneas en su sueño. Francois la tenía abrazada por la cintura y le musitaba dulces palabras al oído. Luego la soltó y se esfumó en el aire. Intentó detenerlo y ahí despertó de golpe. No recordaba cómo había ido a parar a la

habitación de Francois, se restregó los ojos y ahí lo vio. Francois la contemplaba desde un rincón del cuarto con infinita ternura.

—Cariño, por fin despertaste. No quise asustarte.

—No sé qué me pasó, pero me retiro de su casa en un instante. Le agradecería que me deje a solas para vestirme y así poder salir de aquí.

—Pues eso no va a poder ser querida mía. No te voy a dejar salir sin que me escuches de una buena vez.

Janet sentía que la furia la estaba gobernando: ¿Quién se creía que era? Se había ido a Paris con esa tal Elisse y ahora le quería dar órdenes. No se lo iba a permitir aunque se muriese de ganas de estar entre sus brazos, de besarlo y fundirse en esa piel que tanto había extrañado noches enteras. Francois, decidido a no perderla nuevamente la atrajo hacia sí y le comió la boca a besos. Su lengua exploró cada recondito lugar de su boca, como buscando marcar a su paso que le pertenecía por completo, que nunca se había ido de ahí, que siempre había sido su dueño. Y ella se dejó llevar, poco importaron las razones, los enojos, el tiempo separados. Otra vez eran uno. Se amaban y eso era lo importante. Ya habría tiempo para explicaciones.

Pero poco después alguien llamó a la puerta interrumpiéndolos. Francois se vistió y abrió. Era Josefa avisando que ya estaba el almuerzo. Le ordenó que le alcanzara una bandeja con porciones para dos y que por favor no lo moleste en toda la tarde. Minutos después le alcanzó lo que había pedido y se fue.

Francois no podía dejar de mirarla, dormía a su lado. Le daba pena despertarla, pero sin poder contenerse más comenzó a besarle el cuello muy despacio. Janet sonrió y abrió los ojos. No era un sueño, estaba con el amor de su vida. Respondió a sus besos con la misma efusividad que su amante. Y luego disfrutaron de la succulenta comida que les había enviado Josefa y cuando terminaron, tomándole las manos le dijo:

—Sé que debí haberte dicho la verdad antes de que todo pasara, pero bueno, esta es la historia de mi vida. Conocí a Elisse hace algunos años y era mi prometida cuando dejé Paris. Nunca pensé que me iba a enamorar de ti y menos que me ibas a corresponder. En cuanto a la nota que encontraste, lo más probable es que Elisse haya querido que regrese para que le siga dando dinero. No quiero que pienses que estuve con ella porque no fue así. Cuando volví a Paris, la mansión estaba desierta y el único empleado que encontré me dijo que se había marchado con un amigo mío. Nunca más la volví a ver. Todo este tiempo estuve arreglando la mansión hasta que me llegó el telegrama desde Buenos Aires. Entonces decidí volver. Tenía la esperanza de encontrarte y recuperar tu amor. ¡No tienes idea de cuánto me hiciste falta, amor mío!

Janet, con los ojos cubiertos de lágrimas lo abrazó, entendió que Francois la amaba.

—Mi vida, no llores, te prometo que nunca más volveremos a separarnos. ¿Sabes qué pasó en la casona en mi ausencia? Me dijo Josefa que Basilio está preso, pero no quiso decirme por qué y eso me intriga bastante.

—Creo que tendrías que hablar con Mariana. Pero prométeme que vas a ser comprensivo con ella. No olvides que eres su tío y único familiar.

—Bueno, te lo prometo. Ahora disfrutemos este momento y luego salgamos a dar un paseo.

—¿Te parece?

—Sí, pero antes debo hacer esto —y se arrodilló a sus pies y tomando sus manos le dijo:

—¿Quieres ser mi esposa?

—Sí amor, sí.

—Entonces avisémosle a todos, y empecemos con los preparativos de la boda.

Mariana sintió que acariciaban su frente y despertó. Janet y su tío la miraban con profunda preocupación. Decidida a romper con el clima que se había instalado en la habitación, Janet intentó esbozar una sonrisa. Entonces Francois, que deseaba de una vez por todas aclarar sus dudas preguntó:

—Mariana, querida, me alegra mucho verte, pero me preocupa el estado de salud en que te encuentras. Acaso Manuel no entendió bien las órdenes que le di, ¿te faltó el respeto?

—No tío, Manuel siempre se ocupó de cuidarme.

—Entonces ¿me puedes decir qué sucedió?, ¿y por qué apresaron a Basilio?

—Me enamoré tío, me enamoré como nunca lo había hecho en mi vida, y me entregué a ese hombre.

—¿A Manuel? si es así no llores querida, que todo se arregla casándolos, ¿o acaso quiere desentenderse?

—No tío, no. Usted no entiende nada... —y rompió a llorar.

Janet, viendo que todo estaba cada vez más complicado intervino diciendo: —Querido, sino dejas hablar a Mariana no vas a entender qué pasó.

—Janet, querida, ya entendí todo. Así que acompáñame a buscar a Manuel para que se haga cargo de sus responsabilidades y cumpla con su deber como corresponde.

Mariana no podía dejar de llorar. Su tío había entendido todo al revés. Y lo peor era que iba a lastimar a Danielle. Tenía que explicarle todo antes de que se produzca una catástrofe. Se vistió rápidamente y a grandes pasos llegó hasta la biblioteca, su tío estaba esperando a Manuel.

—Tío, quiero decirle algo.

—Bueno Mariana, te escucho.

—Estoy esperando un hijo de Basilio, tío —y se tapó el rostro con las manos llorando una vez más.

—Mariana... no puede ser... Dime que eso es mentira. Por favor, dílo.

—No puedo tío, faltaría a lo que siento, a lo que soy. Amo a Basilio y aunque se que la vida va a ser muy dura, no puedo ignorar este sentimiento.

—¿Y qué quieres que haga? Dime ¿qué se te ocurre que tengo que hacer, felicitarte?, ¿alegrarme por la vida que vas a tener?

—No lo sé tío, por lo pronto sólo quiero pedirle que libere a Basilio. Lo demás depende de Dios y del propio Basilio. Cuando logre que lo liberen no le diga nada de mí, él no quiere verme.

—Entonces, ¿por qué me pides que lo libere?

—Porque lo amo tío. Lo amo y espero que algún día lo entienda y podamos ser felices juntos.

La humedad de la oscura mazmorra estaba calándole los huesos últimamente, pero eso carecía de importancia al lado del frío que sentía en su corazón cada vez que pensaba en Mariana. Quizás ya lo había olvidado, y como era de suponer seguramente se habría comprometido con algún joven rico e importante de la ciudad. No se vieron más desde la última vez. Mariana se había alejado de su vida para siempre, y ya nada tendría sentido. Sumido en su dolor, no escuchó que pronunciaban su nombre una y otra vez:

—Basilio, Basilio Gomez... —la voz fue acercándose hasta que vio al guardia.

—Gomez, levántese. Puede irse. Queda en libertad.

Basilio se acomodó un poco sus ropas y salió a la calle. Afuera en su carruaje lo esperaba Guichet.

—Basilio, suba al carruaje, necesito hablar con usted.

—Mire patrón, no sé qué le habrán dicho, pero la señorita Mariana no tiene la culpa de nada y todo lo que había entre nosotros se ha terminado. Nunca quise hacerle daño y deseo que sea muy feliz con un hombre de su

clase.

—Está muy bien que pienses eso Basilio, pero mi sobrina te ama. Y en su estado, sólo puede estar al lado del padre de su hijo.

—Hijo... ¿Mi Mariana espera un hijo?

—Sí Basilio, y sé que le haría muy bien verte.

—Pero no puedo patrón, yo la desprecie, la eché de aquí.

—Puede ser, pero creo que con verte se olvidaría de todo, así que ahora ven conmigo a la casona y arregla todo de una buena vez.

—Bueno patrón, le prometo que voy a cuidar de ella siempre, se lo juro por mi vida.

—No me jures nada Basilio, que a quien tienes que convencer es a mi querida sobrina.

Más tarde, Justa no podía creer lo que le estaban contando, el propio Francois Guichet estaba organizando la boda de su sobrina y ese esclavo negro. Pensaba que el mundo parecía estar de cabeza últimamente. Un esclavo y una joven francesa de clase alta se iban a casar. Ella no lo iba a permitir, esa mujercuela iba a desaparecer definitivamente de su vida. Tendría que suceder algo muy bien planeado para no levantar sospechas. Debía mantener ante todo su buen nombre, fuera de toda implicación posible. Sabía que aun siendo la esposa del alcalde, carecería de todo privilegio si probaban que había sido la autora de algún crimen. Cuando sucedió aquello su nombre ni siquiera fue mencionado. En todo caso las damas de sociedad que supieron de su anterior compromiso con Jacques, le dieron el pésame cual si fuera una viuda dolida por su pérdida. Por ninguna cabeza pasó la mínima idea de que el accidente fuese en realidad un asesinato, un frío y calculado crimen. Contra el pobre negro no tenía nada, pero ella era el fruto de su amado Jacques y de la impía de Maria del Pilar. No iba a permitir que disfrutara la miel de la felicidad cuando a ella siempre le había sido negada esa copa por completo desde que

apareció su madre en la tertulia. Saboreaba su triunfo y se imaginaba hasta los comentarios de las mujeres de sociedad, al saber tremenda desgracia caída otra vez sobre la familia Guichet.

Mariana, totalmente ajena a las sombras que se cernían sobre su amor, disfrutaba cada día compartido con Basilio. Sabía que le debía a Janet que su tío haya aceptado el amor de ambos con tanta naturalidad. Danielle y Manuel también habían colaborado para que todo volviera a la calma. A veces pensaba que le hubiese gustado compartir con sus padres ese momento tan especial que estaba por llegar... su matrimonio, el nacimiento de su primer hijo, pero luego pensaba que Dios no le podía haber dado un mejor ángel que su tía Janet, y que contaba con el cariño infinito de sus amigos. Danielle la sacó de sus pensamientos cuando se acercó y le dijo:

—Mariana, querida, falta muy poco para celebrar tu matrimonio y aún nos quedan tantas cosas por hacer... quiero que todo sea perfecto amiga mía, que sea como lo soñaste alguna vez. Mariana sonrió. Era la mujer más dichosa del mundo, tenía un hijo en sus entrañas, su tío había aceptado que uniese su vida a la de Basilio, y luego de la boda se irían a vivir a la estancia; lejos de toda esa gente que podía lastimarlos. Pensó en el amor de sus padres, y se sintió profundamente enamorada y decidida a defender siempre ese amor puro y dulce que ahora le pertenecería para siempre.

Danielle estaba más nerviosa que Mariana y no quería dejar ningún detalle librado al azar. Habían hecho varias visitas a las modistas para completar el ajuar de la novia.

El ajuar personal de la novia estaba compuesto por una docena de trajes para el día, una camisa blanca de lino, una docena de calcetines, cuatro pares de guantes, dos abanicos bordados, ocho tocados, ocho sombreros, abrigos, zapatos, vestidos, enaguas blancas y negras, fondos para faldas —blancos y rosados—, sujetadores, bragas, seis camisonos de noche confeccionados en

gasa y en fina muselina, una bata de lana para el invierno, una bata de gasa para el verano, una bata de cama de seda, pañuelos, y a esto se le agregaba el ajuar para la mesa, para la cocina, para el baño y para la cama matrimonial.

Danielle estaba satisfecha con el trabajo realizado.

Aún faltaba que la modista terminase el vestido de la novia y el traje de Basilio. Gracias a Dios contaba con su madre que se había ocupado del servicio que ofrecerían como recepción apenas se celebre la boda.

Mariana no había invitado a muchas personas. Su tío tampoco. Querían que fuese lo más discreto posible. Sabían de las costumbres del Río de la Plata, y pensaban que podría resultarles chocante a la damas de la sociedad colonial porteña que una francesa se case con un esclavo negro.

Sólo asistirían Marica, Manuel Benoit, Danielle, la tía Janet, y toda la servidumbre.

Mariana estaba muy feliz, en pocos días su vida cambiaría completamente y sería feliz al lado de su marido y de su hijo.

Janet terminó de ajustar el corse del vestido de Mariana, mientras trataba de contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Quería mucho a esa chiquilla, casi tanto como a Danielle. Sabía que la iba a extrañar mucho, pero quería más que nada en el mundo que fuese inmensamente feliz.

Francois entró a la habitación y sorprendió a Janet con lágrimas en los ojos. Sin decir palabra alguna la abrazó y la contuvo entre sus brazos hasta que dejó de llorar. Él también sentía un nudo en la garganta, hubiese deseado que su hermano Jacques estuviese ahí para ver en lo que se había convertido su princesita. Ya era toda una mujer. Y en pocos minutos sería la esposa de Basilio Gomez.

Alejó esos pensamientos que empañaban la alegría del momento, tomó del brazo a su sobrina y la condujo a la pequeña capilla que estaba en el ala sur de la casona.

Mariana, detrás del velo miraba completamente feliz a sus invitados. Hasta que encontró los ojos de su amado que la esperaba en el altar acompañado de Manuel Benoit.

Basilio estaba vestido con una chaqueta negra, camisa blanca y yabot, calzón corto blanco, galera y bastón.

Basilio la miraba embelesado, su Mariana seguía despertándole esos instintos que le costaba contener aun en presencia del público presente. La amaba y ahora que estaba en estado, la veía más bella que nunca. La protegería de todo y de todos, eso se lo juraba a su Dios, con su vida si era necesario, pero nada ni nadie lo separaría de esa mujer que le había dado sentido a su vida, que le había enseñado que en el mundo todos eran criaturas de Dios y que todos eran iguales.

El padre Ignacio celebró la boda en un ambiente cargado de buenos deseos y felicidad. Los novios, luego de colocarse las alianzas, se dieron un beso interminable y tierno mientras sus familiares emocionados secaban sus lágrimas.

El padre Ignacio felicitó a los recién casados, y a sus tíos por haber apoyado el matrimonio de los jóvenes, y luego todos se dirigieron al salón comedor a disfrutar las exquisiteces que había preparado Josefa y el resto de la servidumbre.

Todos estaban felices hablando del casamiento, cuando una mujer se escabuyó entre los presentes y vertió un líquido amarillento en las copas de los novios. Cuando estaba por retirarse, una mano la detuvo... Trató de zafarse y en su lucha por desembarazarse de aquél que intentaba frenar su huida, la capa que la cubría cayó al suelo y todo el mundo pudo ver de quién se trataba... era nada más y nada menos que Justa Rufina, la esposa del alcalde ordinario del Cabildo de Buenos Aires. Miraba a un lado y a otro intentando explicar que hacía en una fiesta donde no se la había invitado.

Francois la miró fieramente y le dijo:

—Justa, toma esa copa y bébela.

—No Francois, por favor, no...

—Bébela, ya que sabes bien qué es lo que vertiste dentro de ellas hace unos instantes.

—¡No!, no, no puedo...

—Dime ¿por qué mujer? ¡Dímelo!, antes de que me enfurezca más de lo que ya lo estoy en este momento.

—No puedo, las dos copas tienen veneno...

—¿Y por qué lo hiciste? ¿Qué tienes en contra de mi sobrina y de su marido?

—Contra él nada, contra ella todo. Su madre me quitó al amor de mi vida y por su culpa murió mi pobre Jacques también...

—¿Qué tienes que ver con la muerte de Jacques? ¡Dímelo!...

—Estaba ciega de dolor cuando tu hermano me dejó para casarse con Maria del Pilar, así que corté las cinchas del carruaje. Pensé que sólo se iba golpear ella, esa maldita; jamás imaginé que iban a morir ambos. Durante años cargué con esa culpa hasta que ésta mujercita se presentó en mi casa a pedir por la libertad de ese negro. Ahí fue cuando la vi, y supe que debía deshacerme de ella para siempre. La odio, la odio desde que nació, lleva la sangre del hombre que amé y de la mujer que me lo arrebató.

Francois la tomó del cuello. Estaba a punto de ahorcarla cuando Mariana lo detuvo diciendo:

—Tío, no lo hagas... no te conviertas en lo que se volvió ésta mujer.

Janet en todo el revuelo había enviado a Josefa a pedir ayuda, así que en ese instante entraron dos guardias del Cabildo para detener a Justa Rufina y llevarla ante las autoridades.

Los sirvientes tiraron toda la bebida ante la duda de que estuviese

envenenada, y sirvieron un chocolate caliente con tortas fritas. Más tarde dieron de comer empanadas, y el baile se prolongó hasta el amanecer.

Al despuntar el alba, los novios subieron al carruaje y se marcharon hacia su nueva casa, la Estancia “Maria del Pilar”.

Francois, Janet, Danielle, Manuel, Josefa y todos los demás los despidieron con los ojos lloviendo lágrimas, pero Mariana era la mujer más feliz del mundo; ese día empezaba su nueva vida de casada y pronto serían tres... Sabía que seguramente la vida les depararía altibajos, pero sabía también que con amor y cariño superarían todo tipo de dificultades; pero aquello por llegar, aquello sería parte de una nueva historia...

**Fin**